



KRISTEL RALSTON

AUTORA FINALISTA DEL 2^o CONCURSO INDIE DE AMAZON

TENTACIÓN
AL
Amanecer

TENTACIÓN
AL *Amanecer*

KRISTEL RALSTON

©Kristel Ralston 2018.
Tentación al amanecer.
Todos los derechos reservados.

Los trabajos de la autora están respaldados por derechos de autor, y registrados en la plataforma SafeCreative. La piratería es un delito y está penado por la ley.

Diseño de portada: Karolina García Rojo ©Shutterstock.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Todos los personajes y circunstancias de esta novela son ficticios, cualquier similitud con la realidad es una coincidencia.

“Lo que te hace diferente ahora, te hará destacar más adelante. Deberías estar orgulloso de ser diferente.”

-Ellen DeGeneres

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Mitsy salió de la terminal aérea de Bozeman, Montana, con un nudo en la garganta. Apretó con firmeza los dedos alrededor del haza de la única maleta que llevaba como equipaje, como si ese gesto fuese capaz de darle la fuerza que necesitaba para afrontar los días difíciles e inciertos que vendrían.

Dio unos pasos más y el viento helado del exterior se entremezcló con su cálido aliento cuando soltó un suspiro. Hubiera preferido no tener que volver a una ciudad que le traía recuerdos agri dulces. Incluso el aire que se filtraba por sus fosas nasales parecía guardar el aroma del pasado, causándole un cosquilleo en la piel y logrando que su corazón latiese desbocado. Ella era consciente de la verdadera razón de esa repentina angustia, y no solo tenía que ver con el hecho de que volvía a Bozeman, después de seis años... Sin embargo, Mitsy necesitaba enfocarse en el presente, en el motivo que la obligó a tomar un vuelo desde San Francisco hacia Bozeman. Su madre, Jules, estaba muriendo de cáncer. Le quedaban, con suerte, seis meses de vida.

El peso del equipaje que sostenía en las manos no tenía cómo compararse con el que llevaba en el corazón. Sabía que no solo iba a enfrentarse a la enfermedad de su madre, sino también a la posibilidad de recibir el habitual sermón de cómo había decepcionado a toda la familia Hammonds al no hacerse cargo de uno de los dos negocios familiares que estaban destinados para que los tres hermanos, Joaquín, Hazel y Mitzy, por orden de nacimiento, los administrasen.

Porque amaba la vida del campo, Joaquín había decidido llevar de forma natural la gerencia administrativa del rancho que había levantado por sí mismo y que competía con el de sus padres en tamaño, Oaktale; y el lujoso hotel boutique La Estancia, que solía estar a tope sin importar la temporada del año, lo manejaba Hazel. Mitsy —la desertora según su estricto padre— era la decepción. Ella había optado por seguir las inclinaciones de su corazón: las letras. El día en que anunció que no estudiaría administración empresarial ni hotelera, sino periodismo, la discusión con sus padres sentó un precedente de continuas diferencias. A partir de entonces, ya no importaba qué hiciera, ni cuántos premios recibiera por sus trabajos, porque nada parecía complacer ni a Jules ni a Alex Hammonds.

Después de mucho intentarlo, Mitsy se dio por vencida y dejó de tratar de

demostrar que no era menos exitosa por hacer algo distinto a lo que dictaba la tradición familiar. Pero no importaba qué hiciera, nada parecía complacerlos. Ni el día en que firmó su primer gran contrato editorial la percepción de sus padres cambió. Al menos contaba con el apoyo incondicional de sus hermanos.

Ella estaba convencida de que esas semanas en Bozeman serían un pequeño infierno, en especial cuando tuviera que comunicarles a sus padres que se había divorciado de Seth Klobuchar, el hombre que ellos consideraban el yerno perfecto. Seth fue su mayor error de juicio, y para sus padres —como no podía haber sido de otro modo en su retorcida vida familiar— el mayor acierto.

El único que conocía sobre su divorcio era Joaquín, y él jamás hablaría si no tenía la autorización de contar una confidencia. Hazel era menos dada a abrirse emocionalmente a las personas, incluso a sus hermanos, pero Mitsy la adoraba con locura a pesar de no compartir en absoluto ideas o creencias.

—Tierra llamando a la señorita Hammonds —dijo Joaquín al verla con la mirada perdida en el horizonte.

Volteando el rostro ligeramente ella se encontró la sonrisa amplia de su hermano mayor. Sin dudar ni un segundo dejó la maleta en el suelo para poder abrazarlo con fuerza. Cuánta falta le había hecho tener a alguien que la quisiera de verdad, apoyándola, cuando más le hizo falta. Contuvo las lágrimas. Su vida estaba de cabeza y aún intentaba recomponer los últimos pedacitos de su corazón. No porque hubiera sufrido por amor, sino todo lo contrario.

—¡Hey! —dijo con una sonrisa, porque a pesar de su estado de ánimo, el solo hecho de ver a su hermano ponía la nota dulce en un tramo amargo como el que acababa de recorrer. Trató de mostrar una expresión optimista, frunció ligeramente el ceño en modo juguetón observando el rostro masculino—: ¿Por qué te has dejado esa barba? ¿Acaso piensas disfrazarte de Papá Noel estas navidades?

—Puedo decidir cómo me gusta llevar mi estilo, muchas gracias, señorita metomentodo —replicó dándole un empujón cariñoso al hombro que fue acompañado de una sonora carcajada.

—Ah, ¿era un estilo? Bueno saberlo —dijo ella sin disolver la sonrisa.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —le preguntó, mirándola a los ojos inquisitivamente. Tras esa simple pregunta se escondía la necesidad de conocer cómo se encontraba, de verdad, Mitsy. Ese detalle era obvio para ambos, y no necesitaban fingir.

Ella tragó en seco. A veces creía que su hermano poseía un poder de clarividencia, pues parecía leer sus emociones con pasmosa facilidad. Siempre tenía las palabras correctas y sabía mantener silencio cuando ella ni siquiera era consciente de que lo necesitaba. Desde pequeños había sido de esa manera. Quizá tenía mucho que ver el rol de “hermano mayor” que venía acompañado, en el caso de Joaquín, de una personalidad protectora y leal hasta la médula.

—Salvo las turbulencias habituales, y el retraso de cuatro horas de la aerolínea, no hubo nada memorable para las dos horas y medias que duró el viaje.

Él frunció el ceño por un breve lapso. Mitsy no dijo ni una palabra más y le sostuvo la mirada. No se sentía lista para hablar de su vida personal, sin embargo, sabía que no lograría evadir el tema con Joaquín por mucho tiempo.

—Déjame ayudarte con el equipaje. Ufff, ¿trajiste piedras de San Francisco? —le preguntó con un tono menos inquisitivo mientras avanzaba hacia el parqueadero.

—Ay, qué gracioso —murmuró caminando junto a él, y arrebujiándose más contra el grueso abrigo. Ya el frío era palpable, y el invierno estaba cerca.

—¿Dejaste a alguien en tu apartamento en San Francisco? Tienes cosas de valor que heredaste de la abuela Roseanne...

Mitsy meneó la cabeza en negación. Al menos el divorcio no le había dejado secuelas emocionales demasiado contundentes. Lo que sí persistía era la sensación de culpa, y una profunda tristeza por todo lo que perdió al abandonar Montana en el afán de complacer a sus padres para demostrarles que no era un fracaso. ¿Qué había conseguido en el intento? Dolor, soledad y culpa.

Se aclaró la garganta.

—Están en la caja fuerte de un banco, Joaquín, descuida. Como firmé separación de bienes conyugales, entonces nada le corresponde a mi exesposo —dijo con acidez esto último—. Suena extraño llamarlo de esa manera...

—Prefiero eso a decir que eres viuda y que tu hermano mayor está en la cárcel por homicidio premeditado —replicó Joaquín interrumpiendo con fiereza.

Mitsy soltó un suspiro.

—No debí contarte sobre mi divorcio... —susurró haciendo una mueca que él no vio—. Habría sido más sencillo dejar pasar los meses.

Él chasqueó la boca.

—De uno u otro modo me habría enterado, Mitsy —interrumpió—. Por si no recuerdas, Marek, mi mejor amigo de la secundaria tiene los mismos círculos sociales que el cretino de tu exesposo y vive en tu ciudad. Me lo habría comentado de un modo u otro. Nada en este mundo tecnológico e invasivo pasa oculto demasiado tiempo, así que hubiera sido un esfuerzo inútil tratar de guardar una información como aquella, hermanita.

—Lo sé...

—Pudiste hablar con Marek y contratarlo como tu abogado, lo más probable es que hubiera conseguido desplumar al imbécil de Seth.

—Yo tengo una gran abogada que me ha sido de gran ayuda. Me quedé con lo mío, y Seth con lo que le correspondía. Ni más ni menos. Además, bien sabes que el dinero no representa nada para mí. Solo quería mi libertad y ya la tengo.

—No por el dinero —zanjó Joaquín—, sino por el simple placer de presentar batalla por lo único que a ese estúpido de Seth siempre le ha interesado: los bienes materiales y el apellido de una familia.

—Me las arreglo sola. Siempre ha sido así.

—No está mal pedir ayuda, Mitsy.

—Lo llevo claro, sin embargo, también tengo la firme convicción de que, si soy capaz de meterme en un lío, entonces también soy capaz de salir de él.

—Supongo... —concedió Joaquín—. Por cierto, ¿en dónde has estado viviendo desde que dejaste la mansión que compartías con ese patán? —preguntó.

Giró, el volante con rapidez, hacia la derecha mientras recorrían la autopista que llevaba hacia la East Main Street. Después tomarían un desvío hasta el hotel que Mitsy había reservado por unos días.

—No terminé bajo un puente —dijo riéndose—, porque las autoras de novela negra podemos tener una imaginación bastante peculiar al escribir, pero no vivimos tan mal en la era del ebook. Además, tengo la suerte de contar con una editorial que me apoya en el trabajo de marketing, y eso es mucho decir si comparamos cómo anda el panorama en otros sellos literarios.

Joaquín entendía muy poco del mundo empresarial en el que se manejaba su hermana pequeña, pero siempre le había brindado su apoyo. Cada persona tenía una misión en la vida y el hecho de ser diferente, una de otra, la hacía especial.

—Busqué tu último libro, pero me dijeron que se había agotado. ¿Otro bestseller en el New York Times? —preguntó recordando la lista de éxitos de

su hermana que se vendían como pan caliente en los países angloparlantes, en especial, Estados Unidos y Canadá.

—Mmm...—susurró perdida en la última conversación con su editora. Había perdido el *deadline* porque su cabeza estaba por completo desconectada del proceso creativo. Las ideas que tenía no resultaban convincentes, y fruto de ello había redactado un borrador que ni siquiera a ella la convenció en cuanto a originalidad.

—Tu trabajo es fantástico, ¡no deberías ser modesta al respecto! Lo bueno se comparte y se elogia.

Entre Joaquín y Hazel la hacían sentir como si fuese la mejor escritora del género. Mitsy se fingía incómoda cuando sus hermanos la llamaban para felicitarla o comentarle de cualquiera de sus nuevos lanzamientos literarios, pero muy dentro se sentía reivindicada en su decisión de ser escritora. Aquello era un pequeño bálsamo entre los sinsabores que había vivido en sus miserables seis años de matrimonio.

—No necesito elogios —replicó—, pero gracias por el voto de confianza.

—Eres genial en lo que haces, Mitsy. ¿Acaso después de tantos bestsellers no lo sientes de esa manera?

—Tal vez... —miró por la ventana, porque no estaba dispuesta a hablar de la situación con su editora y con su agente literario. Prefirió retomar otro tema —: Por cierto, he estado viviendo en un hotel desde que me separé. No existe nada mejor que consentirse en un SPA o simplemente nadar sin preocuparte de tu alrededor mientras el personal del hotel te mimas.

—El dinero compra sonrisas en los hoteles, Mitsy. Además, no me gusta que cambies el tema cuando te sientes incómoda. Somos hermanos, y yo solo quiero apoyarte en lo que necesites. No requieres llevar el peso de tu mundo encima. Para eso estamos los hermanos —replicó Joaquín.

—Lo sé, y me siento agradecida porque sé que cuento contigo y con Hazel.

—Siempre —afirmó Joaquín.

Durante unos minutos disfrutaron de la calefacción y la música. Hasta que Mitsy no soportó el silencio y volvió a retomar la charla.

—Si no hubiera sido por la llamada de mamá, quizá ya estaría en Canadá. Volver a Montana no era mi primera opción en la lista.

Joaquín asintió.

—Jamás debiste casarte con Seth en primer lugar —expresó deteniendo la marcha del Jaguar color azul ante la luz de un semáforo—. No sé por qué lo hiciste, y espero que algún día me lo cuentes sin verdades a medias.

Mitsy lo miró con una ceja enarcada. Cruzó los brazos.

—La decepción de papá —porque yo no era como tú ni como Hazel para el asunto empresarial familiar— sumado a la presión de nuestra madre para seguir las tradiciones de casarte y tener descendencia pronto, añadido a esto una rebelde y vulnerable chica de veinticuatro años, pues te da como resultado el impulso de agarrar la primera salida a una situación que parece ahogarte, en especial si existe de por medio un corazón roto. En este caso la salida, no muy buena, fue la propuesta de matrimonio de Seth. Quizá debí simplemente agarrar mi equipaje y enrumbar mi camino hacia otro país para empezar, sola, todo de nuevo.

Él frunció el ceño cuando volvió a acelerar para retomar la marcha.

—Tus ejemplos no son claros. Entiendo los elementos, pero ¿quién es la persona que tuvo el corazón roto en la ecuación? ¿Acaso Seth tuvo un amorío antes de conocerte y todavía estaba enganchado a la mujer cuando te propuso matrimonio? Créeme que si es así doy marcha atrás y busco un boleto a San Francisco para ahorcarlo con mis propias manos.

—¿Podemos dejar esta conversación para después, Joaquín? Todo se está poniendo demasiado denso —dijo con suavidad.

—Solo respóndeme una pregunta.

—Vale... —dijo renuente.

—Rohan Carter.

«Ah, cómo dolía incluso escuchar ese nombre», pensó Mitsy. Había tanto que llevaba guardado en el baúl de sus recuerdos, pero nada de eso tenía importancia ahora. Seis años era demasiado tiempo. Hilaria Bowen, su mejor amiga en Montana, tenía prohibido mencionar durante sus largas conversaciones telefónicas y por video-llamada cualquier novedad relacionada con Rohan o su familia.

—Esa no es una pregunta —expresó de repente con un nudo en la garganta.

Joaquín ignoró el comentario.

—¿Fue él una cortina de humo o de verdad ese tipo significó algo para ti? Porque, para serte sincero, Hazel y yo estábamos convencidos de que salías con Rohan para reafirmar tu rebeldía ante los prospectos que mamá se empecinaba en presentarte, y tú aborrecías. Esto último no era un secreto en la casa, y tú fastidio hacia ellos era tan palpable que causaba risa.

—No veo qué importancia puede tener retomar un tema tan viejo, Joaquín.

—Eso es evasión, así que lo tomaré como una respuesta contundente. Fue algo real —la miró de reojo y por el modo en que Mitsy se tensó, supo que

había dado con un tema muy sensible para su hermana más pequeña—, y no hablaré más del asunto hasta que estés dispuesta a conversarlo. Solo espero que no pasen seis años.

—Quizá prefiera dejar el pasado en su sitio —replicó subiendo el volumen de la radio que en esos momentos dejaba escuchar la voz de Luke Bryant.

Joaquín meneó la cabeza, pero no volvió a decir nada.

El resto del camino lo continuaron en un pacífico silencio que Mitsy agradeció. Estaría una temporada en Bozeman, y trataría de sacar el máximo provecho hasta que supiera qué otro sitio sería adecuado para sentar nuevas bases. Sí que iba a echar de menos su vida diaria en San Francisco, pero no quería respirar el mismo aire que Seth, ni tenía ganas de topárselo en algún desafortunado evento. Ese gran detalle, así como la llamada de su madre, fue el factor que la envió de regreso a Bozeman.

—Hemos llegado —dijo Joaquín rompiendo el silencio y sacando a Mitsy de sus cavilaciones. Apagó el motor una vez que estuvo estacionado en el garaje del hotel—. ¿Seguro que no quieres quedarte en la casita de invitados con nosotros? Es muy independiente y privada, la construimos hace siete meses. Además, Amelie estaría feliz de verte, y mis hijos locos de tener a su tía por más de tres horas en la misma casa. Hazel los consiente, pero es incapaz de sentarse en el piso o embarrarse con lodo si acaso es necesario

Ella sonrió con calidez, porque su hermana era más cauta y menos juguetona. Sin embargo, nadie era capaz de ser tan frontal y coherente como Hazel Hammonds.

—Tu esposa es una cuñada fantástica —dijo Mitsy, y miró el reloj—, pero con esos terremotos que tienen ustedes por hijos, lo más probable es que a las diez de la noche solo le apetezca descansar —sonrió—. Aprecio la oferta, pero ya he pagado este hotel por varios días, ¿te parece si lo reconsidero después?

—Claro que sí.

Bajaron del automóvil, y avanzaron hasta el lobby del hotel.

—No sé cuánto tiempo me quede en Bozeman —dijo ella—. Ni tampoco sé qué haré con mi vida de momento. La enfermedad de mamá es un tema que tenemos que discutir cuando todos tengamos la cabeza fría.

—Ya resolverás tus emociones y hallarás la respuesta —expresó Joaquín.

—Necesito dormir. Han sido semanas caóticas las que he vivido, en especial organizarlo todo para irme de San Francisco. Lo más duro de manejar fue poner a la venta las propiedades que Seth y yo teníamos en conjunto,

mientras nuestros abogados se destrozaban en la mesa de negociación para lograr un acuerdo beneficioso a partes iguales. Después, el coordinar el envío de mis cosas a una bodega para quedarme solo con lo más útil y que entrase en un hotel casi me manda al hospital por el estrés. La cereza del pastel fue la llamada de mamá...

—Lo sé, Mitsy... Cuando nos llamó a Hazel y a mí para decírnoslo en persona fue un shock, no solo porque era la primera vez que la voz de mamá sonaba casi cálida, sino porque había algo más que no nos estaba diciendo.

—¿A qué te refieres?

—La comunicación silenciosa con papá que tenía cada tanto, mientras hablaba con nosotros, me dejó una sensación inequívoca de que la situación es peor de lo que intentaron presentarla.

—Una enfermedad terminal no puede ser menos trágica de lo que ya representa —dijo Mitsy frunciendo el ceño.

—Me temo que el suspenso va a mantenerse hasta que nos vean a los tres juntos, por eso la reunión de mañana en la noche es importante. Procura no faltar.

Ella asintió.

—¿Cómo se ha tomado todo esto nuestro padre? —le preguntó a Joaquín.

—Ha perdido peso e incluso su discurso es más blando, menos dictatorial.

—¿Es eso posible? —preguntó ella sin ocultar su cínica incredulidad.

—Ya sacarás tú misma las conclusiones cuando nos reunamos en casa de ellos.

A diferencia de los ojos verdes-azulados y cabello rubio de Mitsy, Joaquín tenía los ojos cafés y el cabello negro. El carácter de ambos era también distinto. Ella, efusiva y arriesgada; y él, mesurado y menos expresivo con extraños. Hazel, en cambio, era la analítica de la ecuación y solía ayudarlos a encontrar el meollo de un problema cuando ninguno era capaz de dar con él. Hacían un buen equipo, y para mantener la armonía entre los tres habían acordado una ocasión no trabajar nunca juntos en asuntos que involucraran dinero.

Después de la guerra comercial que presenciaron cuando eran adolescentes, entre sus tíos de parte de padre y sus tíos de parte de madre, acordaron que no llevarían negocios entre los tres hermanos y cualquier ayuda mutua sería superficial, pero siempre sincera. Los tres continuaban manteniendo el acuerdo. Sin duda una de las mejores decisiones que habían tomado.

—Enfrentarlo no es algo que me haga ilusión —murmuró con ansiedad—.

Quisiera haber nacido en un entorno con padres normales.

—Define “normal” —dijo Joaquín, riéndose—. Papá me dijo que no respondías las llamadas, y mamá fingió un ataque de ansiedad cuando supo que preferías quedarte en un hotel a quedarte en casa con ellos. —Mitsy rodó los ojos—. Tan solo les dije que querías quedarte con Hazel, pero que el hotel boutique estaba completamente ocupado y que no querías causar molestias.

—Hubiera sido interesante que les comentaras que soy un adulto y lo último que buscaba era tener a mis padres criticando cada pequeño aspecto de mi ser.

Joaquín soltó una suave risa. Su padre era machista, y su madre, chapada a la antigua. A ninguno de los dos les gustaba dar su brazo a torcer, y Mitsy al ser la más pequeña había recibido más que solo consejos; él podría jurar que, si los puestos hubiesen sido intercambiables, ya se habría vuelto loco. Entendía la reticencia de Mitsy a quedarse en casa de sus padres. De los tres hermanos era quien más había sufrido las críticas de su madre, y el machismo de su padre.

—Llevas razón... Mitsy ¿cuándo vas a decirles sobre Seth? Ellos asumen que has venido con él. No he querido aclarar el panorama, porque no me corresponde. El bastardo te engañó y te trató de manera imperdonable.

—Apenas termino de asimilar la idea de que eché por la borda seis años de mi vida... —suspiró—. Prefiero descansar y ahorrarme esa batalla para cuando resulte estrictamente necesario.

—Solo procura que la bola de nieve no se convierta en una avalancha.

—Dudo que sea de otro modo con el drama que lleva mamá —murmuró.

Joaquín tan solo asintió.

Mitsy no continuaba amando a Seth, y ahora que veía su relación desde otro punto de vista tenía la certeza de que jamás lo amó. Él se había encargado de eliminar poco a poco cualquier posibilidad de que tuviese sentimientos que no implicaran planear diariamente un asesinato. La culpa era suya por haber tomado una decisión tan importante bajo las motivaciones equivocadas, y principalmente por haberse quedado en una relación que no la hacía feliz por miedo a estar sola. ¿Quién la empujó a aceptar una propuesta de matrimonio, sexo mediocre, y una vida que jamás la instó a sonreír? Solo ella. ¿Quién decidió quedarse tantos años hasta que fue demasiado tarde en un matrimonio tóxico? Solo ella.

Ahora volvía al punto de inicio: Bozeman.

«La circular existencia del ser humano.»

—Avísame si necesitas algo, por favor.

—Puedo arreglármelas sola, no hace falta que te molestes, Joaquín —dijo con cariño y ocultando un bostezo.

—Eres terca como una mula...

—Nos viene de familia —replicó con una sonrisa triste—. ¿Sabes? No importa qué haga o deje de hacer —cerró los ojos— es imposible huir.

El área de la recepción tenía una fila corta de huéspedes, así que los dos charlaban en voz baja esperando a que les tocara su turno.

—No tienes que huir. Nunca has tenido que hacerlo... Ahora que los papeles de divorcio fueron firmados eres libre. Toma estas semanas para reevaluar tu vida, Mitsy. ¿Qué odias más que la idea de ser sometida a un interrogatorio familiar?

«Encontrarme al hombre que no he podido olvidar a pesar del tiempo. Un hombre que, de seguro, me odia.»

—Que alguien piratee mi novela —dijo con una mueca.

Joaquín soltó una carcajada.

—Sería ingenuo pensar que eso no ha ocurrido.

Ella se encogió de hombros.

—Lo sé, pero esa es la respuesta más sincera a tu pregunta —mintió.

—Por cierto, Amelie quiere verte, y tus sobrinos necesitan una niñera de vez en cuando y que no cobre demasiado en horas nocturnas, así que estás más que invitada.

—Ja-ja, qué gracioso. Ya sabes que adoro a mis sobrinos.

—Lo sé, lo sé —replicó con la risa todavía bailándole en los labios—. Solo quería recordarte que te esperamos con los brazos abiertos.

La expresión de Mitsy se suavizó. Su hermano, un soltero empedernido y mujeriego a más no poder, había caído bajo el embrujo de Amelie Vauvier, una escultora muy popular y cuyos trabajos se cotizaban por cientos de miles de dólares en las galerías de Nueva York, Montana y Chicago. Se había casado un año después que Mitsy, cinco años atrás, y ya tenía dos diablillos, Malcolm y Hansel. Ambos eran la debilidad de todos los Hammonds.

Detuvieron la conversación para que Mitsy pudiera registrarse. Hicieron el proceso muy rápido, y pronto recuperaron la charla.

—Vamos a ver qué surge en estas semanas —dijo ella tratando de sonar optimista al cabo de un rato. Tomó la llave electrónica que le extendió la recepcionista y se giró hacia su hermano—: Me hacía falta una charla sincera, gracias, Joaquín.

Él asintió.

—Las puertas en mi casa siempre están abiertas para ti. Además, a Amelie le vendría bien para conversar sobre otra cosa que no sea Paw Patrol —comentó riéndose y haciendo alusión al exitoso programa infantil—. Considera venir a quedarte unos días con nosotros o el tiempo que necesites. Además, un hotel no es el mejor lugar para que una escritora de thrillers tenga buenas ideas.

Ella sonrió abiertamente.

—¡Já! Habría que preguntarle a Stephen King si eso es cierto —dijo refiriéndose a la película *The Shinning*—. Dale mis saludos a mi cuñada. Ahora, hermanito, vete ya a descansar que nos espera un largo periodo de festividades y momentos complicados con los cuales lidiar. —Se inclinó para recibir el abrazo de Joaquín, antes de que él empezara a alejarse.

CAPÍTULO 2

—Nos resulta imposible por ahora concederle una línea adicional de crédito, señor Carter, considerando el informe que señala la pérdida económica que ha sufrido en los últimos meses en su rancho. La hipoteca de la propiedad, más el préstamo que realizó este verano, nos impiden acordar una extensión crediticia —dijo el gerente de la agencia bancaria, mientras señala los números que corroboraban sus palabras.

—He sido puntual en los pagos —apuntó Rohan con seriedad. Era un buen cliente y tenía un expediente impecable—. Mi familia ha trabajado con este banco durante generaciones. Con las facilidades que existen ahora para manejar este tipo de situaciones encuentro muy poco coherente una simple explicación que se remite a un informe financiero sin considerar mi historial como cliente. Los granjeros no tenemos influencia en las condiciones climáticas ni tampoco con respecto a un virus que pueda infectar al ganado hasta el punto de tener que sacrificarlo —concluyó apretando la mandíbula al recordar lo terrible que fue la faena para él y sus empleados.

El hombre de bigote se aclaró la garganta. Sabía que los Carter eran influyentes en Montana, pero también que este miembro de la familia en particular tenía pocas pulgas y siempre era preferible tenerlo como aliado. En esta ocasión, no le sería posible ayudarlo; estaba fuera de sus manos.

—Lo sé, y créame que lo valoramos mucho —dijo con tono cauto—. Debemos esperar seis meses para reevaluar la viabilidad de otro crédito.

Frustrado, Rohan, asintió.

Él no era una persona que tomase decisiones apresuradas, ni impulsivas. El joven enamorado que alguna vez creyó que todo era posible de conseguir, ya había desaparecido, y su reemplazo era un hombre cínico. Al menos su estupidez e ingenuidad al haber creído las palabras de una chica adinerada le había dejado la capacidad de desconfiar, y esa era un arma esencial para los negocios, en especial en tiempos difíciles como los que ahora estaba afrontando.

—Gracias por su tiempo —dijo Rohan incorporándose.

—La próxima ocasión espero tener una respuesta distinta —dijo el banquero extendiéndole la mano con una sonrisa estudiada. Él tenía que velar por los intereses del banco antes que el de los clientes; esa era la realidad—.

Y estoy seguro de que pronto las condiciones serán más favorables.

—De acuerdo, señor Neuman —replicó con acritud antes de abandonar las instalaciones del banco.

Las demás instituciones financieras le habían dicho exactamente lo mismo a Rohan: no podían darle crédito cuando su rancho no estaba reportando los niveles de ganancias que se esperaban. Tal vez, si hubiera aceptado la propuesta de su cuñado, Branden, de invertir en una compañía de tecnología, en esos instantes estaría disfrutando del solaz de una isla caribeña, en lugar de romperse el cráneo pensando en cómo salvar las ganancias del rancho para pagarle a todo el personal y encontrar otra vía para sacarle partido a los meses invernales que llegarían sin demora ni misericordia. No iba a ser una temporada sencilla, pero tampoco tenía intención de darse por vencido. Había mucho por lo cual luchar y él era una persona recursiva.

Seis años atrás, le había comprado el rancho Mountain Queen a su padre, Bowen, y con ello logró mejorar considerablemente la producción e implementar sistemas más sofisticados de trabajo. Engrandeció la propiedad y cobró más notoriedad entre los rancheros de la zona y en el ámbito empresarial dedicado al campo. Comprar Mountain Queen fue una movida con doble intención. La primera, que sus padres pudieran jubilarse para disfrutar más tiempo con los tres nietos que tenían, hijos de Arlette.

Rohan adoraba a su hermana, y la idea de que compartiera momentos con sus vástagos y sus padres le gustaba mucho. La segunda, transformar las horas que perdía en el bar más costoso de Bozeman —bebiendo y flirteando como si fuese un ejercicio similar al de respirar— en algo fructífero y no destructivo al recordar lo estúpido que había sido al confiar en las palabras de una mujer cuando, al final, resultó evidente que todas estaban cortadas con el mismo molde. Habían sido dos intenciones importantes, y el resultado —en general— era alentador. Lo que estaba experimentando en esos momentos era solo un revés, pero ¿quién no los tenía?

Una ocasión, en aquellos momentos de ingenua emoción, pensó en hacer de Mountain Queen su hogar junto a Mitsy Hammonds. Desde aquellas épocas parecía como si hubieran pasado años luz... Ahora, él solo estaba enfocado en remontar el nivel de producción, crecimiento y nuevos planes de trabajo que tenía para su propiedad. Las mujeres no eran bienvenidas a su casa a pasar la noche.

Si quería sexo, buscaba ligar en un bar y terminaba la noche en un hotel de lujo. Una vez concluida la faena sexual no se quedaba a dormir en brazos de

ninguna mujer, ni les permitía hacerse a la idea de que podían domar su espíritu libre e incrédulo en lo relacionado al amor. No quería ni le interesaban las ataduras.

Rohan caminó por la acera de la calle principal de Bozeman sintiéndose frustrado por el resultado de su reunión con el banquero. Tenía parqueada su Tacoma color gris varias cuadras más adelante.

El frío de la mañana le venía perfecto para su estado anímico, porque al menos su cabeza se relajaba un poco pendiente de no congelarse en lugar de mandar al diablo a la primera persona que se le cruzara en frente. A medida que continuaba su andar, las miradas de apreciación femenina hacia Rohan no se hicieron esperar.

Él no tenía tiempo para cortejar a una mujer. Si se daba la situación propicia, entonces cedía a la lujuria sin remordimiento alguno, caso contrario prefería enfocarse en los negocios. Sí, él era muy consciente de que recibía miradas de apreciación del sexo opuesto, pero ¿qué sacaba intentando gastar un tiempo valioso en alguien por solo unas horas cuando el sustento de varias familias dependía de las gestiones de negocios que él pudiera fortalecer en las próximas semanas?

Resultaba imposible para una mujer con buen gusto no echarle una mirada a Rohan Carter, aunque fuese de reojo. La estampa que ofrecía en esos instantes, mientras caminaba con despreocupación, resultaba muy atractiva. Llevaba las botas negras prolijas —muy distintas a las que utilizaba para el campo—, la barba recortada a la perfección y el cabello castaño e indómito, a su aire. El jean negro se ajustaba a sus fuertes piernas como un guante, y la camisa blanca abotonada le otorgaba una imponente presencia. Su metro ochenta y dos de estatura, así como las facciones de ángel caído con sonrisa pícaro habían sido siempre una estela que lograba capturar la atención a donde sea que él fuese. Esa mañana no era la excepción.

Muchas mujeres podían decir que, con o sin ropa, Rohan era impresionante; no se equivocaban, lo era. Él sabía que era un imán para los ojos femeninos por su apariencia física, pero a sus treinta y seis años el efecto no era el mismo que a los veinte años, y dudaba que aquello fuese a cambiar a estas alturas de la vida.

Los hombres, en cambio, envidiaban la capacidad de diligencia que él poseía para desenvolverse en un mundo de negocios tan complejo como lo era el de la crianza de ganado, y la agricultura, así como la comercialización de productos. Era el coeficiente intelectual de Rohan, el que había conseguido

granjearle los mejores tratos comerciales para el rancho. Él era un ranchero duro de roer. Solo desplegaba su encanto innato para su familia.

No exhibía vulnerabilidad cuando se trataba de hacer negocios; era implacable.

A pesar de las cautelosas previsiones en el manejo de su propiedad, la naturaleza había conseguido hacer de las suyas este año. Con la negativa de los bancos, Rohan bien podría prestarle dinero a su hermana o a su cuñado, pero no deseaba depender de otros, porque consideraba que la situación era su responsabilidad. Después de todo Mountain Queen era su sitio más privado.

Sacó la llave de la camioneta y se acomodó frente al volante. Encendió la calefacción antes de recostar la cabeza contra la cabecera del asiento. Se pasó la mano por el rostro y dejó escapar un largo suspiro.

Ignoraba qué habría sido de él sin el rancho años atrás, en especial con toda la frustración y el dolor que le había quemado en lo más profundo cuando la mujer que amaba se casó con otro. Llevaba a cuestas una cicatriz que parecía estar a punto de abrirse con tan solo recordar esos momentos. «Infame mujer.» Mountain Queen había sido su tabla salvavidas cuando su vida parecía haberse salido de órbita, y si tenía que trabajar el doble, lo haría, con o sin invierno.

Sus empleados eran leales, y ya le habían dicho que tenía el apoyo del equipo hasta lograr recuperar el esplendor financiero del rancho, pero Rohan jamás podría utilizar esa lealtad sin darles lo esencial y obvio a cambio: un salario. No estaba en la bancarrota ni mucho menos, claro que no, pero sí necesitaba invertir en reparar varios tractores, implementar un nuevo sistema de riego, cambiar los techos de los establos y reforzar las cercas de los límites de la propiedad en un tiempo muy corto. Treinta acres de propiedad implicaban una gran fuerza de trabajo y dinero.

Le cabreaba no tener certezas.

Necesitaba proteger a los caballos porque, aunque no eran de carrera, se usaban en una pequeña escuela de equitación, Jumping Smiles, para niños autistas entre ocho y doce años de edad. Implementar la escuela fue una idea de su hermana, y Rohan no se arrepentía de ello. Se trataba de una actividad sin fines de lucro, y no pensaba cancelarla. Tenía también que pensar en esos niños que recibían ayuda a través del contacto con la naturaleza de una forma tan directa. No podía defraudarlos, supieran ellos o no que el financiamiento de la escuela salía del bolsillo directo de Rohan.

Dio un golpe contra el volante, enfadado, porque el rancho estaba

directamente asociado a Mitsy. Todo parecía llevarlo a pensar en ella, maldición.

Todavía podía recordar el rostro de expresivos ojos verdes-azulados, brillantes de emoción, cuando él le dijo que podían tener una vida cómoda en el rancho Mountain Queen si él lo compraba para que Bowen y Diane pudieran jubilarse antes de tiempo. Mitsy le propuso aportar con parte del capital, pero él —y ahora se alegraba— rehusó. Dos semanas antes de que él hubiera estado a punto de proponerle matrimonio, ella rompió la relación. Jamás le dio razones coherentes, y al final se casó con un opulento abogado de San Francisco.

Recordar aquellas épocas de la partida de Mitsy, en los que el amanecer y el ocaso parecían tener solo tonos grises, lo llenaba de rabia. Pero en sus sueños todo se salía de control, y a veces amanecía agitado porque el recuerdo de las noches que juntos habían compartido parecían demasiado vívidas, demasiado reales. Cuando eso sucedía, él redoblaba la jornada de trabajo en el campo hasta no tener ni un gramo más de energía. Otras ocasiones, solía salir en su Harley Davidson y recorría sin rumbo las autopistas, por horas, hasta que creía que la calma había vuelto.

No había tenido noticias de ella en todo ese tiempo, ni tampoco hacía intentos de saber de Mitsy. Aunque imaginaba que ya tendría algunos hijos y de seguro vivía feliz jugando a ser la esposa perfecta del imbécil que tenía por esposo.

Después de ella, Rohan aprendió la dura lección de no confiar. No hubo más promesas ni intenciones de atarse a nadie. Las mujeres solo le interesaban durante el tiempo que duraba un orgasmo. Así de crudo, así de sincero.

Ahora su mente estaba enfocada en hallar la forma de sacar adelante el rancho. Llevaba claro que no iba a vender una parte de sus tierras. No le atraía la idea de tener un socio capitalista inútil que preguntara por los beneficios cuando no entendía en absoluto el trabajo de campo. Además, también necesitaba contratar una persona que manejara los engorrosos temas administrativos que le quitaban un tiempo valioso.

Rohan estiró la mano para encender la radio en la estación de noticias.

Podía caer en el pesimismo, pero lo cierto es que no todo eran malas noticias. De hecho, el cultivo de azúcar continuaba dando réditos y se mantenía en pie. Los productos caseros que se hacían en el rancho, y que eran de la temporada —como mermeladas y frutos en conservas— se vendían en varias ciudades de Montana y representaban un ingreso constante que ayudaba.

Tomó una profunda bocanada de aire.

Con menos cabreo, pensó en la que sería su siguiente parada: la juguetería local. Él no era adepto a la idea de estar encerrado en un sitio con acondicionador de aire, porque disfrutaba más la vida al aire libre, y cabalgar a todo galope uno de sus purasangres mientras recorría su propiedad supervisándola. Sin embargo, no podía en esta ocasión —ni en ninguna otra— dejar escapar su responsabilidad de tío. Esa tarde era el cumpleaños de su sobrino más pequeño, August. Así que tenía que pensar en la sonrisa del niño cuando lo viese llegar con un obsequio, en lugar de pensar en el horrendo día que había tenido y el tedio que le producía la sola idea de ir de compras. Por su familia era capaz de todo.

Cuando Rohan Carter amaba, lo hacía con fiera intensidad e inquebrantable lealtad; cuando odiaba, la forma más eficaz de evitar su destructiva rabia era mantener una prudente distancia.

—¿Vendrás a cenar esta noche a casa de nuestros padres? —le preguntó Hazel a su hermana menor.

Una camarera del hotel de la familia Hammonds, La Estancia, estaba terminando de recoger la vajilla que habían utilizado durante el desayuno. Las dos hermanas estuvieron charlando casi dos horas sin parar, esto era algo bastante inusual porque Hazel era de pocas palabras.

Mitsy se alegraba de saber que su hermana estuviera ilusionada ante la perspectiva de iniciar una construcción de tres bungalós privados en el extenso patio del hotel. Solían organizarse pequeñas actividades en el verano, pero en términos generales el espacio estaba algo desperdiciado. Construir algo exclusivo, con más privacidad y un costo más elevado para huéspedes adinerados, era una idea genial.

—No tenemos alternativa, ¿o sí? —replicó Mitsy con media sonrisa—. Estaremos en contacto, Hazel, e intenta no acaparar más trabajo del que puedes. Ya te he dicho que contratar una persona de confianza que pueda ayudarte en la contabilidad es imperioso. Eres lista, pero sobre todo humana. Debes descansar y tratar de salir un poco más. ¿Vale?

—Es un consejo que me da la mujer que prefiere estar en un perenne romance con una portátil de un sitio a otro, en lugar de tener citas. —Avanzaron hasta la amplia puerta de la entrada—. Te divorciaste de un cretino, Mitsy, así que mereces tratar de ser feliz de verdad. No cometas el error de creer que tus decisiones lograrán un cambio en la actitud tan condescendiente

de nuestros padres. Ya sabes que no es personal. Lo que te dicen a ti también suelen comentármelo. Nunca es suficiente para ellos el esfuerzo que hacemos.

—Porque no somos Joaquín.

—Corrección —dijo Hazel elevando el dedo índice para resaltar su tono de maestra de quinto grado—, mi querida hermana, porque no nacimos con pene. Papá ha sido siempre machista, y madre jamás lo ha contradicho... todo lo opuesto.

—Lo sé —se encogió de hombros—, y de momento me alegra saber que tienes planes alrededor. ¿Has visto a nuestros sobrinos?

—Antes de ayer estuvieron por aquí un rato. ¿Irás ahora a casa de Joaquín y Amelie? Nuestra cuñada debería tener un altar por tolerar al insoportable que tiene como esposo.

Mitsy se rio y abrazó a Hazel.

—Solo porque insiste en que salgas en una cita con Hugh y tú rehúsas hacerlo, mi querida hermana. —Hazel hizo una mueca de desacuerdo—. Es un buen partido, ¿por qué no le das una oportunidad? Tal vez te sorprendas.

—Dentro de dos días se desocupa la suite del último piso. Podrías quedarte aquí sin problema. Además de las letras eres excelente con los números, así que serías esa mano derecha que sugieres que contrate. ¿Acaso no es genial? Tendrías un ingreso adicional hasta que decidas cómo reorganizar tu vida.

Mitsy soltó una carcajada.

—Cambias el tema de tu vida romántica a la laboral —mantuvo la sonrisa y sacó las llaves del automóvil que había rentado—, y con respecto a tu propuesta, pues lo pensaré... Por ahora intento mantener la cabeza algo despejada a ver si consigo hilvanar alguna idea para un nuevo libro. Asesinar personajes es todo un arte.

Hazel esbozó una amplia sonrisa.

—Si alguna vez vuelves a ver a tu ex, dile que me haga una visita al hotel.

—¿Para qué? —preguntó Mitsy frunciendo el ceño.

—Merece un ejemplo de mis nuevos movimientos como cinturón negro de Karate-Do... en las bolas —dijo esto último en voz baja, porque una familia se acercaba a la entrada del hotel.

Mitsy rio y meneó la cabeza. Adoraba a su hermana, y era una pena que no pudieran tener más seguidas conversaciones francas y largas. Ni el teléfono, ni Skype, ni el Facetime reemplazarían a la riqueza de la expresión facial y la cercanía. Jamás.

—Nos vemos en la noche, Hazel. Ahora tengo que ir a casa de Joaquín a

saludar a mis diablillos. Quiero abrazarlos hasta que pidan clemencia — sonrió ante la perspectiva de ver a sus sobrinos.

—Son unos niños adorables, pero creo que la maternidad no es lo mío — dijo Hazel de buen humor, alisándose el vestido azul índigo que hacía juego con sus ojos.

—Lo sé. Tú no hagas caso a las exigencias de mamá. —Hazel hizo una mueca, porque las dos hermanas habían sido cuestionadas por la falta de descendencia, y en el caso de Hazel por no casarse—. Cada persona a lo suyo. Yo siempre tuve claro que quería tener hijos, pero ya te he dicho que no todo lo que planeamos sucede.

—Lamento que lo tuyo con Seth no haya resultado... No comprendo por qué seguiste adelante con ese matrimonio. Nunca vi en ti esa mirada de ilusión con Seth. De hecho, parecía que estabas tratando de huir de algo —se aclaró la garganta con intención— o de alguien.

Mitsy había decidido hablar con Hazel de una buena vez sobre su divorcio. Tampoco podían esconderse un secreto de esa magnitud, menos con la noche familiar que se les avecinaba.

—Ya todo eso es agua pasada, y tengo que mirar hacia otros horizontes para tratar de encontrarle sentido a mi vida. Debo enfocarme en escribir, reconectarme con mi lado creativo...

Hazel colocó la mano con cariño sobre el hombro de su hermana menor.

—Hay algo que no has sido capaz de reconocer en voz alta ante mí o Joaquín, ¿verdad? —preguntó con suavidad—. Continúas procurando evitar hablar del verdadero motivo detrás de tu partida y tu errático matrimonio.

—No sé qué...

—¿Lo amaste de verdad? —interrumpió sin darle tiempo a nada.

—Hazel...—dijo en tono de advertencia.

—Sabes que no estoy refiriéndome a tu exesposo, sino a Rohan. —Mitsy apretó los dientes y bajó la mirada—. No sé qué ocurrió para que lo de ustedes acabase tan de repente. Lo que sí sé es que la forma en que él te miraba y tú le devolvías el gesto no suele ser muy frecuente. Aquello era único, incluso por la manera en que tu cuerpo parecía reaccionar a él sin que lo notases.

—¿Y tú sí lo notabas porque eras una curiosa? —preguntó sardónica.

—No, Mitsy, lo notaba porque cada día, después de que tú y Rohan rompieran, podía percibir que te marchitabas poco a poco. Incluso cuando anunciaste tu matrimonio con Seth, no lo podía creer. Fue todo tan repentino.

—Pasaron dos meses desde que rompí con Rohan —dijo de mala gana.

—No diste razones por las cuales hubieras dejado al chico Carter —tomó una profunda bocanada de aire—, y jamás creí que fueras a casarte con otra persona que no fuese él. De hecho, Joaquín y yo esperábamos una reconciliación.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó Mitsy—. Siempre te mostraste muy colaboradora en todo y conforme con esa unión. Pudiste decirme que no lo hiciera, pudiste evitar un error...

—No me hubieras escuchado. Además, no era yo la llamada a hacerte ver que estabas errada, Mitsy, sino tú misma.

—¿Te crees muy sabia al haber callado? Tus palabras a tiempo me hubieran ayudado a ahorrarme el infierno en el que viví durante seis puñeteros años... —meneó la cabeza y se secó una lágrima que no fue capaz de saber que había rodado por su mejilla hasta que la tuvo en el borde de los labios—. Lo siento, ha sido fuera de lugar mi comentario. Tienes razón, yo no estaba dispuesta a escuchar a nadie. Necesitaba experimentar el dolor y madurar. Lo he hecho.

Hazel suspiró y sonrió con dulzura a su hermana.

—Creo que tu carácter no ayudará más si continuamos hablando. Solo me alegra saber que ahora estás aquí.

—Gracias, Hazel, a pesar de que tengo cosas que manejar emocionalmente todavía, lo cierto es que me alegro de estar cerca de ti y de Joaquín.

—Mitzy, la vida tiene un alma gemela para cada uno. La tuya era Rohan.

—No quiero...

—Por si te sirve —dijo interrumpiéndola—, él no se ha casado. Es un soltero empedernido y las mujeres hacen fila para intentar ligárselo. Pero ¿adivina qué?

—No me interesa... —murmuró perdiendo la calma y sintiendo cómo el corazón se le aceleraba. Imaginarse a Rohan con otras mujeres era una tortura y no tenía que serlo, menos después de tanto tiempo y cuando ella había sido quien decidió alejarse para casarse con otro.

—Hace ya varios meses que no se le ve con ninguna mujer del brazo. Si te preguntas cómo lo sé, pues déjame contarte que aquí llegan y van muchos cotilleos. Se escuchan y se comentan cosas. Me entero de todo. Y Carter es un apellido bien reconocido, en especial el único hombre de la familia que posee el Mountain Queen.

—Problema de él —dijo haciendo una mueca.

—Es un buen hombre, Mitsy, pero es la sombra del tipo encantador que

conociste. En un par de ocasiones me lo topé en uno de los bares de moda. Me saluda, entabla una conversación coloquial, pero más allá de eso, mantiene su distancia. Y no se trata de que yo sea tu hermana. Actúa de ese modo con todos. Puede que se acueste con muchas mujeres, o puede que no, pero si te sirve de consuelo a ninguna le sonrío del modo como te sonreía a ti cuando estaban juntos.

—¿Consuelo? —dijo riéndose—. Han pasado tantos años desde que vi a Rohan que ya me da lo mismo lo que haga con su vida. Si yo he podido superarlo, ¿por qué no puedes tú? Dios, acabo de terminar un proceso de divorcio. Lo último que quiero es tener que pensar en un enamoramiento estúpido del pasado.

—Nunca hay que dejar cabos sueltos, porque tarde o temprano van a volver a cruzarse en tu camino. ¿Qué harás entonces? ¿Volver a huir? Bozeman es una ciudad relativamente pequeña.

—Hazel, escucha, entiendo que te gusta meditar, la onda reflexiva y tal, pero, por favor, déjame fuera de ello. Necesito lidiar con mi presente, no con mi pasado.

—Como tú digas —dijo elevando las manos con resignación.

Mitsy agitó las llaves del automóvil intercambiándolas de una mano a otra.

—Siempre es más fácil juzgar cuando se está del otro lado.

Hazel inclinó la cabeza hacia un lado.

—No es más fácil, sino más imparcial porque ves la situación desde 'fuera' —replicó Hazel con suavidad—. No te digo que te lances a los brazos de Rohan, tan solo que, si te es posible, limes asperezas. Así cierras del todo ese capítulo.

—Lo cerré hace tiempo —rezongó.

—Si así fuese, entonces nada de lo que te acabo de decir te habría afectado. Lo hubieras tomado de un modo más calmado.

Mitsy no quería discutir. No necesitaba más carga emocional de la que seguro tendría esa noche en casa de sus padres.

—Me tengo que ir. Nos vemos esta noche.

—Seguro —murmuró Hazel mientras veía a su hermana alejándose.

Soltó un suspiro de resignación y volvió al interior del hotel.

En La Estancia se administraban treinta habitaciones, pero cada una de ellas poseía un toque especial con una decoración única y sofisticada. La construcción de tres bungalós le parecía una necesidad para brindarle privacidad a los huéspedes que eran solteros, o parejas sin hijos, y preferían

no escuchar el ruido que solían hacer los niños pequeños de las familias que se hospedaban cada tanto.

Hazel pretendía darles siempre una experiencia única a sus huéspedes, y por eso ofrecía un servicio privado de turismo hacia el parque nacional Yellowstone en las temporadas más concurridas. Poco a poco, iba incrementando servicios para convertir al hotel en un sitio más completo.

—Bienvenidos a La Estancia, apreciamos que nos hayan elegido —dijo Hazel a sus nuevos huéspedes desde el escritorio de la recepción.

CAPÍTULO 3

Cuando Mitsy vivía en San Francisco solía comprar muchos detalles por internet para sus sobrinos. Lo hacía por correo ordinario y adjuntaba una carta firmada por ella para que su cuñada o su hermano se la leyera en voz alta a los niños. Amelie le aseguraba que tenía un álbum con todas esas cartas y pensaba entregárselo a sus hijos cuando crecieran. Aquella perspectiva le resultaba adorable porque le encantaban los niños, y los dos pequeñines, Hansel y Malcolm, eran sus consentidos.

No iba a presentarse a la puerta de la casa de Joaquín y Amelie sin obsequios para los niños. Debía ir de compras, por más que lo único que le apeteciera en esos instantes fuese ir al hotel y arroparse bajo las cálidas mantas para ver alguna película, pero necesitaba forzarse a sí misma a buscar otra manera de ocupar su tiempo durante su estancia en Bozeman. También le vendría bien buscar libros de otras escritoras de thrillers en la librería local y así tratar de expandir la mente y entretenerla.

Se ajustó la bufanda al cuello.

El pronóstico del tiempo en noviembre solía ser bastante consistente. O bien llovía o bien empezaba a nevar con temperaturas que en las madrugadas alcanzaban la sensación térmica bajo cero. Eso no era nada comparado con diciembre y enero. Aquellos meses sí que eran brutales.

Al haberse criado en las montañas de un Estado tan hermoso y plagado de naturaleza como lo era Montana, Mitsy apreciaba el entorno. Amaba el aire puro y sabía valorar la calidez de una chimenea con una copa de vino después de la cena.

Encendió la radio para conducir más a gusto hasta el centro de la ciudad.

La avenida medular quedaba a veinte minutos de La Estancia, y tenía que pasar por esa zona siempre que quisiera dirigirse a cualquier tienda que brindara productos o servicios reconocidos. La East Main Street era el sitio de concentración tanto de bares de moda y restaurantes como de boutiques ostentosas, también conservaba el aspecto de un entorno clásico del Oeste americano, y al mismo tiempo era notoria la implementación de tecnología de punta. Un híbrido muy interesante.

Agarró el termo de café que su hermana le había ofrecido para el camino. Dio dos largos tragos y sintió de inmediato el bienestar del líquido cálido en

su estómago. Esperó a que el semáforo cambiara de luz para acelerar nuevamente.

La conversación con Hazel no le había sentado bien, porque los comentarios de su hermana tocaron fibras muy sensibles. Suspiró con una mezcla de añoranza y resignación. Mitsy intentaba tomar las sugerencias de la mejor forma, pero no resultaba una tarea sencilla, menos si eran temas que marcaban su vida contundente e irremediamente como había sido su romance con Rohan.

Presionó el botón para cambiar de canción, y prefirió pensar en lo que tenía que hacer en los próximos minutos. Y eso consistía en conseguir un buen obsequio que pusiera una sonrisa en el rostro de sus sobrinos. Pensar en el pasado no iba a devolverle el tiempo perdido ni a mejorar sus recuerdos.

Aparcó cerca de la tienda más antigua de la ciudad, una boutique que vendía vestidos preciosos con estilos a la moda de los años 50's. Era un lujo haber encontrado parqueadero en una zona que, por lo general, siempre estaba llena. En Bozeman había muchas tiendas muy peculiares en las que se podían adquirir algunas monadas para niños por precios estupendos y de gran calidad, así que esa era su primera parada del día: la juguetería.

Bajó del automóvil que Hazel le había prestado, y a pesar de que un precioso vestido azul llamó su atención en uno de los escaparates, desistió en caer bajo la tentación de hacer compras innecesarias. Además, sabía que sus sobrinos tenían una rutina de actividades y no quería interrumpirla. Ya casi era la hora de la comida, así que más le valía darse prisa.

Sacó el teléfono de su bolsa, porque tenía que responder un mensaje de Hilaria ya que tenían pendiente reunirse. Su mejor amiga conocía la vida nocturna en Bozeman así que era quien llevaba la voz cantante para escoger un ambiente discreto en el que pudieran charlar a gusto. No era lo mismo cotillear y hablar por videoconferencia que hacerlo personalmente. Con la mente distraída, pero consciente de que conocía a la perfección el camino sobre el que iba andando, dejó que sus dedos empezaran a moverse sobre la pantalla digital de su teléfono. Estaba a punto de presionar el botón de envío cuando un par de brazos de acero la detuvieron.

El impacto la hizo soltar el teléfono y elevar el rostro al mismo tiempo.

Abrió la boca, pero las palabras se le atoraron en la garganta. Creyó retroceder en el tiempo, pero el hombre que la observaba con repulsión en ese momento distaba mucho del hombre que ella amó con locura. Tragó en seco. No tenía idea de cómo era capaz de mantenerse en pie, pues sentía las piernas

como gelatina.

Ante ella tenía al único ser vivo que de seguro había organizado una asamblea de brujas para que todo le fuese mal en la vida. Sus neuronas luchaban por mantener la coherencia de funcionamiento con las articulaciones, y su corazón, oh su esquivo corazón, parecía haber empezado a sangrar por la grieta que jamás había logrado subsanar con el tiempo.

Llevar aire a los pulmones parecía una tarea titánica, pero si no quería experimentar un embarazoso desmayo más le valía permitirle al oxígeno filtrarse por sus fosas nasales. En lugar de tratar de hablar, prefirió agacharse para recoger el teléfono. Aquel fue un breve escape para distraerse y así intentar calmar la angustia que se había derramado por su torrente sanguíneo como un tenue veneno. Mitsy hubiese dado todo lo que poseía por contar con un botón automático que pudiese transportarla a otro punto geográfico en solo unos segundos, y así evitar la mirada de hostilidad de Rohan. ¿Por qué todavía no se inventaba una máquina capaz de retroceder el tiempo?

La calefacción de la juguetería lo recibió con la temperatura inusualmente perfecta. En algunas tiendas solían mantener todo el sistema de ventilación apagado durante el invierno, y aquello resultaba en un absurdo porque el olor a guardado se impregnaba en los alrededores. Olsen Toys era la excepción, pues parecía ser consciente de cómo mantener un entorno agradable, no solo en la decoración, sino también en la climatización de la tienda.

Rohan empezó a recorrer con calma los cinco amplios pasillos de la juguetería. Olsen Toys había estado en la ciudad desde que él tenía memoria. El aroma de manzanas con canela suave era característico, y parecía expandirse más a medida que una persona se adentraba en las diferentes secciones.

Él imaginaba que, a pesar del paso del tiempo, el niño interior que tenían las personas jamás cesaba de existir y exigir un poco de atención. ¿Por qué tendrían los adultos que olvidarse de disfrutar los pequeños detalles e incluso, ya al ser mayores, tener alguna que otra indulgencia que no pudieron satisfacer en su niñez? Para él, los recuerdos de infancia eran felices. No se avergonzaba de decir que poseía una colección muy costosa de trenes de batería y que funcionaban a la perfección. Solo los encendía de vez en cuando para que no perdieran el ritmo, y también porque le encantaba ver cómo iban de un sitio a otro sobre el riel, cruzando el escenario que él había creado con sus propias manos a lo largo de los años. Ocupaba la mitad de una habitación en el

segundo piso de su casa del rancho, y le gustaba compartirlo con sus sobrinos durante las navidades.

Quería que sus sobrinos tuvieran el mismo afecto y apoyo que él había recibido. Por eso, sin importar qué tan de mierda estuviese yéndole en los negocios, los niños no tenían por qué percibir otra cosa que no fuese optimismo de su tío. Cuando tuvieran que afrontar cosas de adultos, entonces lo harían, de momento, solo necesitaban momentos que pudieran cementar una adultez sin traumas.

—Buenos días, ¿le puedo ayudar en su elección de compras de hoy?

Él dependiente llevaba un overol verde chillón y un gorrito negro de conductor de tren de los años sesenta. Era bastante peculiar, pero se adaptaba a la perfección a la tienda, porque esta parecía estancada en el tiempo en su ambiente y decoración; quizá ahí radicaba el éxito de esa empresa familiar. Podía pasar una o varias décadas, y los juguetes siempre estarían presentes, sin importar la edad de quien los compre.

—Necesito un obsequio para un niño que va a cumplir cuatro años —dijo Rohan—. El precio carece de importancia.

—Por supuesto, venga conmigo al pasillo tres, por favor. ¿Qué le gusta hacer al niño habitualmente?

—Construir cosas con plastilina o cualquier objeto que le sirva...

El dependiente chasqueó la lengua.

—¡Ah! Un pequeño constructor. —El ranchero contuvo las ganas de soltar una carcajada. De pronto se sentía en una mala película de Navidad, en la que el dependiente era un elfo demasiado entusiasmado—. Hace dos días nos llegó la nueva colección de Lego. Aquí tiene —dijo como si estuviera entregándole un tesoro, en lugar de una caja de cartón con legos en el interior—, su hijo va a quedar maravillado. Se lo puedo asegurar. Esta es una colección de castillos medievales. La primera entrega —le dio un golpecito a la caja que ahora sostenía Rohan— tiene las herramientas de construcción de todos los implementos de defensa. No hay objetos pequeños, por un caso, que pudieran ser un peligro. Esta es una edición perfecta pues encaja en los niños de diferentes edades, hasta los nueve años sin peligro de que pudiese ocurrir un accidente ante la posibilidad de tragarse una pieza o lastimarse con ellas. Claro, los padres deben tener cuidado —sonrió.

Rohan nunca había conocido a una persona que intentase vender algo y hablase hasta por los codos. Suponía que tenía que ver con el carácter festivo de la tienda.

—No es mi hijo, sino mi sobrino, y gracias por la sugerencia, me ha ahorrado mucho tiempo —corrigió la suposición del hombrecito de que August era su hijo. Sin embargo, lejos de cortarse, el dependiente empezó a recitar todas las bondades de la colección—. Llevaré este pack, por favor, también envuélvalo para regalo. Gracias —dijo casi perdiendo la paciencia.

No necesitaba conocer todos los detalles de los fabricantes. Dios.

—¡Estupendo! Le llevaré esto a la caja nueva, así puede continuar mirando alrededor si acaso le apetece comprar algo adicional. Estaré al tanto por si acaso requiere más indicaciones o detalles informativos.

«Ni loco.»

Un miércoles, pasada las once de la mañana, parecía ser el día perfecto para buscar obsequios infantiles. Tendría ese detalle en cuenta para los próximos años.

Después de hacer el pago salió rumbo hacia el rancho. Estaba a diecinueve minutos de distancia si tomaba la South 19th Avenue, y la casa de su hermana le quedaba de camino, así podría aprovechar para consultar con su cuñado si conocía alguna persona de confianza que pudiera trabajar en la parte administrativa del rancho, y así él se dedicaría de lleno a otros asuntos de trabajo.

Apenas abrió la puerta de salida de Olsen Toys se ajustó la chaqueta de forma instintiva y sostuvo con firmeza el haza de la bolsa de plástico en la que llevaba el obsequio para August. Dio solo un paso más cuando una persona casi se precipita contra él. De forma instintiva soltó la bolsa y sostuvo a la persona de los hombros cuando esta tropezó. Al reconocer de quién se trataba, un inesperado vendaval de emociones se arremolinó con fuerza contra su pecho.

Parpadeó brevemente y creyó estar alucinando, pero hasta donde podía recordar sus facultades mentales no tenían ninguna afectación.

Nada lo habría preparado para ver a Mitsy Hammonds de nuevo. Frunció el ceño y recogió la bolsa del suelo. ¿Qué estaba haciendo ella en Montana? ¿Acaso no debería estar jugando a las casitas con su esposo? Le lanzó una mirada que ya no reflejaba sorpresa, sino hostil desprecio.

Seis años.

Seis malditos años sin verla, y tenía que ser un día —tan endiablado— como aquel en el que tenía que encontrársela. No tenía ganas de recordar el ardor que dejó su partida ni la forma en que ella decidió cortar la relación. Mitsy era la responsable de semanas con jaqueca, después de tanto licor,

cuando él se enteró de que se estaba casando con otro; también la culpaba del desfile de mujeres que pasó por su cama para intentar quitársela de la cabeza y borrar, con otras, el sabor de sus besos. Nada había dado resultado. Entonces tuvo que procurar aprender a odiarla.

«Condenada mujer.»

En ese breve lapso, porque era hombre y no podía evitar el curso de su curiosa mirada de apreciación, Rohan notó que la figura, parecida a la forma de un reloj de arena, de Mitsy seguía tan hipnótica como siempre. El jean ajustado y la blusa blanca con la chaqueta, la hacían parecer más estilizada. Él la consideraba una de las pocas mujeres que no necesitaba de mucho esfuerzo para que una pieza de ropa luciera costosa, incluso cuando el precio no sobrepasara los veinte dólares.

A pesar de las emociones encontradas que experimentaba en ese instante, Rohan no tenía control sobre su cuerpo. La erección que de pronto empezó a formarse entre sus piernas fue un claro indicativo de ello. Tal vez había pasado mucho tiempo desde la última vez que estuvo con una mujer o tal vez se trataba de ser consciente de que él conocía cada una de esas curvas femeninas; las había besado y reverenciado. Estúpidamente creyó que esa incesante necesidad de siempre tener a Mitsy cerca, saber de ella, ser capaz de renunciar a todo si ella lo necesitaba, de preocuparse y no poder quitársela de la cabeza, había sido amor.

Ese cabello rubio oscuro, otrora más corto, ahora flotaba en suaves ondas que caían debajo de los hombros. Él había agarrado con firmeza esa cabellera mientras se mecía en el interior húmedo de Mitsy. Dios, pensó con rabia, ¿cómo había llegado en nanosegundos a ser capaz de evocar demasiadas emociones que iban de la rabia a la lujuria? Maldito día.

La movida instintiva de Rohan al detener a Mitsy, antes de que se hubiera fijado de quién se trataba, fue equivocada. El toque eléctrico que experimentó fue brutal. Sacudió la mano, sin disimulo, para después pasársela contra la chaqueta.

Mitsy elevó la mirada y abrió los ojos de par en par. Se pasó la lengua sobre el labio inferior y tragó en seco. Las emociones de duda e incredulidad cruzaron por ese rostro de nariz respingona y labios llenos. Ella marcó de inmediato espacio entre los dos, y él hizo lo mismo. Se agachó de inmediato para recoger el teléfono que había dejado caer por súbito choque.

—Yo... —titubeó, pero pronto se aclaró la garganta y agregó—: Hola, Rohan.

Él la miró desde su altura como si ella fuese una piedra en su costosa bota de la colección Tres Outlaws, de un talentoso artesano de El Paso, Texas.

—Intenta ver por dónde andas, las personas en esta ciudad usamos los sentidos para procurar respetar a los demás —le dijo sin llamarla por su nombre, como si no la conociera.

Atónita, Mitsy frunció el ceño. No lograba asimilar del todo lo que estaba sucediendo. Tal vez estaba en una realidad paralela y no lo había notado.

—Estaba revisando unos mensajes, y...

—Buen día —zanjó él con acidez sin dedicarle ni una mirada más, y la dejó atrás para ir hacia donde estaba su carro. Entre más pronto se alejase, más rápido podría dejar de experimentar el palpitar agitado de su corazón y las repentinas ganas de romper lo primero que se interpusiera en su camino.

Mitsy abrió y cerró la boca, incrédula. Se frotó el puente de la nariz y tomó una bocanada de aire helado. No tenía ni cuarenta y ocho horas en Bozeman, y ya todo parecía ir en picada. Nada la había preparado para ver a Rohan de nuevo, ni tan pronto ni para recibir tal nivel de indiferencia. Fue incapaz de llamarla por su nombre, así que imaginaba que sus continuas suposiciones de que la odiaba sin remedio estaban ahora confirmadas. Después de haberlo dejado como lo hizo años atrás, no esperaba que fuesen los mejores amigos, pero la falta de reconocimiento —por lo más simple y sencillo como era su nombre— sí le chocó hasta el punto de casi ofenderla. Es que vamos, tampoco es que se hubiese tinturado el cabello o hecho una cirugía plástica, menos cambiado su aspecto rotundamente. Tal vez tenía un par de curvas más marcadas, sí, pero continuaba manteniendo un aspecto reconocible para cualquier persona que no la hubiera visto en un largo tiempo.

Como un autómatas abrió la puerta de la juguetería con la imagen de Rohan bailándole en la mente, y el sonido de esa voz resonándole como una melodía cuya tonalidad resultaba inolvidable. La reconocería en cualquier sitio, en medio de una multitud incluso, y había soñado infinidad de veces con volver a escuchar aquel sonido tan masculino, profundo y sensual. Sin embargo, en ninguno de esos escenarios la voz tenía la capacidad de lacerar un corazón que estaba oscurecido por la tristeza y el desamor.

Al parecer no existía una razón para seguir creyendo que era posible sostener una conversación con él y limar asperezas, ni ahora ni en un futuro. Ese encuentro le había dado más respuestas de las que hubiera esperado. Por otra parte, ella jamás podría decirle a Rohan el verdadero motivo por el que decidió terminar la relación de ambos. La única persona que conocía la razón

principal era Hilaria, y ella jamás traicionaría su confianza. Mitsy sabía que Rohan no habría sido feliz a su lado, y darle la libertad —aún a costa del dolor de dejarlo para siempre y saber que no le costaría nada encontrar una mujer más adecuada— fue lo único que pudo hacer.

Algunas personas solían decir que los hombres guapos eran como el vino, y que con el tiempo se hacían todavía más atractivos. En el caso de Rohan, los años habían conseguido que su característico magnetismo vibrase en ondas más potentes. El cabello castaño seguía pareciéndole rebelde. Como su dueño. Era imposible no admirar la perfección de ese rostro de ángulos masculinamente marcados; un rostro que ella conocía de memoria a tal punto que en sus sueños era capaz de traerlo de regreso con pasmosa facilidad. Los ojos de color aguamarina seguían siendo penetrantes. Y por un breve instante se permitió pensar en cómo habría sido ese encuentro si la relación de ambos no hubiera acabado como lo hizo. O más importante todavía, ¿habría acabado si ella no la hubiese roto?

Respiró profundamente e intentó enfocarse en la agenda del día. Era todavía temprano, y quedaba una batalla muy dura de enfrentar en el horizonte: sus padres. Caminó hasta la parte más lejana de la juguetería y rebuscó en su bolsa. Sacó una botella de agua y la bebió toda de golpe. Apoyó la mano contra la pared, y poco a poco pareció recuperar el resuello.

CAPÍTULO 4

—Déjame invertir en el rancho. No solo es una forma de ayudarte, sino que tengo plena seguridad de que los réditos económicos una vez que todo vuelva a su estado normal de producción serán estupendos. Además, considera que no tengo intención de cobrarte intereses por el préstamo.

Rohan contempló a sus sobrinos mientras se entretenían sobre la alfombra con los juguetes, en especial August que estaba embelesado con el obsequio que le había llevado. Ese día ninguno asistió a la escuela, porque —a juicio de su hermana— era bueno que los niños disfrutaran la jornada completa en un día especial para uno de ellos. A veces creía que Arlette consentía demasiado a esos tres pequeñajos, pero no la culpaba porque eran adorables.

—Gracias, pero ya encontraré la forma de sacar adelante el rancho. Además, con el administrador que me sugirió Branden tendré un buen apoyo para enfocarme en temas que no tienen que ver con la contabilidad ni los roles de pagos.

Arlette se metió un pedazo de la manzana que estaba comiendo y se tomó su tiempo para saborearla. Diez años atrás, ella trabajaba como enfermera en una clínica privada, pero decidió retirarse. La carrera ya no le satisfizo, y luego conoció a Branden. Echaba de menos la adrenalina en el área de cirugía, sin embargo, jamás podría arrepentirse de haber dejado de trabajar. No necesitaba el dinero, y su familia se había convertido en un punto importante de su existencia. Tal vez algún día, si acaso sentía ganas de hacerlo, podría considerar regresar a trabajar, pero ya no de enfermera.

—Mírame, Rohan —Con renuencia, pero él accedió—. Mi esposo acaba de marcharse, así que estamos los dos. Dime ¿qué más te preocupa además del rancho? Tu expresión es más adusta y frunces el ceño constantemente.

Él agarró el cuello de la botella de zumo de naranja y bebió un trago. Miró un largo instante a su hermana, y volvió a dejar la botella sobre el mesón de la cocina.

—Volvió a la ciudad —fue todo lo que dijo y se frotó el puente de la nariz. Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quién? —preguntó cruzándose de brazos, y apoyando la cadera contra el mesón de la cocina. Desde donde se encontraba podía vigilar perfectamente a sus hijos—. Porque puede que las madres desarrollemos ciertos instintos,

pero la clarividencia, créeme, no es uno de ellos y menos con un hermano tan obcecado como eres tú —dijo con tono burlón.

Rohan suspiró con resignación.

—Mitsy Hammonds.

Arlette contempló los restos de la cáscara de manzana que tenía sobre el plato, y los llevó hasta el tacho de la basura. Al regresar junto a su hermano se sentó en una de las seis sillas altas que estaban vacías. Él había puesto nuevamente su atención en los tres niños que se entretenían muy ajenos a las turbulencias emocionales o cualquier situación que experimentasen los adultos.

—Esas son noticias, mmm, peculiares, digamos —murmuró, pensativa. Se acercó a Rohan y le puso la mano en el brazo con suavidad—. Creía que estaba viviendo en San Francisco.

—Ignoro qué hace o ha dejado de hacer —replicó, cortante. Arlette sabía que la rabia que escuchaba en la voz de Rohan no tenía nada que ver con ella.

—¿Qué ocurrió?

—Casi tropezó conmigo en el exterior de la juguetería, así que mi primer instinto fue sostenerla de los brazos. Cuando me di cuenta de su identidad la solté de inmediato y opté por apartarme.

—¿No hablaron? —preguntó con sorpresa—. Ha pasado un largo tiempo, y quizá pudiste...

—Preferí ignorarla —interrumpió—, porque tengo cosas más importantes que hacer que hablar con una mujer, en especial si es ella.

Arlette suspiró. Mucho tiempo atrás pudo haber hablado con Rohan y sacarlo de su miseria, pero la información que había recibido por accidente años atrás no era suya para compartirla. Solo esperaba que algún día Mitsy fuese capaz de enfrentar a Rohan con la verdad. Tal vez decirle no cambiaría nada o sí.

—La ciudad no es tan grande, lo más probable es que vuelvas a topártela. ¿Qué harás entonces? ¿Continuar ignorándola? Tienes treinta y seis años, no veinte. No puedes actuar como un hombre resentido.

En ese momento la furia que Rohan había tratado de contener volvió con una fuerza brutal. Sus ojos brillaron de rabia.

—Arlette, va más allá de toda esa mierda de resentimiento y quién sabe qué otras cosas que piensan las mujeres. Por favor, no vuelvas a mencionar qué debo o no hacer con respecto a mi pasado.

—Puedes enfadarte todo lo que quieras —dijo ella, tan obstinada como su

hermano—, pero sí te voy a decir que, esté ella soltera o casada, ya es tiempo de que cierres ese capítulo de una vez por todas. ¿Por qué todas las relaciones que tienes son tan esporádicas y tienes alergia al compromiso? He visto pasar un desfile de mujeres de tu brazo, Rohan, y una o dos han sido buenas candidatas para una relación a largo plazo. No te atas a ninguna ni te interesa continuar el cortejo una vez que crees que la situación puede volverse seria.

—¿Ahora eres psicóloga, Arlette?

—A mí no me vas a callar con tu bravuconería —replicó—. Así que, ¿por qué no sacas de una vez la cabeza del trasero y piensas en hacer las cosas a derechas? Si la viste, entonces eso quiere decir que el destino te está dando una segunda oportunidad para remediar el pasado o para sacar la espiga que no te deja avanzar. Habla con Mitsy, arregla el mal entendido, despeja tus dudas o saca tus pensamientos más recónditos de la mente, y luego déjala ir del todo para que puedas moverte hacia un futuro sentimental más prometedor. Eres un hombre magnífico, y no porque seas mi hermano. Me duele verte incapaz de aceptar una nueva posibilidad de ser feliz. ¿A qué estás esperando?

—Una mujer que no mienta para variar —dijo con una mueca.

—¿En qué momento te mintió Mitsy? Nunca has querido hablar de ese día conmigo. Solo te has dedicado a decir que ella te abandonó, que se casó con otro, y que prefirió el dinero a la posibilidad de tener una vida contigo. No es un argumento muy elaborado para poder hacer un juicio de valor.

—Dijo que me amaba, y unos días después decidió que lo que teníamos no era suficiente y prefería algo distinto. ¿Qué te parece eso como respuesta?

Ella hizo una negación con la cabeza.

—Ya que ha pasado tanto tiempo te diría que, si tú te quedaste de brazos cruzados y la dejaste ir sin tratar de hallar un motivo más profundo, entonces el idiota eres tú. No luchaste lo suficiente.

Él apretó los puños a los costados. Se inclinó hacia su hermana hasta que sus narices casi se toparon. Ella no se amilanó, porque poseía el mismo carácter que él, así que, si Rohan quería pelea, Arlette iba a dársela con gusto.

—¿Qué sabes tú de luchar por el amor de una persona cuando siempre has vivido rodeada de él?

—Lo suficiente para poder decirte que el orgullo es tu peor enemigo, y que fue el motivo que te impidió perseguir a la mujer que querías y rogarle que no te dejara; el motivo que te impidió exigir una explicación; el motivo por el que preferiste creer que, si ella no volvía a ti, entonces tú no tenías por qué ir tras ella. Decidiste poner todo el peso de la relación en la decisión de Mitsy y

tratar de jugar a la víctima, porque siempre es más sencillo que agarrarse los cojones y usarlos con valentía.

A modo de respuesta, Rohan agarró las llaves de su camioneta y se apartó de su hermana. Después se acercó a sus tres sobrinos, les hizo una carantoña en la cabeza y les besó las mejillas antes de salir sin mirar atrás. No estaba de humor para los sermones de Arlette. Ya tenía un nuevo administrador para el rancho, y esa era al parecer una victoria suficientemente importante en medio de un desastre.

No salió dando un portazo, pero sí que las llantas de su Tacoma chirrearon en el pavimento cuando se alejó a toda velocidad.

La casa del matrimonio Hammonds estaba ligeramente deteriorada, y solo una persona que había vivido mucho tiempo en la propiedad podía darse cuenta de ello. Como era el caso de Mitsy. Las paredes, otrora resplandecientes en un tono blanco, presentaban ligeras manchas de moho. Las estanterías en las que reposaban múltiples detalles que pertenecían a costosas colecciones europeas que habían pasado de una generación a otra en la familia, un área que solía estar siempre impoluta, tenían telarañas en las esquinas.

De hecho, con sorpresa, Mitsy notó que faltaban algunas piezas que ella solía disfrutar observando tiempo atrás. Sus hermanos todavía no habían llegado, así que aprovecho para continuar dando un paseo en los alrededores. Las alfombras persas que mantenían la sala con un aspecto señorial, ya habían desaparecido. Incluso el ama de llaves que tantos años los acompañó, no estaba presente. Quien abrió la puerta fue un interruptor automático. Ella no se quejaba, pero era consciente de que sus padres siempre habían sido ajenos a la tecnología y preferían tener alguien de carne y hueso que pudiera hablarles de regreso cuando ellos solicitaban algo.

—Al menos te has dignado a venir en mi lecho de muerte —dijo la inconfundible voz cargada de reproche de Jules.

Mitsy giró sobre sí misma para encontrarse cara a cara con su madre. Sentada en una silla de ruedas eléctrica, lo único distinto era su contextura. Lucía más delgada, ojerosa, pero su actitud aristocrática continuaba intacta. Detrás de Jules, sosteniendo el respaldo de la silla, estaba Alex. Ella solía ver a sus padres rara vez, incluso en las Navidades procuraba que el tiempo de visita fuese lo más breve posible, así que los cambios en ellos le resultaban

más fáciles de percibir.

—Hola, madre —se acercó e inclinó para darle un beso en la mejilla. Después hizo lo mismo con su padre y lo saludó—. Qué bueno verte, papá.

—Has subido unos kilos, Mitsy, espero que estés consciente de ello. No puedes tener hijos saludables si no mantienes una estética y alimentación integral —dijo Jules, ajena a la expresión de pesar que se dibujó en su hija más pequeña.

—Me alimento bien, madre, pero gracias por el recordatorio.

Sin una palabra adicional, la pareja se dirigió hacia la sala, y Mitsy supo que solo tenía que seguirlos. Se instalaron en la sala más pequeña de la casa. Había una chimenea alta de piedra y los muebles de cuero eran muy cómodos. Aquella era la estancia preferida de Mitsy cuando era más joven y necesitaba un espacio a solas. Se encerraba con un libro, una botella de jugo o una taza de café, y se perdía en las páginas que tenían historias de crímenes y protagonistas tan sanguinarios que terminaba teniendo pesadillas, pero siempre valían la pena.

—¿Dónde está tu esposo? —preguntó Alex sentándose frente a Mitsy en el mueble más grande—. La última vez que hablé con él, me dijo que te habías ido de viaje a Calgary a investigar no sé qué bobería para tus libros. He de recordarte que el matrimonio no puede abandonarse a placer, es un compromiso.

—Papá, no necesito que me recuerdes cómo llevar mis relaciones interpersonales, pero aprecio el comentario —dijo casi perdiendo la paciencia. Después dirigió su atención a su madre—: ¿Cómo te has sentido?

—No sé cómo describir la sensación de estar muriéndome, mientras mis hijos me tienen abandonada. Tú estás recluida en San Francisco. Si no te hubiera llamado para contarte mi estado, tal vez solo habrías regresado, con suerte, a mi entierro o la próxima Navidad. ¿Qué clase de hija hace eso?

Eso fue suficiente para Mitsy.

—Pues qué pena, madre. Las visitas aquí se convierten en un punto de constante pugna entre nosotros. Estoy harta de ello y por eso prefiero mantenerme alejada de ti. Tus críticas son tóxicas. Si estás enferma y me llamaste, pues me alegro de que lo hayas hecho, pero si vas a continuar en este perenne estado de crítica, entonces será mejor que no volvamos a vernos por más que me duela. —Después miró a su padre, con la barba blanca recortada con perfecta dedicación era el epítome de la elegancia, y le dijo—: Por si se te ocurre pensar nuevamente en Seth, pues déjame comentarte que me divorcié

de él hace un par de meses. Hace unas pocas semanas dejé asentada mi firma ante el juez. Puedes referirte a él como mi *exesposo*. No es bienvenido en ningún círculo social en el que me desenvuelva durante mi estancia en Bozeman, y si acaso piensas en invitarlo o procurar que me reconcilie, estarás perdiendo el tiempo.

Durante un breve lapso, el crepitar de las llamas en la chimenea fue el único sonido alrededor. La expresión de Alex y Jules era una mezcla de confusión y rabia. Mitsy casi podía saborear las palabras de reproche que empezaban a formarse en la mente de sus padres. Pero justo en ese momento, la puerta principal se abrió, y en pocos segundos Joaquín y Hazel entraron en la sala.

Los recién llegados miraron a Mitsy y después a sus padres. No necesitaban explicación a la tensión que se respiraba en el aire, pero sí podían decir que —en esta ocasión— era más fuerte de lo que solía ser. Joaquín se aclaró la garganta y tomó asiento, como lo hizo Hazel, después de saludar a los dueños de la mansión que había visto mejores días.

—¿Qué ocurre? —preguntó la gerente del hotel La Estancia de forma casual, mientras le daba una palmadita afectuosa a su hermana en el hombro.

—Les acabo de informar que me divorcié de Seth.

—Me parece mejor que lo sepan de tu boca, Mitsy, a que llegue como un cotilleo tergiversado de personas mal intencionadas —dijo Joaquín con firmeza y en apoyo a su hermana menor—. Tengo a los niños esperándome en casa —continuó, pero esta vez mirando a sus padres—, así que me gustaría dejar los dramas a un lado e ir al meollo del asunto entre nosotros. ¿Para qué has pedido que nos reunamos hoy, papá?

Alex se aclaró la garganta, y luego pasó a rascarse la mejilla. Un detalle que no era para nada optimista, pues ambos gestos solían ser signos de que no eran buenas noticias las que tenía que dar a continuación.

—Las inversiones de nuestros negocios no han ido muy bien últimamente.

—El hotel tiene ganancias —dijo Hazel frunciendo el ceño.

—Espero que no me hayan hecho venir desde San Francisco para darme informes financieros, porque a estas alturas deben saber que no me interesan —dijo Mitsy sin ningún ápice de remordimiento.

Después de ver a Rohan ese día, lo que más deseaba era ir de copas con su mejor amiga quien, por cierto, estaba esperándola afuera de la casa de sus padres. Estaba harta de tratar de ser condescendiente cuando lo único que sus progenitores tenían para ella eran críticas duras. Nunca sería suficiente y lo

había aceptado. No iba a regresar a su comportamiento anterior, en el que solía deprimirse por los comentarios insensibles. Su meta inicial, y más importante, era recuperar su vena creativa.

—Lo sabemos —dijo Alex—, siempre has sido una decepción para esta familia. Siempre rebelde. Relacionándote con muchachos que no te convenían bajo ningún punto de vista. ¡Literatura para vivir, nada menos! Y ahora decidiste echar por la borda un matrimonio fructífero por quién sabe qué, Mitsy. Más te vale que recapacites, porque Seth es un gran partido y, entre todos tus errores, tu único acierto. Si eres muy acuciosa es probable que te perdone.

Mitsy fue a ponerse en pie, pero la mano firme de su hermano lo impidió.

—No estamos aquí para escuchar ataques a Mitsy —dijo Joaquín—. Y si se divorció de Seth es porque ese cretino no la merecía. No, madre, no te atrevas a interrumpirme. ¿Qué es lo que ha sucedido en esta casa y por qué no van bien los negocios? La falta de personal no es algo que me sorprenda, pero han permitido que el esplendor de esta mansión disminuya poco a poco. Quiero saber el por qué.

—El hotel está a mi nombre, menos mal, porque si han hecho malas inversiones no será afectado —terció Hazel—. Si acaso necesitan flujo de dinero, tendría que analizar las finanzas para saber hasta qué punto puedo sacar un préstamo.

Jules se cruzó de brazos y elevó la barbilla.

—No los he convocado para pedirles dinero —dijo la matriarca con dureza—, lo único que quiero decirles es que el doctor me ha dado tres meses de vida. No tengo cura. —Los tres hijos bajaron la mirada, pero pronto volvieron a concentrar la atención en su madre—. Además de la enfermera que viene a cuidarme en las noches, la cocinera, el chofer y el jardinero, no necesito a nadie. Para la limpieza contrato un servicio semanal. Lo importante de que estén aquí es para...

—Me estafaron y lo perdí todo —intervino Alex sin un ápice de remordimiento, ante la expresión contrita de Jules.

Atónitos, los tres hermanos se miraron entre sí.

—¿Cómo que te estafaron, papá? —preguntó Joaquín—. Yo siempre te he asesorado en temas legales a través de mi equipo de trabajo. Incluso sueles reunirte conmigo y tu equipo cuando hay alguna emergencia.

—Tú eres una persona con una alta capacidad de visión, ¿cómo te estafaron? —preguntó Hazel, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Supongo que no soy la única decepción ahora —murmuró Mitsy. No estaba interesada en las falencias financieras.

Si a su madre le quedaban tres meses de vida, entonces procuraría lo menos posible cruzar su camino y evitar confrontaciones. En lo referente a su padre, ya no estaba dispuesta a escuchar más acusaciones. No le había preguntado por qué se divorció de Seth, tan solo la condenó de buenas a primeras. Su madre, ni siquiera se tomó el tiempo de interesarse en saber cómo estaba, y solo procedió a criticarla por no tener hijos. ¿Cómo podían sus padres ser tan insensibles? Qué esnobs eran...

—Había un negocio vinculado al petróleo. La inversión era alta y los números prometedores —empezó a explicar Alex con dureza—, así que organizamos una junta con la parte que estaba creando el proyecto. Hicimos un análisis meticuloso de todos los escenarios y la información era legítima.

—¿Y decidiste invertir sin consultarme? —preguntó Joaquín poniéndose de pie para ir a servirse un coñac. Los negocios de sus padres no le afectaban a su capital, pues él mantenía una venta financiera independiente y solo ayudaba en el rancho familiar con consejos específicos, pero la idea de que hubieran estafado a su padre le causaba un gran malestar.

—No creí que necesitara mayor asesoría, porque todo estaba en regla.

—Y al final resultó ser una empresa fantasma —concluyó Mitsy soltando un bufido—. ¿Qué implica todo esto?

—Nos van a embargar la casa, y tenemos que salir de aquí a fin de mes —expresó Jules, mientras extendía un grueso sobre a su hijo—. Intentamos hablar con el banco, pero la situación está bastante compleja debido al panorama político que atravesamos. Los préstamos están congelados, y nosotros incurrimos en varios retrasos en pagos de las letras de la hipoteca de esta casa. Vendimos algunas piezas de colección, pero no podemos continuar haciéndolo. Decidimos dejar que el banco se lleve la casa. Necesitamos mudarnos a otro lugar.

Joaquín revisó rápidamente la información que contenía el sobre, después les pasó los documentos a sus hermanas. Ellas hicieron el mismo escaneo rápido.

—Puedo darte dinero para cubrir la totalidad, papá. Después de todo, entre todos acordamos que esta casa era la herencia de Mitsy. Ustedes me dejaron varios acres de tierra y levanté un imperio ganadero. Hazel heredó el hotel, ¿cómo pudieron poner esta casa en garantía para una movida inversionista tan alta?

—Porque no creían que yo mereciera vivir en un sitio como este, ¿verdad? —preguntó Mitsy soltando una risa irónica. Se puso en pie—. Lamento la situación, pero no me interesa esta casa. Si tiene que venderse, pues que se venda o se embargue. Francamente, me da igual. —Miró a sus hermanos—: Los adoro con todo mi corazón, pero no necesitan preocuparse por una herencia que, en realidad, nunca deseé. Vendan lo que deban vender, y las ganancias pueden donarlas a alguna organización. Yo tengo las regalías de mis novelas, y debo enfocarme en un nuevo libro para poder continuar subsistiendo. —Después se dirigió a sus padres—: Me casé con Seth creyendo que, de alguna forma, podía complacerlos; y durante unas semanas creí que lo había conseguido. En ese intento de hacerlos felices y lograr su aprobación no solo me condené a seis años de tristeza matrimonial, sino que sufrí maltratos psicológicos de un narcisista que solo quería lucirme como una esposa trofeo mientras anulaba mis deseos de superación y logros.

Pálida y atónita, Jules miró a su hija. Alex tan solo apretó los labios como signo inequívoco que las palabras de Mitsy le habían afectado.

—Solo queríamos que explotaras tu potencial al máximo —dijo Alex.

—Eras una niña muy rebelde y soñadora. Necesitabas mano dura —intervino Jules, pero ni ella ni su marido expresaron arrepentimiento por su comportamiento o los efectos que sus palabras habían tenido en su hija menor.

Mitsy soltó un suspiro.

—Estaré en Bozeman un tiempo, y si acaso necesitan mi presencia, y yo considero que me apetece verlos, vendré. Me apena que estés enferma, mamá. Me apena que esta casa deba ser embargada, pero todo es una consecuencia de las acciones que tomaste o que papá tomó sobre el negocio...

—No les hemos comentado esta situación para que nos critiquen —dijo Alex mirando a Mitsy con severidad.

—Eso no es lo que está ocurriendo aquí, papá —dijo Joaquín tratando de calmar los ánimos, muy consciente de cuánto odiaba su padre que lo criticaran y también de cuán difícil era admitir para Alex una derrota en un campo que él creía dominar: las finanzas e inversiones—. Estamos tratando de encontrar una solución.

—Ya no la hay —comentó Jules—, porque tu padre ha tirado de todos los hilos y conexiones que posee. Nos resta conseguir un nuevo sitio para vivir. Imagino que pasaré los últimos días de mi vida en un sitio extraño.

—Yo puedo comprar la deuda —aseguró Joaquín—. Eso no representará ningún inconveniente. Solo tengo que hablar con el banco y ver si el proceso

de embargo es todavía reversible.

—Las críticas de Mitsy no son de gran ayuda y hundan el ánimo tan frágil de vuestra madre —dijo Alex.

Hazel puso los ojos en blanco. Era tan típico de sus padres jugar a las víctimas, luego procurar que la culpa recayese en la persona menos propensa a defenderse porque prefería evitar conflictos. En este caso era Mitsy.

—Yo solo quiero liberarme de toda la culpa que he permitido que me hagan sentir por ser distinta al molde que pretendían urdir en torno a mi personalidad. Soy diferente a mis hermanos, sí, pero no por eso menos capaz —intervino Mitsy—. He tenido suficiente. A mí el dinero no me interesa; la casa, mucho menos. Con mi divorcio tengo suficientes fondos para empezar de nuevo. Podría poner mis ahorros a vuestra disposición, pero estoy segura de que no apreciarían el gesto y dirían que no es suficiente. Así que no volveré a exponerme. Hubiera deseado un poco de comprensión, un poco de empatía, pero ¿para qué molestarme? —preguntó retóricamente con una mueca.

—Mitsy... —dijo Hazel en su tono conciliador—, nadie ha dudado jamás de tu talento. Nuestros padres han sido demasiado duros contigo —miró a sus progenitores—, pero ellos están dispuestos a pedirte disculpas por lo que sus acciones o palabras pudieron causar en ti. ¿Verdad, padre? ¿Verdad, madre?

Ninguno de los esposos dijo nada, y eso acabó con la bajísima esperanza de Mitsy de escuchar a sus padres disculpándose. Ya no hacía falta. Acababa de entender que había cosas en la vida que no tenían vuelta atrás ni manera de modificarse. No podía cargar con las equivocaciones de otros, pero sí podía detener el hecho de que continuasen afectándole. Una gran tristeza que se tratase de sus padres. Las circunstancias no cambiaban como una varita mágica. La vida no era perfecta, y ella lo sabía mejor que nadie.

—No hace falta que ellos que digan algo que no sienten, Hazel. Yo ya los he disculpado y creo que es suficiente —dijo Mitsy agarrando su bolsa—. Ojalá que mi hermano sea capaz de recuperar la casa, si no, espero que encuentren un nuevo sitio para vivir que se acomode a sus elevados estándares.

—Pero... —murmuró Hazel antes de que su hermana pequeña la envolviese en un fuerte abrazo, acallándola. El mismo abrazo recibió Joaquín.

Para sus padres, Mitsy solo dedicó un asentimiento de cabeza y luego se dirigió hacia la puerta principal. No experimentaba ya la necesidad de reivindicarse ante ellos, ni demostrar de lo que era o no capaz. No iba a gastar más energía.

La única persona importante para juzgar sus acciones, decisiones y forjar

sus sueños, era ella misma.

—Talbert Tavern es lo más cool en la ciudad —dijo Hilaria mientras entraban a la vibrante atmósfera del local—. Los precios son un poco elevados para las bebidas, pero el ambiente vale la pena. Vamos a pasar un buen rato.

Con el cabello negro ondulado brillante, una figura de modelo de Victoria's Secret, y una innata elegancia para llevar cualquier prenda, la mejor amiga de Mitsy era un imán para el sexo opuesto. Ninguno de ellos podía imaginar que Hilaria era alérgica al compromiso y que después de haber tenido un grave accidente automovilístico, en el que murió su prometido años atrás, ella no tenía deseos de sentar cabeza. Al menos hasta que llegase un hombre que lograra cautivar su atención por un lapso mayor a tres meses.

—Después de ese desastre en casa de mis padres, o bueno, la que es la casa de ellos hasta quién sabe cuándo, me viene genial cualquier distracción —dijo Mitsy mientras agarraba la bebida que Hilaria había pedido para las dos. Mojitos.

—¿Lista para empezar una nueva vida y conquistar un hombre interesante?

Ella hizo una mueca. Durante el viaje desde el rancho en el que se había criado con sus hermanos platicó con Hilaria sin parar. No solo discutieron su divorcio, el encuentro con Rohan y el pesar que le había causado su indiferencia, sino también el deseo de Mitsy de dejar a un lado la sombra del pasado.

—No soy de tener una noche de sexo con un desconocido, aunque después de tantos reveses, créeme que estoy dispuesta a cambiar de perspectiva.

—¡Manos a la obra! —dijo Hilaria riéndose, mientras halaba a su amiga de la mano para llevarla a la concurrida pista de baile—. Si ves un chico guapo, no seas tímida y acércate, Mitsy. Si decides irte con alguno, solo envíame un texto con la dirección. Puedes llevarte mi automóvil, y yo me iré en UBER a casa.

—Claro que no ¿cómo crees que voy a dejarte aquí?

Hilaria se encogió de hombros y empezó a moverse al ritmo de Cardi B.

—La oferta está en pie, ¿qué es lo peor que puede pasar?

Mitsy sonrió abiertamente.

—Que tenga que volver a casa sola o que me quede dormida si empiezo a beber como cosaco.

—Eso, mi querida amiga, no va a ocurrir. Hoy empieza una nueva etapa

para ti, así que espero que la disfrutes —le hizo un guiño, antes de prácticamente ponerla frente a un tipo muy atractivo que estaba entrando en la pista de baile.

CAPÍTULO 5

Después de bailar cinco canciones, Mitsy empezó a sentir que sus pies protestaban de dolor. Cambiarse los cómodos zapatos que llevaba por las complicadas, aunque muy lindas, botas de tacón fino, no había sido una de sus mejores ideas. Ya nada le importaba, porque esa noche solo tenía ganas de dejar todo el malestar de las horas pasadas sobre la pista.

Con las manos del guapísimo desconocido en la cintura, y ella moviéndose como si hubiesen pasado siglos desde la última vez que bailó, se dejó atrapar por el apabullante ruido, la adrenalina y la sensación de liberación. A veces el ejercicio de perdonar tenía una capacidad de sanación más potente que cualquier droga o terapia. La sonrisa le bailaba en los labios, y no se sintió tímida cuando Terrence —o así había escuchado que se llamaba— se inclinó para besarla.

No había nada de tierno en ese beso, ni tampoco lo esperaba. El contacto era tan carnal y mundano que pareció revivirla de un largo letargo. Se sujetó de los brazos masculinos y se permitió profundizar el contacto, mientras sentía cómo él agarraba sus caderas hasta llegar a sus nalgas para apretarlas con ansias.

Las luces del escenario, el tono alto de la música y los tres tragos de tequila eran la combinación perfecta para desinhibirse. Sentía su sexo palpitante y húmedo. La necesidad sexual de pronto arrasó con todo ápice de autocontrol. No quería ser cauta, ni juiciosa. Solo necesitaba romper sus estándares y acostarse con un guapo desconocido, sin remordimientos ni ataduras al día siguiente con los cuales lidiar.

Su compañero de baile no solo se sabía mover bien, sino que poseía una sonrisa cautivadora. Olía divinamente. Los ojos de color del chocolate la llamaban a desear fundirse en esa lava pecaminosa. Era bastante más alto que ella, y poseía un físico atlético. No era musculoso, pero —después de haberlo tocado con y sin intención mientras bailaban— podía decir que era fuerte. No habían hablado de nada, apenas intercambiaron sus nombres. ¿Para qué conocer más de él, si lo único que necesitaban comunicarse podían decírselo con sus bocas y sus manos?

—Vámonos de aquí —le dijo Terrence al oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. ¿Te parece?

—Sí —murmuró—, dame un momento. —Fue hasta donde se encontraba Hilaria para pedirle las llaves del automóvil.

Claro que podía pasar una noche con un desconocido, pero no quería despertar al amanecer y pedirle que le llamara un taxi. Prefería tener su propio juego de llaves.

—Que te diviertas —le dijo Hilaria— y si algo necesitas solo envíame un mensaje. Yo sí tengo cómo volver a casa; ni te preocupes por mí —señaló con una sonrisa a un rubio con un parecido impresionante a Alexander Skarsgård.

—Vale, pues que la pases genial tú también —replicó riéndose antes de alejarse.

Una vez que volvió a su lado, Terrence la agarró de la mano y empezó a salir con ella del bar. Al llegar hasta el sitio en el que estaban aparcados los automóviles, él se detuvo al notar que Mitsy iba en otra dirección.

—Hey, ¿a dónde vas? Creía que nos iríamos a mi apartamento esta noche —preguntó con el ceño fruncido.

Ella le sonrió.

—Claro, pero yo iré en mi automóvil. ¿Me das la dirección para apuntarla en el GPS? Así me será más sencillo saber por dónde estamos.

—Puedes simplemente seguirme —replicó él—. A menos, claro, que estés empezando a arrepentirte. Me apenaría que así fuese, pero no me gusta forzar las situaciones de este tipo —sonrió.

Mitsy se encogió de hombros. De acuerdo, no era experta en acostarse con extraños, pero sabía cuándo alguien no quería dar demasiados detalles.

—No estoy arrepintiéndome. Te seguiré con mi automóvil.

Terrence la atrajo hacia él para darle otro beso impregnado de lujuria. Ella no pudo evitar soltar una risita. La ocasión le parecía de lo más inapropiada y también excitante. Quizá Bozeman no estaba del todo en contra suya, ni tampoco el destino.

—Conduciré con cuidado, y hazlo tú también por si las calles están algo resbalosas debido a la súbita llovizna.

Ella asintió.

«Seguro que no era un amante egoísta si se tomaba la molestia de pensar en esos pequeños detalles», pensó Mitsy mientras se instalaba detrás del volante. El automóvil de Hilaria era relativamente nuevo, y cuando giró la llave el motor rugió con un suave ronroneo. Calibró la temperatura y se sintió feliz cuando el frío empezó a abandonar el interior poco a poco.

Cuando las luces del automóvil de Terrence parpadearon tres veces, ella

supo que era la pista para que lo siguiera. Salió con facilidad a la calle, a pesar de que el bar estaba a reventar de gente y de igual forma la zona de parqueos. Sintonizó su emisora preferida, y pronto empezó a tararear una canción de Taylor Swift. Le gustaba ese detalle de tener un automóvil, la privacidad.

Ya llevaba diez minutos de camino recorrido, y notaba que empezaban a alejarse por una de las grandes avenidas con dirección sur. Cambió la estación musical por la emisora de noticias. A pesar de que ella había vivido muchos años en Bozeman, no conocía todos los atajos, pues muchos de estos llevaban a la zona del campo.

Le gustaba la ciudad y el campo en partes iguales, aunque no por eso sabía ubicarse geográficamente con facilidad entre una y otra área. De hecho, le costaba bastante trabajo identificar los caminos cuando las áreas agrícolas o ganaderas empezaban a aparecer en el horizonte. «Gracias por las señaléticas y el GPS, y claro, también por los hombres que guiaban el camino con la única finalidad de acostarse con ella», pensó con humor.

Las casas alejadas del centro o bien pertenecían a familias rancheras o bien eran resorts y hoteles con conceptos para aquellos turistas que disfrutaban de la vida en las montañas. Quizá uno de esos sitios le serviría de refugio para sentarse a escribir en calma, porque ni siquiera tenía ánimos de encender el ordenador. Imaginaba que su correo electrónico estaba a reventar. Las llamadas perdidas de su agente llegaban a quince, pero Mitsy no creía que se tratase de buenas noticias, así que prefería esperar a que ese día terminase para poder afrontar otra racha de reveses editoriales.

¡Hey! Gracias a quienes nos sintonizan siempre, aquí les tenemos un breve informe del clima, para quienes disfrutan de la vida de fiestas en Bozeman. Les recordamos que hoy caerá aguanieve y probablemente se transforme en una simpática nevada. ¡Tened cerca esos abrigos! En otras noticias, les contamos que...

Mitsy apagó la radio y maldijo en voz baja.

Ella tenía por costumbre siempre estar atenta a los pronósticos del tiempo y vestirse acorde. En esta ocasión sí estaba abrigada, pero no llevaba la prenda más gruesa que estilaba utilizar sobre la chaqueta cuando las temperaturas bajaban de cero Celcius. ¿Cómo preverlo cuando nada de lo que estaba sucediéndole lo había planeado? Al menos sabía que en casa de Terrence estaría más a gusto con la temperatura, y todo lo que de seguro podría disfrutar en la cama.

A pesar de haber estado casada, su exesposo estuvo siempre más enfocado en ascender socialmente en lugar de ocuparse de sus necesidades físicas. En un inicio, sí, la lujuria florecía sin esfuerzo. La idea de Seth de no tener hijos le pareció conveniente y fue uno de los principales motivos por los que aceptó casarse con él. Lo que parecía una unión prometedor, en la que quizá podría dejar sus fantasmas de lado, se empezó a transformar en una trampa psicológica. Cuantos más libros lograban los primeros lugares de ventas en los principales diarios norteamericanos, Seth se volvía más despiadado en las críticas contra ella y burlas cuando estaban con otras personas.

Con el paso del tiempo, la poca esperanza que tenía de poder tener una relación basada en el respeto y tal vez la posibilidad de que llegase el amor, se extinguió. Mitsy empezó a recluirse más y más en su trabajo, a viajar para hacer tour con sus novelas en varias ciudades, y pasaba las noches solitarias mientras Seth trabajaba en casos de litigios a gran escala. Las profesiones de ambos parecían tener la capacidad de alinearse debido a que el manejo del lenguaje y la preparación intelectual era importante, sin embargo, ese mismo trabajo que —en los momentos de armonía— los invitaba a conversar largo y tendido, también los separaba por la cantidad de horas que se debía invertir para escribir un libro —en el caso de Mitsy—, y para preparar un caso con todos los argumentos necesarios, en lo que a Seth se refería.

El día en que descubrió la infidelidad de su ahora exesposo, supo que no había salvación para su matrimonio. Otro fracaso más a su lista de intentos de construir una relación emocional sin dramas. No solo fue demasiado tarde cuando Seth le pidió de rodillas que lo perdonase, sino que la amante iba a tener un bebé. Ese fue el golpe de gracia. La demanda de divorcio la interpuso al día siguiente de descubrir el embarazo de la otra mujer. Ahora era libre, y no quería saber nada de quienes formaron parte de su vida en San Francisco.

El claxon de un automóvil detrás del suyo la hizo caer en cuenta que estaba soñando despierta, y que el semáforo ya había cambiado de rojo a verde. El conductor la rebasó, no sin antes mirarla con cara de pocos amigos.

Preocupada al hallarse en la oscura autopista miró a uno y otro lado. El auto de Terrence ya no estaba haciéndole de guía. Aumentó la intensidad de la calefacción, porque sobre el parabrisas caía aguanieve. Sacó el teléfono para poner la dirección del hotel en el GPS, le daba igual si su noche de sexo fortuito acababa de fracasar; aunque lo más probable era que el guaperas que se había encontrado en el bar hubiera pensado que ella le había dado esquinazo. Ni al caso. Oportunidad perdida.

Lo único que quería era salir de esa maldita autopista.

Soltó un quejido de frustración cuando vio que le quedaba solo un cinco por ciento de batería. Agitada, rebuscó en su bolsa a ver si encontraba un cable para cargar el bendito aparato. Nada. No lo había llevado. Abrió la guantera del automóvil de Hilaria. Encontró tampones, condones, maquillaje a medio usar, caramelos, pero nada para cargar un teléfono. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Inspiró profundamente.

Consideró todos los escenarios posibles. Si utilizaba el teléfono y uno de sus hermanos no respondía, entonces habría perdido ese poco porcentaje de batería. Limpió el vidrio con el puño para intentar ver tal vez algún indicio que se le hiciera familiar, pero todo era oscuridad. No iba a entrar en pánico, pensó.

Presionó el acelerador y empezó a avanzar con lentitud. Necesitaba encontrar una casa cercana para prestar el teléfono y llamar a un taxi. No era un panorama desalentador el suyo, claro que no.

Con todos los sentidos en alerta condujo esperando que una propiedad iluminada apareciera en el horizonte. La visibilidad era escasa a medianoche, incluso con las luces para la neblina. Sentía que avanzaba a paso de tortuga, y cada tanto revisaba el teléfono. Le quedaba tres por ciento de batería. ¿Cómo demonios disminuía tan rápido la carga en esos aparatos?

Estaba a punto de ponerse a llorar de la desesperación.

Sabía que la autopista ya la había dejado atrás, así que todo el trayecto recorrido en los últimos quince minutos pertenecía de seguro al campo. ¿En qué parte con exactitud? No tenía la más puñetera idea. Apretando los dedos con firmeza alrededor del volante, con el cuerpo tenso e inclinado hacia adelante —como si eso le permitiese ver mejor— y mordiéndose el labio inferior hasta casi sentir el sabor metálico de la sangre, intentó darse ánimo mentalmente.

A punto de creer que su suerte era morir congelada, al fin divisó lo que parecía ser una cabaña, pero solo tenía una señalética ilegible y que, con la luz del Volvo, fue posible que destellara hasta llamar su atención. Frunció el ceño, y apegó el automóvil más hacia el borde del camino. Entró en el agreste camino rocoso y lleno de monte, a decir por los sonidos que hacía el coche, cuando algo se ponchó.

«La puñetera llanta.» Dio golpes sobre el volante. ¿Qué había hecho mal para merecer que una prometedora noche se transformara en una terrorífica aventura? Ni que ella fuera Sabrina Spellman y pudiera defenderse de los

espectros nocturnos. Podía quedarse en el Volvo toda la noche hasta que llegase la primera luz del alba, pero de seguro en esa cabaña podría haber algo para quemar y entrar en calor. No quería arriesgarse a conducir y alejarse más del sitio en el que estaba. Necesitaba guardar recursos. De seguro por la mañana habría algún Sheriff que pasase por ahí u otro conductor que le echara una mano.

Apagó el motor y abrió la puerta. El aguanieve caía sobre ella como un manto pesado, y a Mitsy solo le quedó correr hasta el sitio que había visto desde la carretera. Solo esperaba que no hubiese ningún asesino serial o un animal salvaje dispuesta a verla como su próxima comida. Corrió durante dos minutos hasta que alcanzó la casucha. Estaba ya empapada de agua, tiritando, para cuando halló la aldaba.

La cabaña estaba en pésimas condiciones. Rodeada de monte y la puerta no tenía seguro. Empujó con firmeza hasta que estuvo dentro. El viento soplaba con fuerza y se lo escuchaba rugir a través de las hendijas de la madera. No se veía nada. Estaba en la absoluta oscuridad. Resignada, Mitsy decidió que era el momento de utilizar el uno por ciento de batería del teléfono para dar un vistazo general de lo que la rodeaba. Se armó de valor y encendió el iPhone.

Muebles viejos. Una chimenea con trozos de madera a medio usar y tierra alrededor. Una vela sin cerillas reposaba sobre una esquina. Una mesa con cuatro sillas que habían visto mejores días era el comedor. Instrumentos de construcción o ganadería, viejos, yacían en una esquina. No había signos de que hubiese alimentos.

Las puertas de las alacenas de lo que, ella creía, fue una cocina útil en otros tiempos estaban abiertas de par en par, y claro, vacías. Iluminó el techado. Madera sin hoyos. Al menos no se mojaría más de lo que ya estaba. Su chaqueta de cuero no iba a serle de mucha utilidad. Se la quitó y la dejó a un lado. Estaba sobre una alfombra, sucia a juzgar por el color inidentificable.

Había una puerta en el fondo, ella imaginaba que debía ser una habitación. ¿Tal vez una cama con mantas calientes? Corrió hacia el sitio, y abrió la puerta tan solo para toparse con una estancia vacía. No había colchón ni mantas. Tal vez otros habrían llegado a ese sitio y lo habrían saqueado. Apenas dio un paso fuera de ese cuarto, el teléfono se apagó. ¿De qué le serviría maldecir?

Dejó la bolsa cerca de la chimenea. Y recordó en dónde estaban las sillas. No tenía la fuerza de Sansón, pero algo podía hacer por su supervivencia. Agarró la silla y la lanzó con firmeza contra el suelo, una y otra vez, hasta que se rompió una parte.

Tanteando con las manos buscó en la chimenea una roca o algo con lo cual pudiera crear chispa. ¿Una niña exploradora? Sí, lo había sido. Una muy buena, menos mal. En su bolsa tenía kleenex, y los usó como parte de su experimento para encender la chimenea que tenía más cenizas que madera. No podía descartar ningún elemento. Todo era valioso para no morir congelada.

Con esfuerzo, cuando salió la primera chispa, sonrió. La primera sonrisa en todo ese pedorro viaje desde el bar. Insistió con sus manos, a pesar de que creía que empezaban a salirle ampollas, y el choque de las rocas. Una chispa siguió a otra y pronto prendió el bordecito del papel. Continuó la tarea hasta que un ligero fuego comenzó a forjarse. Sopló suavemente y vio cómo la débil llama iluminaba de manera tenue una porción pequeña de la sala. Sabía que no iba a ser suficiente para calentarla, pero al menos le permitía una mejor visión de su alrededor.

Decidió mover los muebles hasta que quedó solamente la alfombra. La arrastró, no sin dejar de estornudar debido al polvo, y la llevó más cerca de la chimenea. No podía darse el lujo de rechistar por pequeños detalles como la suciedad. Se quitó las botas, y después las medias mojadas. Volvió a calzarse sin otra protección adicional que el cuero. Solo llevaba el vestido, pegado al cuerpo por la humedad, como escudo.

Cruzó los dedos para que el fuego fuese suficiente, aunque siendo sincera consigo misma sabía que no era así. Se enrolló a sí misma con la alfombra. ¿Y si había ratas? Mala suerte para ellas, porque las iba a matar. ¿Cómo? Pues ya se las ingeniaría. No le importaba si los defensores de los animales, ratas o lo que fuera, llegaban a acribillarla con críticas. Prefería morir como pécora asesina de ratas que por una enfermedad rabiosa.

Resignada y tratando de pensar en un prometedor amanecer, Mitsy intentó concentrarse en algún recuerdo agradable que le trajera confort en esos instantes. ¿Qué tal con su memoria? Ningún evento interesante le venía a la mente cuando más lo necesitaba. Con la alfombra sucia como cobija, el tiritar de su cuerpo era menor, pero no había cesado el frío. No podía hacer más que resistir. Sabía que dormirse no era la mejor idea. Tenía que estar alerta.

«Pensaré en la trama de mi próxima novela», se dijo tratando de ocupar su mente en algo productivo para evitar ideas lastimeras o catastróficas. Le tenía terror a la oscuridad, desde pequeña, así que podía considerar esa experiencia como una terapia de choque. Había que ver el lado agradable de la ecuación.

Pasaron los minutos, y cada vez le pesaban más los párpados. Movié los dedos de los pies. Empezó a tararear una canción, pero con el castaño de los

dientes ni ella misma creía que esas notas salieran con un sonido apropiado. Lo que contaba era el esfuerzo, y ella estaba haciéndolo. Siguió tratando de entretenerse, mientras veía cómo el fuego se debilitaba en la chimenea. No le apetecía desenroscarse de la alfombra, porque eso implicaría volver a ponerse al amparo del frío. Se lamió los labios para tratar de hidratárselos, pero terminó tosiendo porque se le metió una pelusa.

«No voy a dormirme, no voy a dormirme. Pronto entraré en calor. No voy a dormirme, no voy a dormirme...», empezó a repetirse mentalmente como un mantra. Una lástima que no todos los mantras se concretaran en el mundo físico.

CAPÍTULO 6

La cena con sus amigos le hizo bien, no solo porque pudo desentenderse durante un par de horas de sus preocupaciones habituales, sino porque hacía mucho que no recordaba haberse tomado un respiro del trabajo. Condujo su camioneta con la pericia de alguien que conoce a la perfección el camino a casa. Le tomaba casi veinte minutos ir a su casa, y podía guiar a cualquier persona a ojos cerrados por la zona.

El clima ya estaba haciendo de las suyas, y una fría aguanieve golpeaba contra el parabrisas. Al día siguiente colocaría junto a su equipo de trabajo los refuerzos en los establos, y también redoblaría los amarres de las cercas del ganado que no había sido sacrificado por el maldito virus.

Después de haber abandonado la casa de su hermana, y cuando su conciencia empezó a aguijonearle, Rohan supo que tenía que disculparse. Le envió un arreglo de flores y una cesta de chocolates. Ella le mandó un mensaje de texto con una carita feliz a modo de agradecimiento. Él detestaba cuando Arlette tenía razón en las cosas que solía decirle, aunque en el caso de Mitsy, se equivocaba.

A lo largo del día había podido digerir mejor todas las emociones que se enredaron como una tela de araña en su mente, nublándole la razón, durante la visita a sus sobrinos en casa de Arlette. Sí, él tenía problemas para creer las intenciones detrás del interés de las mujeres más allá del sexo, y por eso procuraba que sus acompañantes fuesen superficiales. Una que otra había tratado de pasarse de lista empezando a insinuar que quizá sería interesante tratar de tener una relación algo más personal en un ámbito que sobrepasara la idea de lo físico. Rohan sonreía y les dejaba saber que no estaba interesado. Después cortaba toda posible comunicación con ellas, y si acaso se las topaba en la calle —en una o dos ocasiones le había sucedido— solo les dedicaba una expresión indiferente antes de continuar su camino como si jamás las hubiera conocido en un plano íntimo. El mensaje se enviaba claro y alto.

A menos de seis kilómetros de llegar a la entrada principal de su rancho notó que había un automóvil orillado en el camino, invadiendo su propiedad. Frunció el ceño y disminuyó la velocidad. Las placas eran de Montana. ¿Qué demonios?, pensó apagando el motor. Bajó de la camioneta y sacó del compartimento de atrás una escopeta. Jamás había encontrado la necesidad de

utilizarla, pero solía llevarla porque en una zona campestre y montañosa siempre existía la posibilidad de hallar algún animal salvaje o una situación de peligro.

Maldijo su falta de precaución. Siempre se decía que iba a derribar la puñetera cabaña, pero como estaba casi en la periferia de los límites de Mountain Queen, Rohan no le prestaba demasiado asunto. Empujó la verja, y esta cedió pronto. El candado estaba abierto, y oxidado a juicio de lo que la linterna le permitía notar, lo que incrementó su malestar consigo mismo por negligente. Necesitaba aumentar la seguridad en las periferias de sus tierras.

Solo esperaba que el dueño del automóvil no representase ningún peligro que lo impulsara a disparar la escopeta. Agregar un juicio por intento de homicidio no estaba dentro de su agenda de problemas con los cuales quisiera lidiar.

El sonido de las piedrillas bajo las botas entremezcladas con el césped sin podar era lo único que resonaba en la noche. Se acercó hasta una ventana, y la limpió desde fuera con el puño de la chaqueta. La cabaña no tenía electricidad, pero ni siquiera había una vela encendida que él pudiera notar. Estaba todo a oscuras.

La puerta se abrió con un leve empujón. Con la linterna iluminó el entorno y cuando llegó hasta la chimenea sintió aprehensión. ¿Habrían ido a lanzar un cadáver?, se preguntó de repente al ver cabellos saliendo de lo que parecía ser un enrollado humano de alfombra. Debería llamar a la policía para reportar el crimen, aunque su curiosidad lo impulsó a acercarse. Con la escopeta en una mano, y la linterna buscó rastros de sangre, pero no los encontró. Ni de una pelea. Todo parecía sucio, mas no había indicios de que hubiesen pasado vándalos alrededor. No podía ver el rostro de la persona, así que con el mango de la linterna apartó los cabellos. Casi se le dispara la escopeta al reconocer a Mitsy.

Un súbito terror lo invadió de pronto al considerar la posibilidad de que estuviese muerta. ¿Y si la habían atacado? Dios. La sola idea de que algo le sucediese, le helaba la sangre.

—Mitsy —dijo moviéndola con desesperación, y dejando de lado el arma.

Le iluminó el rostro. Estaba pálida, los labios empezaban a ponerse azules. No iba a dejarla morir de hipotermia. Ella apenas soltó un gemido débil después de que él logró sacarla de la alfombra. No pensó en nada ajeno a constatar que no estuviese herida o que su integridad física hubiera sufrido algún ultraje. Mataría a cualquier malnacido que se hubiese atrevido a tocarla.

La intensidad de las emociones lo asustó, pero tenía otra cosa más importante de la cual preocuparse. Que Mitsy estuviese viva. Revisó el cuerpo por sobre el vestido, y un inmenso alivio lo llenó al ver que no había signos de violación o ataque alguno. Gracias al cielo.

—Mitsy, ¿me escuchas? —le preguntó tomándola en brazos y agitándola un poco para tratar de despertarla.

Tratando de mantener el equilibrio agarró la bolsa que estaba cerca, y notó el chapucero intento que al parecer había hecho ella para encender la chimenea. Se fijó en las manos que tenían los dedos raspados y dos uñas rotas. Había una funda de kleenex a un lado. ¿En qué lío se habría metido para terminar así?

—Ffff... frrrío... —murmuró tan bajo que, si no hubiese sido por el silencio de la madrugada, no la habría escuchado.

—No puedes morirte, ¿entiendes? Vas a entrar en calor y vas a despertar —dijo más para sí mismo tratando de mantener la calma en una situación como aquella. Luego se preocuparía de hallar el motivo por el que Mitsy estaba en la cabaña.

Sin más demoras, Rohan se puso en pie con ella en brazos. La sentía temblar y completamente helada. Necesitaba entrar en calor urgentemente. No había tiempo de llamar al servicio de emergencias. Hizo en un minuto el trayecto que le hubiese tomado regularmente cinco minutos hasta el interior de su rancho.

Subiendo las escaleras de la casa de dos en dos llegó hasta su habitación. Cuando el rostro preocupado de Libberia, su ama de llaves, apareció en el umbral mirándolo con inquietud, Rohan no se distrajo en su tarea de desnudar a Mitsy.

—Aumenta la calefacción al máximo, por favor, y cierra cualquier pequeña ventana que pudiera estar abierta —le dijo. La mujer que acababa de acostar sobre el edredón de su cama parecía estar cada vez más fría—. Necesito que esta mujer entre en calor. No puedo darme el lujo de perder el tiempo, así que no hagas preguntas.

—Sí, sí, ahora mismo —murmuró Libberia cerrando la puerta tras de sí y yendo a preparar una bebida caliente por si su jefe o la pálida chica la necesitaba de un momento a otro. Era la primera vez, desde que llevaba trabajando para Rohan, que había visto al muchacho tan preocupado.

Libberia era una viuda con dos hijos, ya adultos, y disfrutaba cocinando para el batallón de empleados que trabajaba en el rancho. Tenía su casa a

media hora de camino, pero prefería de lunes a viernes quedarse a dormir en el rancho, a pesar de que su jefe intentara echarla a las cinco de la tarde para que fuese a descansar. ¿Descansar a sus sesenta años de edad? ¡Bah! Ella prefería ser útil y entretenerse en otro sitio que no fuese una casa llena de recuerdos. Sus hijos vivían muy lejos, al otro lado del país, y tan solo los iba a ver para Navidad. Ya quedaban unas semanas más antes de embarcarse en el engorroso vuelo hacia Nueva York.

Le gustaba la rutina del campo y Rohan era una gran persona, aunque terca como una mula. La experiencia le había hecho notar que detrás de esa bravuconería estaba un chico dolido, y algo le decía que la mujer que estaba esa medianoche en el rancho tenía mucho que ver. Libberia había visto incontables ocasiones a Rohan ayudando a salvar potrillos a punto de morir por el complicado parto de una yegua, curando animales heridos e incluso tratando de mantener el espíritu optimista en sus hombres cuando alguno se accidentaba con la maquinaria pesada. Jamás había presenciado el nivel de agitación y preocupación que esa noche observó en su jefe. Solo esperaba que, cualquiera que fuese la condición de la chica, lograra recuperarse.

—Gracias, Libberia —murmuró Rohan y se desentendió pronto de todo lo que no fuese la mujer que estaba a punto de tener una hipotermia.

Asustado, él hizo lo único que podría hacer entrar en calor a un ser vivo en ese estado. No solo le quitó todas las prendas frías a Mitsy, dejándola por completo desnuda, sino que él hizo lo mismo con rapidez. La colocó bajo los edredones y la abrazó con fuerza. Estaba tan helada como un cubo de hielo. El cuerpo de un ser humano, piel con piel, con otro conseguiría hacerla reaccionar.

Le frotó los brazos e hizo lo mismo con las piernas. Ni en su universo más retorcido habría imaginado que una situación como aquella podría suceder.

—No puedes morir congelada, Mitsy. Te lo prohíbo —le dijo al oído en tono frenético—. ¿Entiendes? Lo tienes prohibido.

—Rrrr... Rohan... Tengo mucho... frío... —dijo con los dientes castañeándole. La pared de músculos que la abrazaba con determinación era su única fuente de calor. Estaba asustada.

—Todavía tenemos una conversación pendiente. Me debes una explicación. Aunque hayan pasado seis años, no vas a poder alejarte sin antes haberme dicho por qué no fui suficiente para ti. —La apretó todavía más, y enterró el rostro en el cuello de Mitsy, absorbiendo su esencia mezclada con el perfume que jamás había olvidado. Un toque de gardenia y romero.

Las sensaciones que evocaban rabia y rencor parecieron evaporarse al tenerla tan cerca, tan vulnerable y ante una posibilidad —nada descabellada— de que pudiese desvanecerse. Era curioso cómo el ser humano, ante una tragedia, podía dejar de lado los resentimientos y transformarlos en una fiera determinación para lograr un cometido, en este caso era lograr que Mitsy volviese en sí y entrara en calor.

—Lo sie... siento... —susurró de nuevo sin saber exactamente el porqué, solo creía que tenía que decirlo—. Lo siento, Rohan... Nnn... no...

Él soltó una exhalación de alivio al escucharla. Que estuviera consciente, aunque balbuceando, era suficiente por ahora.

—Shhh, solo necesito que entres en calor —interrumpió acariciándole el rostro—. Me quedaré a tu lado hasta que tu temperatura corporal vuelva a ser normal. Después llamaré al doctor para que te haga una evaluación.

—Bien... bien... gra... gracias...—dijo Mitsy.

Pasaron varios minutos y poco a poco, ella empezó a recuperar la sensación de calor. Su piel estaba menos sensible, y ahora era capaz de mover los pies, sentirlos. La cercanía de Rohan empezó a causar un deshielo que nada tenía que ver con la baja temperatura que su cuerpo estaba tratando de balancear. Ella estaba firmemente recostada sobre el imponente físico masculino, mientras le frotaba la espalda y brazos como si se tratase de una misión de vida o muerte. Quizá porque lo era...

Con el rostro posicionado entre el cuello y el hombro de Rohan, le era imposible no percibir el aroma masculino mezclado con Tobacco Oud, un perfume de Tom Ford. ¿Sabría acaso que ese era el único aroma que a ella le resultaba embriagador en un hombre? Jamás había podido desasociar esa fragancia de él.

A medida que corrían los minutos, Mitsy fue cada vez más consciente de su cruda desnudez. La piel caliente de Rohan empezó a hacer estragos en ella. Sentía la presión de sus pechos contra los firmes pectorales masculinos, y un cosquilleo la recorrió. No tenía nada que ver con los escalofríos.

Entre todas las posibles desgracias que podían ocurrirle, ni en sus más remotas hipótesis aparecía la idea de terminar con el automóvil abollado, en una cabaña sucia y helada, para luego ser rescatada por la persona que había transformado un encuentro súbito. No solo eso, sino que ahora yacía sobre ese cuerpo de músculos definidos, mientras dos firmes brazos le impedían moverse.

—¿Estás mejor? —preguntó él al cabo de un rato. Movi6 la nariz contra el

cabello de ella—. Te siento menos fría.

—Mmm —susurró adormilada.

No recordaba la última vez que se había sentido tan segura, protegida... El ligero dolor que solía sentir en el pecho, durante las noches en soledad y otras plagadas de añoranza, pareció resurgir de repente. Se preguntaba si esa hubiera sido su vida de haberse quedado con Rohan. Si acaso sentirse envuelta en ese abrigo de plácido confort habría sido su refugio en los días aciagos.

—Voy a llamar al doctor —dijo él sin demasiada convicción, mientras su mano bajaba y subía por la delicada columna vertebral.

El tacto de la piel de seda le generaba una sensación de plácido bienestar, y no pudo evitar pensar en que no le pertenecía. Sin embargo, ahí estaba él, con Mitsy Hammonds sobre su cuerpo, tratando de que recuperase su temperatura regular, y con una erección que le era imposible de controlar. El silencio de la habitación, la calefacción, el compás de sus respiraciones, parecían unidas en un pentagrama capaz de crear una melodía que carecía de sonido. La vívida conciencia del otro era el tono que dictaba el ritmo bajo el cual marchaba el corazón al bombear la sangre.

La piel suave de Mitsy, su aroma, y el cálido peso de su cuerpo, empezaban a causar estragos en su determinación de mantenerse junto a ella solo el tiempo estrictamente necesario. Se sentía frustrado al descubrir que esta era la primera ocasión en que volvía a sentir que una mujer de verdad encajaba a su lado.

A pesar de las amantes que habían pasado por sus sábanas, ninguna logró dejar una huella que hubiera generado que las echara en falta o cuestionase su decisión de no establecer un compromiso a largo plazo. Y tenía que ser la mujer que había hecho trizas su orgullo, la que pertenecía a otro hombre, quien lo pusiera en una posición de reconsiderar aquellas ideas.

—Okay —replicó Mitsy.

No le pasó por alto la erección que presionaba contra su abdomen. Y aunque sus pezones erectos daban cuenta no solo del frío, sino también de la reacción natural a Rohan, sabía que, a diferencia de las mujeres, los hombres no podían controlar su miembro viril ante una cercanía física como la que tenían ambos en ese instante. Si a eso se le agregaba el hecho de que ninguno de los dos era extraño con el otro, pues la ecuación se volvía más compleja.

—Tengo guardada una manta térmica eléctrica, y te voy a envolver en ella apenas me aparte de tu lado. Le pediré a Libberia que te traiga algo más fuerte que solo una taza de té. ¿Estás tomando algún medicamento que te impida

beber alcohol?

Ella negó.

—Gracias por preocuparte... —murmuró ella todavía contra el hombro de él, en un tono tan bajo que resultaba íntimo.

Lo sintió apartarla con suma calma, y el roce de sus cuerpos conseguía elevar el nivel de tensión que era imposible ignorar. Se miraron en un reconocimiento que no necesitaba palabras. Sus respiraciones se entremezclaron y de forma instintiva la mano de Mitsy se sostuvo de los hombros de Rohan cuando este cambió la posición para que la espalda de ella quedase contra el colchón.

Cuando él se sentó en la orilla del colchón para recoger la ropa que estaba a sus pies, ella admiró cómo la espalda había adquirido más musculatura. El camino que recorría hasta perderse en la formación de un par de firmes nalgas fue imposible de evitar seguir con la mirada, en especial cuando se incorporó para subirse el bóxer negro con ágiles movimientos, y luego siguieron los pantalones, y al final la camisa. Si un escultor griego de tiempos pasados hubiera conocido a Rohan, lo más probable es que hubiera sentido ganas de inmortalizarlo a punta de cinceladas sobre el yeso.

Él se dio la vuelta, y la pilló mirándolo. Enarcó una ceja, mientras se ajustaba el cuello de la camisa y se recogía las mangas hasta el codo.

—¿Algo que quieras decirme? —le preguntó mientras se dirigía hacia el clóset, y lo abrió de par en par. Una colección de camisas, ordenadas por colores, reposaba de izquierda a derecha. Los zapatos, sin un orden de color en particular en este caso, estaban alineados en compartimentos de madera bajo la ropa. Sacó algo de una esquina y pronto estuvo de regreso en la cama.

Ella notó el cambio en el tono de Rohan. Ahora era más brusco. Quizá hubiera sido mejor si se quedaba un rato más en estado de casi-congelación para sentir que el tenue calor y preocupación de él continuasen presentes.

—No... Nada —replicó arrebujándose más entre las mantas y el edredón. Ninguna fuente de calor era capaz de reemplazar el cobijo que siempre había hallado en Rohan. Una pena.

—Vas a tener que remover las mantas para abrigarte con esto —agitó ligeramente la manta térmica—. No vas a mostrarme nada que no conozca, así que los remilgos no tienen cabida, además acabas de estar piel con piel conmigo —dijo sin emoción cuando la vio dudar.

—No necesitas ser rudo.

—Soy pragmático. Lo único que quiero es que salgas viva de aquí. Me

ahorro el problema de tener que lidiar con una muerte en mis tierras.

—¿Esa cabaña es tuya? —preguntó frunciendo el ceño.

—Compré el rancho hace seis años. —Lo que implicaba ese comentario no era preciso explicarlo—. Muévete un poco —dijo sin demoras acercándose al lado de la cama en el que ella yacía. Con una mueca, ella se quitó el edredón y después le siguió la manta. El resplandor de erotismo se había desvanecido, y ahora Rohan solo le proporcionaba gestos con movimientos clínicos—. Eleva ligeramente las caderas para poder ajustar esto con precisión. Así, bien —murmuró una vez que la envolvió con la manta y colocó la temperatura que le pareció más adecuada. Después le volvió a colocar encima las sábanas y el edredón—. Pronto te sentirás mejor. ¿La temperatura está bien, cierto?

Mitsy asintió.

—Gracias... No sé qué habría sucedido si... —se aclaró la garganta, sintiendo las mejillas arder por el calor de las mantas, por lo inusitado de la situación, y principalmente por cómo había acabado una noche que prometía ser memorable... Y ahora lo era, claro, aunque no del modo en lo que planeó. Estaba en la cama de un hombre, claro que sí, pero ni había tenido sexo, ni había sido el hombre que habría esperado—. Gracias —repitió sin completar la frase anterior.

Él estaba a punto de abandonar la habitación cuando recordó que había un detalle que se le estaba escapando.

—Imagino que tu esposo debe estar preocupado por ti, así que puedes utilizar el teléfono que está junto a la mesilla de noche para llamarlo.

—Estoy divorciada. —Por un breve instante, él se quedó sin palabras—. No es que tenga gran importancia...

Él inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviese calculando si era o no preciso continuar preguntando al respecto. Optó tan solo por asentir, y dejar salir la pregunta que tenía pendiente.

—Entonces debe haber alguien que se comunique con tu hijo o tus hijos, imagino que serán todavía pequeños, y querrán saber de su mamá.

Por un momento perdió el hilo de la conversación. Frunció el ceño. Lo miró, confusa. No entendía de qué estaba hablando.

—¿Hijos?

Rohan fue quien en esta ocasión la miró con un atisbo de desconcierto.

—Noté que tenías una cicatriz en el abdomen, no tan grande, cuando te estaba desvistiendo hace un rato, así que imagino que habrá sido una cesárea tal vez o varias... No tengo mucha experiencia con temas paternales —se

encogió de hombros—, pero creo reconocer una operación de esa naturaleza cuando la veo.

Mitsy sintió que los ojos de repente se le llenaban de lágrimas. Llevaba mucho tiempo sin pensar en el motivo de aquella cicatriz. Que fuese Rohan quien le recordase la razón por la cual ella había preferido abandonarlo, asumir en soledad su tristeza e intentar sobrellevar un dolor que parecía insuperable, para después casarse con otro, tan solo añadía sal a una herida que nunca había dejado de sangrar.

De repente el frío que estaba extinguiéndose del todo de su cuerpo fue reemplazado por una infinita tristeza.

—Por favor, llama al médico... —murmuró antes de cerrar los ojos, porque eso era más sencillo que mirar a Rohan a la cara y decirle que había perdido la única posibilidad de darle la familia que él siempre dijo haber anhelado.

Fue a decir algo, pero la señora Libberia eligió ese momento para asomar el rostro por la puerta que él acababa de abrir. Sin más, Rohan salió de la habitación, y el ama de llaves se acercó a Mitsy para ayudarla a beber una humeante taza de té con un poquito de whiskey.

—El muchacho es un buen hombre —dijo la mujer en tono ausente mientras Mitsy bebía a sorbitos—. ¿Se siente mejor, señorita?

—Sí..., me siento viva que es lo importante, gracias —replicó tratando de ponerle un toque de ligereza a la situación—. Me siento mucho mejor.

Libberia la miró con sorpresa.

—¿No es de por aquí?

—Una larga historia...—suspiró.

—Mmm, señorita, la noche está muy fría. Imagínese que algo le suceda. Quédese hasta que el médico le dé el alta, y hágalo por su propio bienestar. El clima no es el más propicio —dijo con suavidad.

—Tal vez tenga razón —murmuró Mitsy, resignada.

—El joven Rohan estaba muy preocupado. Jamás lo había visto tan agitado por una situación. Por lo general es bastante controlado.

—Quizá porque me encontró medio congelada e invadiendo la propiedad, no le veo ningún tipo de detalle especial.

Libberia se rio.

—Cuando él compró el rancho, una noche que estaba un poco pasado de tragos, me dijo que jamás traería a ninguna mujer aquí, y que, si algún día lo veía en el intento de hacerlo, podía agarrar una pistola y apuntarle hasta que entrase en razón. —Mitsy esbozó una sonrisa, porque ese tipo de ridículos

comentarios eran muy típicos del chico a quien había amado años atrás.

—Créame que, en este momento, daría todos los dedos de la mano con tal de ser capaz de retroceder el tiempo y haberme quedado en el bar bailando en lugar de salir a aventurarme como una idiota a...

—¿Y hacia qué específicamente te aventurabas? —preguntó Rohan, interrumpiendo, desde el marco de la puerta de la habitación.

Sorprendida por el sigilo con el que él era capaz de moverse, aún en medio del silencio de la casa cerniéndose sobre ellos, lo miró. La expresión de preocupación y la calidez en la voz masculina de hacía varios minutos ya habían desaparecido.

—Nada importante —murmuró.

—Yo llevaré esto abajo —dijo Libberia incorporándose con la taza y la servilleta de tela en mano—. Estaré disponible para que me contacto en la extensión 200, por si se le llegase a ofrecer alguna cosa. No se preocupe por la hora, señorita.

—Gracias...

—El doctor llegará en pocos minutos. Puedes quedarte a pasar la noche —dijo Rohan cuando Libberia ya no estaba.

Ella reparó en el entorno que la rodeaba como si estuviera dándose cuenta por primera vez, y quizá —luego del shock que había pasado— así era. Cuando se sobrevivir se trataba, el ser humano prefería enfocarse en lo primordial: continuar respirando. Mitsy reparó en que la cama era inmensa, cómoda, y toda la estancia estaba revestida de madera. El aspecto era elegante, aunque austero. Se sentía diminuta sobre el colchón King-size.

Ella imaginaba que la cantidad de dinero que costaba cada uno de los muebles de la habitación, la espectacular televisión que cubría gran parte de la pared frente a la cama, y los detalles que de seguro habían sido cincelados a mano en el techo de madera, tenían un valor mucho más alto que si la decoración se hubiese realizado colocando objetos nimios por el solo hecho de llenar espacios. Rohan era el tipo de hombre que prefería comprar algo original y de la más exquisita calidad. Por lo que ella podía observar, nada había cambiado en ese aspecto.

—Es tu habitación... —murmuró. Él la observaba con los brazos cruzados sobre el pecho—. Preferiría estar en el cuarto de invitados. Lo último que pretendo es quedarme a invadir tu espacio.

—Que yo esté una noche fuera de mi cama no hará gran diferencia.

Ella entendió perfectamente la insinuación de que jamás le faltaba

compañía nocturna. Y era estúpido el porqué le molestaba la sola idea. Fue ella quien dejó todo atrás, y bajo ese puente había corrido ya mucha agua.

—Ya que lo pones de esa forma, entonces gracias —dijo ella con desparpajo—. Me quedo aquí, y tú puedes dormir en donde te sea más llevadero. —No era una damisela en apuros. Su temperatura estaba muchísimo mejor, y si Rohan pretendía empezar a dejar sobre la mesa comentarios tontos, pues era problema de él—. Puedes enviarme la factura por todas las molestias que te he causado a La Estancia. Incluye los costes del médico o cualquier otro detalle. Incluso el caso del automóvil, que ni siquiera es mío, si tienes un mecánico de confianza que cambie la llanta, también pagaré ese servicio sin problemas.

—¿De quién es el automóvil? —preguntó apoyando el brazo contra el marco de la puerta, mientras cruzaba el pie derecho sobre el izquierdo.

—Hilaria.

—Mañana tendrá la llanta cambiada, no hay problema. Por cierto, no respondiste a mi pregunta inicial cuando entré en esta habitación. —Ella enarcó una ceja y apartó la mirada. Rohan se apartó de la puerta, rodeo la cama y avanzó hasta el lado en el que Mitsy se encontraba. La tomó con firmeza de la barbilla para que lo mirase—. ¿A qué estabas aventurándote para haber terminado en esa cabaña? Debió ser algo que valiera la pena, porque fue una gran imprudencia con este clima. Montana no es California.

Mitsy le apartó la mano de un manotazo.

—Lo que haría cualquier mujer libre —lo miró a los ojos con desafío—. Ligar en un bar y tener sexo con un desconocido que resultara interesante.

Rohan dudó un instante en responder. Solo tenía veneno en la punta de la lengua, y lo último que deseaba era tener un encontronazo que pudiera romper el dique de contención desde que la tuvo desnuda sobre él. Durante mucho tiempo la idea de Mitsy en brazos de otro hombre, lo volvió loco. Con el paso de los meses había podido dejar de pensar en ello. Hasta hoy.

Apretó los puños a los costados. Porque era cortarse la circulación de entre las venas de los nudillos por unos nanosegundos o tomar a esa traicionera mujer para devorarle la boca sin contemplaciones y saborear lo que siempre creyó que le había pertenecido. Debía ser más fuerte que sus instintos...

—Seguro podrás intentarlo otro día, pero procura no terminar en mi propiedad. La próxima ocasión no terminarás en mi cama intacta. A menos que todo esto haya sido orquestado por esa cabeza maquinadora...—se inclinó sobre ella, hasta que Mitsy se hundió más sobre las cobijas y la manta térmica

— y estás esperando que compense tu noche frustrada de sexo.

Ella resopló de un modo nada elegante.

—Ya quisieras —replicó Mitsy elevando el mentón.

Rohan sonrió de medio lado con suficiencia y actitud pendenciera.

—La verdad es que no, aunque gracias por ofrecerte —murmuró él, y luego se apartó cuando el timbre de la puerta principal resonó.

—Imbécil —dijo ella entre dientes.

—Peores cosas me han llamado —se encogió de hombros—. Te recuerdo que está un teléfono junto a tu mesa de noche y puedes llamar a quien necesites, línea local o celular. Mañana puedes marcharte temprano y no olvides nada aquí. Le diré al doctor que suba a verte ahora mismo y a Libberia que te asista si llegases a requerir algo en particular. Solo recuerda que esto no es San Francisco, y el tiempo es muy valioso porque nos despertamos al alba para ganarnos el sustento en lugar de jugar a defender lo indefendible en las cortes o entretenernos en historias de crímenes.

Mitsy agarró una almohada y se la lanzó, pero él ya estaba fuera de la habitación.

Tomó una profunda respiración cuando el doctor Samuels apareció con una amigable sonrisa y un maletín en la mano. Libberia, con el mismo entusiasmo, que parecía algo muy inherente a ella, entró con dos vasos de agua en mano.

—Soy el doctor Mihail Samuels. ¿Está de acuerdo en recibir mi consulta y que el ama de llaves esté aquí presente mientras tanto?

No conocía al médico, y a pesar de que tenía la certeza de que Rohan —por más de que la odiase— jamás la pondría en peligro, nunca estaba de más tener precaución. Que Libberia estuviese presente le daba más tranquilidad.

—Sí, gracias.

CAPÍTULO 7

La cicatriz que había visto en el cuerpo de Mitsy fue un recordatorio de la familia que había anhelado formar, y también de los sueños ingenuos de que en ese rancho hubieran sido felices. Los hijos, que de seguro esperaban verla lo antes posible, deberían haber sido los suyos no los de otro hombre. El pensamiento lo irritaba, pues creía que después de tanto tiempo la posibilidad de verla no causaría ningún impacto en él. Cuán equivocado había estado.

Meneó la cabeza y después agarró el vaso de coñac para beber un largo trago. Estaba tratando de que la adrenalina que le bullía en la sangre disminuyese de intensidad. El licor de vez en cuando le servía para ese propósito.

Dejó el vaso a un lado, bajó la cabeza y apoyó las manos contra el borde del escritorio de madera. Llevó aire a los pulmones y cerró los ojos. La preocupación por la salud de Mitsy continuaba, pero había instruido al doctor Samuels que hablase con él en caso de que hubiese algo importante que mencionar o si era preciso llevarla a un hospital para que le hicieran algún tipo de examen. No recordaba la última vez que se había sentido abrumado por el bienestar de otro ser humano que no compartiese lazos de sangre con él.

El recuerdo del desespero que experimentó por tratar de hacerla entrar en calor y salvarla de una latente hipotermia le acababa de dejar muy claro que Mitsy era un problema no superado de su pasado. Arlette había tenido razón esa tarde cuando le dijo a la cara lo que pensaba sobre la evasión emocional en la que solía vivir desde hacía ya más de un lustro. Jamás lo reconocería frente a su hermana, porque solo le daría munición para que continuase metiéndose en sus asuntos.

Tal vez la suerte podría jugar a su favor, y difícilmente volvería a topársela. Después de todo, la propiedad de los Hammonds estaba a poco más de diez millas de distancia de Mountain Queen, y sus círculos sociales eran diferentes.

Agarró el teléfono y marcó a Kieth, el dueño de la cadena de talleres mecánicos Fast Modus y que siempre reparaba el equipo de trabajo del rancho. El servicio era veinticuatro siete y por ese motivo —además de los excelentes resultados que siempre proveían— Rohan les derivaba la mayor cantidad de requerimientos. Le explicó a su interlocutor todo lo que necesitaba, y este le prometió que en menos de veinte minutos tendría una

grúa, dos mecánicos y suplementos para sacar el Volvo de los límites de la propiedad, además de dejar el motor en óptimas condiciones.

Una vez que concluyó la llamada decidió que iría a la habitación de invitados a pasar la noche. Le venía perfecta esa ubicación, porque estaba justo del otro lado de la pieza en la que ahora descansaba Mitsy. «Menos tentación y más cordura.» Lo primero que iba a hacer una vez que ella se hubiera marchado sería pedirle a Libberia que lavase las sábanas. Si el aroma seductor de Mitsy se quedaba impregnado en el sitio en que dormía, él, iba a necesitar internarse en un manicomio.

Se pasó los dedos entre el espeso cabello.

Al menos no había sucumbido a la necesidad de seducirla, pensó con alivio mientras se acomodaba detrás del escritorio. No era la clase de pervertido que se hubiera aprovechado de una persona vulnerable, menos dejarse guiar por una palpitante erección porque, confesémoslo, los hombres no tenían la capacidad mental para controlar cuándo su miembro estaba o no erecto. Eran animales con un cerebro racional que, en muchas ocasiones, sufría cortocircuitos en las decisiones ligadas a la monogamia y el autocontrol. Él no estaba exento, pero al menos tenía conciencia.

—Rohan, ¿puedo pasar? —preguntó después de treinta minutos el doctor Samuels—. Me dijiste que viniera a verte si algo ocurría.

Preocupado, le hizo un gesto para que se acomodase en una de las dos sillas de asientos de cuero que estaban vacías del lado opuesto al que él se encontraba.

—Claro ¿deseas algo de tomar? No solo tengo licor aquí en el estudio, también sodas y agua.

Mihail hizo una negación. Conocía a Rohan desde hacía ya varios años y solían charlar cada tanto. Su hija era autista y asistía a las clases de equitación gratuitas que se ofrecían en Jumping Smiles. Además, cada que le era posible hacía donaciones económicas porque le parecía una forma de ayudar a otros niños con menos recursos que también eran bienvenidos a participar en los programas dentro de la escuela.

—No, estoy bien —sonrió—. ¿Cómo va el tema del rancho?

Rohan se encogió de hombros, aunque por dentro solo deseaba que el doctor se diera prisa diciéndole qué estaba sucediendo con la paciente que acababa de dejar en la planta superior. Odiaba cuando los médicos creían que la paciencia era una virtud que todos los seres humanos compartían. Pufff.

—Hemos visto tiempos mejores, pero remontaremos. Gracias por

interesarte, y por haber venido a esta hora. —Mihail asintió—. ¿Cómo encontraste a Mitsy? —preguntó apretando la mandíbula—. Hice lo que pude, y no creía que llamar a una ambulancia en esos momentos hubiese sido lo más rápido...—se miró las manos—, quizá me equivoqué...

—No, Rohan. Ella está bien. Salvaste su vida.

—Es una mujer terca, así que creo que esa vena de su personalidad ayudó —murmuró recordando cómo era el carácter de Mitsy cuando estaba en sus cinco sentidos. Y es que había sido ese fuego que ardía en lo más profundo de su personalidad lo que atrajo su atención en primera instancia, y después lo cautivó la curiosa forma de encontrar soluciones prácticas a problemas que parecían complejos en el exterior, pero que solo requerían una mirada pragmática, inteligente... No lo admitiría en voz alta, pero echaba de menos una mujer que poseyera la chispa que existiese más allá del ardor mientras sus cuerpos danzaban entre las sábanas.

Si había que llevarla a la clínica, lo haría. En esos momentos para Rohan carecía de importancia el monto que se tuviese que pagar por concepto de honorarios médicos o gastos de hospital. Ya el contador se encargaría de lidiar con ese tipo de cosas y equilibrar las finanzas para que el presupuesto no se desajustase.

No era un hombre tacaño, y despreciaba a quienes ponían el dinero sobre la salud o el bienestar de los demás. Sí, los tiempos no eran los más óptimos para tener gestos de generosidad, pero a pesar del dolor del pasado, Mitsy había sido una parte medular de su vida tiempo atrás. Hacer lo que estuviese en sus manos para ayudarla le resultaba algo natural y sincero de hacer.

—Sus signos vitales son perfectos, y creo que no sufrió ninguna afectación que me induzca a recomendarle quedarse en una clínica o ir a un hospital. Tuvo suerte de que la hubieras encontrado en el momento en que lo hiciste, pero en especial que aplicases un truco de supervivencia que no todos se sienten cómodos poniendo en práctica por más de que la situación lo demande. Por lo general, si una persona está mojada —que no era el caso de Mitsy— y ha pasado mucho tiempo sometida a bajas temperaturas entonces es preciso, ante la falta de equipos urgentes, hacer lo que tú con ella. No era una situación de vida o muerte, pero pudo serlo y tú evitaste una complicación. Buen trabajo. —Rohan asintió—. Solo quería comentártelo en persona antes de marcharme. No hay nada de qué inquietarse.

—Solo reaccioné por instinto... —dijo en un tono casi defensivo, pero el médico no se lo tomó en cuenta—. Gracias de nuevo por tu consulta. ¿Viniste

en tu automóvil o quieres que te llame un taxi?

—Ya he pedido que me vengán a recoger, no te preocupes.

—Vale..., por favor, envíame los honorarios médicos con tu secretaria. Haré que te depositen de inmediato el valor. —A pesar de que Mitsy le pidió que le enviase la factura de lo que cobrase el doctor o los gastos en que se pudiese incurrir en lo que a ella se refería, él pensaba asumir los costes en su totalidad. En algunos instantes le venía bien recordar que su madre siempre le enseñó que ser un caballero no solo implicaba aprender a abrirle las puertas a las mujeres, ni cederles un asiento, sino a asumir ciertos gastos en situaciones como la que acababa de ocurrir. La caballerosidad no se medía con dinero, sino con la intención detrás del gesto.

—Seguro. —Estrechó la mano de Rohan—. Mañana, tu amiga ya puede irse a casa. Por ahora solo necesita dormir bien y estar abrigada. Hace poco tu ama de llaves la instó a tomar un consomé de pollo.

—Muy típico de Libberia.

Mihail rio.

—Le di a Mitsy algo para que pudiera dormir sin problemas esta noche. Al menos sabemos que estará muy descansada. Déjala que despierte a su ritmo.

«Yo estaré trabajando en el campo cuando la medicina deje de surtir efecto.»

—De acuerdo.

Al levantarse, Mitsy había encontrado ropa limpia en una silla alta cerca del cuarto de baño. Las etiquetas estaban puestas. No le dio demasiadas vueltas al asunto, porque todo lo que quería era darse una ducha y largarse de ese rancho lo antes posible, sin congelarse. Daba gracias que tenía ropa limpia y caliente. Punto.

Después de enviarle un mensaje de texto a Hilaria diciéndole que todo estaba bien, se metió a la ducha y dejó que el chorro de agua relajara sus músculos. No iba a contarle a su mejor amiga lo que había sucedido la noche anterior. Muchas circunstancias eran mejor mantenerse en secreto, y prefería evitar que Hilaria empezara a hacer conjeturas equivocadas o sugerencias descabelladas.

Le habría gustado decir que entre las posibilidades del día estaba utilizar shampoo y jabón líquido con esencia femenina, pero no le quedó de otra que tomar los implementos de baño que eran de Rohan. Se embebió de la esencia

como si fuese un dulce veneno, mientras sus manos esparcían el líquido espumoso sobre su piel.

Le iba a ser complicado deshacerse de ese aroma que, en esos instantes, estaba torturándola. Cerró los ojos y de inmediato su mente evocó la sensación de la piel de él sobre la suya la noche anterior. Recorrió su abdomen con los dedos y subió las manos hasta ahuecar sus propios pechos. De pronto estaba excitada, y no le importaba quién fuese la persona culpable de inspirar ese ardor que palpitaba entre sus piernas. El vaho del agua, el sonido del golpe del chorro contra el piso de la tina, sumado a las imágenes que se conjuraban en su cabeza y en su memoria celular después de la noche anterior la instaron a sentirse más sensible.

Se apretó los pezones con el índice y pulgar de cada mano. Lo hizo con firmeza, y después los acarició con la palma de las manos. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo quejido suave. Después una de sus manos se abrió paso entre sus vellos íntimos para encontrar la suave humedad que yacía esperando a ser esparcida para el placer, mientras con la otra mano continuaba sensibilizando sus pechos. Mitsy se acarició a sí misma, hundió su dedo entre los pliegues de su sexo, y la imagen de la posibilidad de tener la boca de Rohan sobre sus pechos, succionándolos y lamiéndolos tan vívidamente como recordaba en sus sueños húmedos, mientras la penetraba con salvaje pasión, la mantuvo cautiva hasta que sus propios gemidos la hicieron llegar al clímax. Cuando el orgasmo empezó a disminuir de forma natural su intensidad, la respiración agitada la instó a apoyar las manos contra la pared.

Se mantuvo un rato en pétreo silencio hasta que creyó haber recuperado el aliento. No pudo evitar reírse de la situación. Al menos había dejado desfogar la mezcla de emociones que llevaba dentro. Después de todo su situación continuaba siendo bastante similar a San Francisco. Ella era la encargada de proveerse su propio placer. Sí. Entretenido para una mujer independiente, pero un juguete o sus dedos sumados a la imaginación jamás reemplazarían la volcánica necesidad de tener un hombre en carne y hueso que la hiciera vibrar con cada toque y caricia.

La última vez que tuvo sexo con Seth le era tan remota que apenas podía decir con exactitud cuándo había ocurrido. ¿Acaso no era una lástima que ni siquiera un buen recuerdo sexual pudiera tener de su vida matrimonial? Ufff.

Cerró las llaves de baño y salió de la tina con cuidado de no resbalar. Le gustó sentir que la temperatura de las baldosas estaba calibrada a la perfección. Se sentía como nueva. Soltó un suspiro.

Se secó el cabello a conciencia para después ponerse el vestido. Al darse cuenta de que tenía un cinturón incorporado lo ajustó para que se marcara su cintura. No llevaba ni una gota de maquillaje, porque con el agua caliente y el jabón se lo había removido. Menos mal la vanidad no era una de sus debilidades.

Una vez que se calzó decidió buscar la salida. Seis horas continuas de sueño ininterrumpido siempre le habían bastado para recuperar las fuerzas. Aunque debía reconocer que sin la medicación que le dio el doctor Samuels, ella no hubiera conciliado el sueño con tanta rapidez.

Solo bastaba ser un poquito lista para deducir que, si en la casa no existía vestigios de los antiguos muebles de los Carter, ni tampoco la preciada vitrina con colecciones de cristal de bohemia de Diane, y la habitación en la que ella había dormido toda la noche no se parecía ni remotamente a la que había sido la de Rohan cuando él era adolescente, entonces es que él había cumplido su deseo de comprarles el rancho y la casa a sus padres. No entendía cómo su cabeza no reconoció el sitio mientras estaba por los alrededores manejando. Le habría sido mucho más fácil pensar en un plan alternativo a quedarse en esa cabaña. Aunque con la suerte que estaba teniendo últimamente, lo más probable es que hubiese terminado en las inmediaciones de los vecinos de Rohan, los Baxter. Dios, eso hubiese sido horrible. Y no porque ese matrimonio fuese insoportable, al contrario. Se trataba más bien de la pérfida y mosquita muerta que tenían por hija. «Mejor no pensar en eso.»

Ya eran las seis de la mañana, y ella no pretendía asumir que habría un desayuno esperándola, pues —a pesar del generoso ofrecimiento de Libberia la noche anterior— sabía que Rohan la quería lejos. Resultaba mutuo.

Después de lo que acababa de hacer en la tina de baño arrojada con la esencia de él, pues le quedaba muy claro que ese hombre continuaba teniendo un efecto demasiado potente en sus sentidos. Mantener la distancia era lo más sano para su tranquilidad existencial. Ya tenía suficientes problemas con los cuales lidiar como para agregarle una pizca de arrebatadora lujuria que solo causaría más dolor en ella. Carecía de propósito lógico.

Por otra parte, su teléfono estaba cargado al fin, y en caso de que el automóvil continuase tirado fuera de la cabaña ella solo tenía que utilizar un UBER o LYFT para moverse alrededor. Una vez que todo estuviese organizado, previa la contratación de un mecánico que por una generosa propina también quisiera incluir en sus servicios la grúa, le dejaría el automóvil a su amiga. Como era muy temprano, lo más probable es que Hilaria

ya estuviera camino a alguna de sus diferentes rutas de trabajo o bien se hubiese quedado en la cama con la conquista de la noche anterior. «Al menos una de las dos tiene suerte.»

Agarró su bolsa y se colocó la tira sobre un hombro. Sabía, por la experiencia con sus padres, que los granjeros estilaban salir a las cinco de la mañana a trabajar el campo, así que Rohan no debía ser diferente.

A medida que, con cada escalón, alcanzaba el descanso de la escalera escuchó que se encendía una licuadora. Imaginaba que Libberia ya estaría empezando a trabajar lo que sería la comida del día. No obstante, el sonido que llegó después era la risa de una mujer. Frunció el ceño. ¿Tal vez una asistente en la cocina? Al menos consideraba como parte de su buena educación, agradecer y despedirse del ama de llaves. Eso pretendía hacer para luego marcharse.

Se acercó, y la estampa que contempló desde la entrada de la amplia cocina la detuvo en seco.

Rohan estaba sirviendo lo que parecía un batido de frutas en dos vasos altos de cristal. Y una mujer que le daba la espalda a Mitsy, llevaba un jean ajustado, botas para montar con el cabello negro azabache recogido en una coleta alta, parecía reírse de alguna broma o comentario que él acababa de hacer.

No había pretendido hacer ruido alguno, aunque al parecer lo hizo sin ser consciente porque de inmediato la chica se giró y en su rostro no existía atisbo de la sonrisa que habría de seguro acompañado a la risa, tan superficial como su dueña, instantes atrás. Mitsy tardó un breve momento en reconocer a la única heredera del rancho Sherbert Royal, colindante con Mountain Queen desde hacía décadas, Zaina Baxter. Una persona a quien despreciaba profundamente.

La pelinegra le dedicó una mirada de curiosidad, y después de hacerle un escaneo visual —tal vez para analizar si estaba o no vestida acorde con los estándares de la moda en Bozeman— le dedicó un burlón reconocimiento. Mitsy no era el tipo de persona que solía sentir antipatía por otra —salvo que fuese su exesposo—, pero lo cierto es que Zaina parecía poseer la grandiosa capacidad de sacar lo peor en ella sin importar el momento o la circunstancia. El tiempo transcurrido al parecer solo había incrementado ese factor.

Desde que tenía memoria, la mujer le había echado el ojo a Rohan, aprovechaba cada oportunidad para coquetear e insinuársele con descaro y sin importarle quién estuviese presente, en especial la pareja de él en ese tiempo,

Mitsy. Incluso, a pesar de la frontalidad con la que Rohan la rechazaba diciéndole que solo la podía ver como una amiga o una vecina, no cesaba su coquetería.

Mitsy siempre había confiado en el criterio de Rohan, al menos sabía que era una persona honorable, y quizá uno de los puntos que más amó en él. Sin embargo, lo que ella detestaba en general eran las acciones injustas contra personas que no podían, o no sabían, defenderse. Zaina se creía superior por el simple hecho de tener dinero y poseía una vena mezquina. Solía desquitarse, cuando algo no salía como ella lo deseaba, con los que tenían menos culpa de sus líos. Esto último había sido el caso de Arkanna LaBresse, una muchacha que cuidaba los caballos y se encargaba de entrenar a algunos, años atrás en Mountain Queen.

Durante varias ocasiones, Mitsy encontró a Zaina fustigando a los animales a propósito o echando sobre el heno las heces fecales de las vacas que estaban en cubos para ser utilizados posteriormente para el proceso de abono. Cuando fue a decirle a Rohan, este le respondió que quizá se debía a que Arkanna estaba un poco distraída, pero que sabía que era una empleada eficiente y que de seguro pondría remedio a cualquier ligero descuido. Que no era nada catastrófico y que lo más probable era que Zaina tan solo hubiese tratado de ayudar y que Mitsy habría mal interpretado lo que vio. En esas ocasiones solían tener sendas discusiones que terminaban en uno o dos días en que Mitsy se iba de fiesta con Hilaria e ignoraba a Rohan por completo. Él se ponía furioso y le prometía que no volvería a tener una actitud condescendiente, pero a la siguiente ocasión el ciclo se repetía. No tenía que ver con el hecho de que se tratase de Zaina, porque pudo ser cualquier otra persona, sino que para Mitsy la actitud de la mujer tenía como resultado el poner en entredicho el trabajo de alguien que se esforzaba para conseguir su salario mensual, que no tenía todo a mesa puesta y que además era eficiente para los estándares habituales. Los Hammonds tenían buen ojo para reconocer a un empleado que valía la pena conservar, y Mitsy no lograba entender la tozudez de Rohan en hacerse de la vista gorda a la malicia de Zaina. Cuando en una ocasión le preguntó si estaba interesado en la pelinegra, él le dijo que no era el caso, pero que pelearse con ella implicaría problemas para sus padres porque los Baxter eran muy protectores con las emociones de su única heredera.

Mitsy no entendía ese nivel de proteccionismo estúpido de ciertos padres. Los extremos eran malos. Ella, por un lado, tenía unos padres incapaces de reconocer su valía profesional o cualquier logro porque los estándares que

habían trazado solo podían ser alcanzados por Joaquín o Hazel. La vecina de Rohan, en cambio, tenía solamente que respirar para ser el epicentro de sus progenitores y con ello se llevaba como parte del trato que los vecinos fuesen indulgentes con su proceder. «Siempre y cuando no cause daños irreversibles o que puedan afectar el negocio, pues prefiero que mis padres no se enteren de las tonterías que Zaina haga», le había dicho Rohan una ocasión. ¿Por qué los hombres se volvían tan estúpidos cuando había una mujer que parecía una damisela en apuros? ¡Dios, si es que pensaban con el cerebro inferior en lugar con el que tenían sobre los hombros!

La gota que derramó el vaso de su silenciosa tolerancia fue el día en que estaba de visita en el rancho y halló a Zaina fingiendo haberse caído de un caballo acusando a Arkanna de no haber ajustado bien las correas laterales que sostenían la montura. No le importó nada y mandó al demonio a Zaina.

Le dijo que era una egoísta, abusiva y carente de sentido común en lo que se refería a los demás, y que el simple hecho de que los Carter le permitieran montar a caballo o deambular libremente por el rancho se debía a la cortesía por la amistad que tenían con sus padres, Henrik y Tianna Baxter, mas no por ella. Zaina, como era de haberse esperado, fue a quejarse con Rohan. Este solo ignoró la situación y le pidió que tratase de ser más paciente con las personas en Mountain Queen. Le sugirió que, por un tiempo, dejara de visitar las inmediaciones porque estaban en medio de una gestión complicada y su presencia solo causaría retrasos al tener a algunas personas tratando de hacer su visita más segura cuando iba a montar cruzando los linderos de una propiedad hacia la otra. La vecina de los Carter hizo un puchero, pero ante la mirada dura de Rohan, durante una larga temporada no volvieron a saber de ella. Seguía montando a caballo, sí, pero dejó de cruzar los límites que separaban las propiedades de los Baxter y los Carter.

Arkanna mantuvo su trabajo y Rohan, sin comunicarles a sus padres los entresijos de la situación, consiguió que a modo de compensación le subieran el salario. Esto último hizo feliz a Mitsy. El hecho de que la mujer que vivía en Sherbert Royal le caía peor que una infección intestinal estaba claro.

—Vaya, miren lo que trajo el invierno —dijo Zaina con una sonrisa felina, mientras movía los dedos de uñas rojas sobre el prístino mesón blanco de la cocina—. Supongo que no te quedarás mucho tiempo alrededor —rio con malicia— nunca lo haces, al menos según tengo entendido.

«Solo se te permite asesinar en los libros, recuerda eso», se dijo Mitsy.

No podía creer que Rohan, de entre todas las mujeres disponibles, hubiera

decidido acostarse o relacionarse con esa. Él le había asegurado que solo la soportaba porque sus padres y los Baxter tenían acuerdos de negocios temporales. Eso, años atrás. ¿Y ahora? ¿Él hacía negocios en la cama? Dios, la sola idea era asquerosa.

—Me alegra verte tan cómoda aquí —replicó a cambio.

—¿Descansaste, Mitsy? —preguntó ignorando los comentarios de Zaina. Dio dos tragos al contenido del vaso. No recordaba la última vez que su vida se habría vuelto tan complicada. Sabía que darle una explicación a Mitsy carecía de propósito, no le debía nada ni ella a él.

—Sí, gracias. Ya es momento de que me marche —replicó con tono neutro.

Zaina se acercó a Rohan y colocó de forma posesiva una mano sobre el hombro. Inclino la cabeza hacia un lado con una expresión de inocencia mirando a Mitsy.

—Me pasé temprano para hablar nuestros asuntos tal como me pediste, guapo, pero olvidaste mencionar que tenías una invitada tan... familiar.

Él se apartó, y ese detalle no le pasó inadvertido a Mitsy. Frunció el ceño porque no sabía cómo interpretar todo el asunto. «Mejor olvídate.»

—Mitsy —dijo ignorando a la otra mujer—, ya el automóvil está aquí al pie. Las llaves están en la consola grande junto al salón de lectura. No ha cambiado de sitio desde que compré el rancho. —Ella solo hizo un breve asentimiento—. Le cambiaron la llanta y está en perfectas condiciones.

—Las facturas que...

—Carece de importancia. Estoy seguro de que hubieras hecho lo que yo, por otra persona. Tengo un asunto programado con Zaina, así que te acompaño a la puerta...—La aludida sonrió, triunfal—. ¿Vamos? —preguntó retóricamente señalando la puerta de la cocina con un gesto de la mano.

Tan solo ahora, Rohan reconocía que haberse acostado con la pelinegra había sido un terrible error de juicio cuando, un mes atrás, la encontró —no era sorpresa— disponible en un momento de debilidad. Sabía que Zaina era bastante promiscua y tal vez por eso la idea de tener sexo con ella carecía de importancia, pues no se sentiría interesada en él más allá de los asuntos relativos al dormitorio.

Al salir de la cama aquella ocasión sintió como si hubiera traicionado algo... o a alguien. La sensación era tan agobiante que apenas amaneció, él abandonó la casa principal del Sherbert Royal y agarró la Harley Davidson. Pasó a toda velocidad por las periferias de la ciudad durante horas.

Después de haberlo analizado concienzudamente al alba, esa mañana,

consideró que Zaina era la persona que podía convencer al matrimonio Baxter de que invertir en Mountain Queen, a pesar de los informes a pérdida de los últimos meses, era una buena apuesta. Ese era el único motivo por el que la había llamado una hora atrás. Ambos tenían horarios de trabajo similares. Contrario a lo que él hubiera pensado, el paso del tiempo había convertido a Zaina en una empresaria astuta, en lugar de una heredera perezosa y mimada como fue en el pasado.

Cuando consideró llamar a su vecina, lo hizo pensando en que tendrían la libertad de hablar en soledad. ¿En qué retorcido universo Mitsy se despertaría al alba? Lo cierto es que él había asumido que con la pastilla que le dio el doctor Samuels, ella dormiría hasta más entrada la mañana.

A diferencia de otras mujeres que conocía, su ex era la única cuya belleza resultaba más impactante sin maquillaje, y esa mañana lucía radiante. El vestido que su hermana había dejado tiempo atrás en el rancho lograba destacar las curvas de Mitsy gracias a ese cinturón. Llevaba las piernas sin leggings, porque de seguro se habrían echado a perder el día anterior, y el cabello húmedo y suelto. Había utilizado su tina para bañarse, y no pudo dejar de imaginársela desnuda. Dios, estaba en graves problemas y el día apenas empezaba.

Se aclaró la garganta y terminó pronto el vaso de jugo de frutos que acababa de licuar un momento atrás. Habían desayunado, él y Zaina, momentos atrás.

—Si no te interesa que te pague de regreso, pues es tu asunto y tu dinero. ¿Acompañarme a la puerta? No te molestes, yo tengo dos piernas y mi sistema motriz en perfectas condiciones —replicó con una voz de fingida amabilidad—. Que les aproveche el día —dijo por sobre el hombro con fingido entusiasmo, mientras abandonaba la estancia.

Justo cuando Libberia llegaba, Mitsy estaba recogiendo las llaves de la consola. La mujer mayor la interrogó con la mirada al notar la prisa que llevaba y la hora que marcaba el reloj, y como respuesta recibió un gesto discreto que señaló la cocina. Cuando vio quién estaba allí, hizo una mueca.

—La mujer es una arpía —murmuró Libberia—. Siempre está buscando cómo llamar la atención. Además, el rancho no ha estado muy bien en los últimos meses, así que si esa está en la casa es por temas de negocios.

Mountain Queen era uno de los ranchos más prósperos. Los Hammonds solían hablar de negocios a la hora de la comida, y siempre mencionaban las gestiones que hacía la familia Carter. Tal vez debido al nivel de alta

competitividad que representaban los padres de Rohan en el mercado, los de Mitsy se habían mostrado reacios a aceptar de buena gana la relación de ambos muchachos. Extraño, tal vez, aunque nada descabellado para las ideas de cómo solían reaccionar los Hammonds en lo que tenía que ver con su hija más pequeña.

—¿Cómo así que no ha estado bien el negocio? —preguntó—. Esta casa ha sido enteramente redecorada, con buen gusto debo decirlo, y estoy convencida de que si salgo ahora para contemplar los alrededores la imagen que tendré es de abundancia y organización a pesar de la temporada del año en la que nos encontramos. No concibo la idea de que Mountain Queen esté en problemas. Vaya...

Libberia suspiró.

—Hubo un virus hace unos meses atrás que obligó a sacrificar casi todas las reses, y bueno... Los movimientos de negocios han ido lentos y el joven Rohan está bastante preocupado. No ha sido una época muy benévola. Espero que logre conseguir el inversionista que espera, y si esa persona tiene que ser la señorita que tenemos por vecina, pues todo sea por Mountain Queen y para lograr remontar un poco los reveses de este año.

—Vaya... —se aclaró la garganta—. Espero que logre su propósito. En todo caso, me alegra habérmela topado porque quería agradecerle su amabilidad anoche.

—No es nada. Cuídese, señorita, y ojalá la vea de nuevo.

A modo de respuesta Mitsy solo le sonrió.

Tal como Rohan había dicho, el automóvil estaba esperándola a un lado de la entrada. No tardó nada en abrir la puerta y colocarse detrás del volante.

CAPÍTULO 8

—¿Vendrás a la gala? —le preguntó Zaina haciendo sonar las uñas sobre la madera de la mesa del desayuno—. Es una causa noble, Rohan.

Estaban sentados uno frente al otro. La zalamería de Zaina podía lograr que la paciencia de Rohan se evaporase. Cuando él la invitó a desayunar para hablar de negocios, en ningún momento dejó entrever que eso implicaba una situación adicional de índole sexual. Aunque, a juzgar por la forma en que ella se movía y le sonreía, Zaina no había captado de todo el verdadero sentido de la situación. El resultado había sido una escena absurda cuando Mitsy los encontró en la cocina.

—No me gusta que me chantajeen —replicó cruzándose de brazos—. Esto no se trata de un capricho. Los ingresos y proyecciones para mejorar Mountain Queen, así como la paga de mis empleados está sobre la mesa. Para ampliar mis horizontes requiero esa inyección de capital financiero, pensé en Henrik, Tianna y tú como inversores porque son mis vecinos y conozco la reputación de tus padres para trabajar. Pero si todo lo que has aprendido de ellos es a conseguir tus propósitos personales antes que los negocios, cuando esto último resulta el tema principal de una conversación, entonces prefiero hablar con otro competidor del sector.

Ella frunció el ceño. Sus padres le habían concedido la asociación en partes iguales de Sherbert Royal, y los tres poseían la misma capacidad de decisión. Era consciente de que los planes de Rohan resultarían en un gran beneficio, en especial la idea de colocar una pequeña planta productora de lácteos con distribución en los principales estados del noroeste de Estados Unidos y algunas zonas canadienses que estaban cerca de la frontera. Si sus padres se enteraban de que había preferido anteponer sus deseos personales a los intereses del negocio familiar, se decepcionarían. Esto último no podía permitirlo, porque se sentía orgullosa de la confianza que le habían mostrado Henrik y Tianna cuando, al graduarse de la universidad con el título de manejo de negocios, la nombraron socia del rancho.

—Accedí a hablar con ellos para analizar la asociación. ¿Qué es lo que no estoy considerando aquí? —preguntó fingiéndose ofendida—. No es un chantaje. Solo quiero que vengas conmigo. Me parece una causa noble, es todo —insistió, bajando el tono de su petición porque sabía que Rohan no era el

tipo de hombre que tenía paciencia para los caprichos femeninos, ni para los reajustes de planes. Él era un hombre sensual, inteligente, pero también un enemigo formidable si lo enfadaba. Que el Mountain Queen estuviese en problemas, no implicaba que ella podía tratar de aprovecharse, porque a la primera ocasión que Rohan tuviera iba a hacérselo pagar.

—No te comprometiste a hacerlo, lo que estás diciendo es que, si yo no te acompaño a la maldita fiesta, entonces no hay inyección de capital —dijo furioso.

—Solo te estoy pidiendo que me acompañes un par de horas. Te pones un esmoquin y socializamos un poco con personas que podrían considerar escuchar sobre tus planes de expansión en Mountain Queen. El proyecto de la planta de lácteos me gustaría que fuese en exclusiva con Sherbert Royal, y claro que hablaré con mis padres al respecto y también pondré los demás planes sobre la mesa para que los consideren —parpadeó con ingenua dulzura—. Solo es una fiesta...

Él dejó escapar un sonido de frustración.

—Lo único que esperaba de ti, después de explicarte durante treinta minutos cómo lograrías tú y tus padres sacar beneficios con esta asociación, era una mente abierta para negociar. Creo que hay otros rancheros dispuestos a llevarse los beneficios que tú prefieres poner en la misma balanza que una maldita fiesta social. ¿Cómo voy a donar un dinero que necesito para poder sacar a flote mi rancho y las familias cuyos salarios dependen de mis gestiones? —Elevó las manos al techo, frustrado—. A veces consigues que ponga en duda que eres una mujer con éxito en los negocios, Zaina.

Ella lo miró con resentimiento.

—Soy consciente de la situación —dijo con una mueca—, pero otras personas necesitan ese dinero más que tú, Rohan. Agradezco que pensaras en Sherbert Royal, pero lo que no entiendo es porqué el rechazar la posibilidad de hablar con tus padres o tu cuñado. Creí que esa habría sido tu primera opción.

Él la miró con estoicismo.

—La forma en que consiga el dinero es mi asunto. Así que, ¿puedes considerar la propuesta de negocio que acabo de hacerte, en su totalidad y no por separado, sí o no? —le preguntó perdiendo la paciencia.

Sí, necesitaba la ayuda de los Baxter, porque implicaría un arreglo menos estricto que un banco, aunque considerar a la competencia ranchera como una posible aliada no era descabellado en absoluto. No obstante, su mayor

problema continuaba siendo la temporada invernal. Ante la naturaleza no existía plan de contingencia perfecto, y lo único que le quedaba era darse prisa en sus gestiones.

—Es una buena causa, Rohan, no lo hago por notoriedad social o algo así. Respondiendo a tu pregunta, por supuesto que consideraré la propuesta en conjunto. Esta misma noche lo hablaré con mis padres, yo estoy convencida de que —señaló con la mano la carpeta que él había preparado para los bancos para explicar su idea de negocios— les encantará todo lo que me has mostrado —replicó. Sonrió con coquetería y se incorporó de la silla con grácil elegancia para acercarse a él—. Ahora, me gustaría cambiar de tema, porque ambos tenemos una agenda que llevar adelante. Escucha, después de la noche que pasamos juntos creo que hacemos una pareja interesante. Nos veríamos muy bien del brazo en esa gala. —Él hizo una mueca—. Ya conversamos lo que era importante para nuestras compañías rancheras, así que hablemos un poco de la posibilidad de asistir a La Gala de Cristal. Los fondos que recauda anualmente tienen gran impacto. No tienes que hacer una donación si no te parece plausible —continuó con un tono de voz que solía bajar la intensidad de la contraparte cuando ella estaba negociando— tan solo acompáñame.

—¿Resulta que ahora eres una embajadora de buena voluntad? —preguntó, porque conocía la naturaleza egoísta de Zaina, así que algo más estaba cociéndose en esa cabeza maquinadora—. No tengo interés en repetir una noche contigo en la cama. Tómallo como una respuesta sincera. Fue entretenido mientras duró. Eso es todo.

Él tenía plena conciencia de que La Gala del Cristal era un evento que se realizaba cada año a fin del mes de noviembre en Bozeman, y convocaba a importantes personalidades tanto de negocios como del área política de todo el estado de Montana. El propósito era reunir fondos para contribuir a una causa que el comité organizador eligiese, no tenía que ser un evento que afectase de manera directa a Montana, pero sí en exclusiva a Estados Unidos.

Rohan siempre enviaba su colaboración en sobre cerrado, pero en esos momentos de crisis tenía que pensar en sus empleados de Mountain Queen. Ese año no iba a ser posible donar treinta mil dólares de su dinero a otros. Sonaba egoísta, aunque no lo era en absoluto. Se trataba de sobrevivir primero, ¿cómo podría ayudar a otros si su propio negocio estaba por debajo de los estándares financieros a los que estaba habituado?

—Solo quiero un acompañante —dijo recorriendo el hombro de Rohan con el dedo índice—. Vamos, te quedaste hasta casi el alba aquella ocasión

conmigo en la cama —con ambas manos empezó a masajearle los hombros—, y han pasado tres semanas desde entonces. Estás muy tenso. Una noche conmigo te ayudará a relajarte.

Él se incorporó y con eso Zaina se hizo a un lado.

—No tengo tiempo para hacer vida social —replicó con franqueza, porque era consciente de que en la cama de esa mujer jamás faltaba un hombre dispuesto a complacerla. Sí, ella era buena para un revolcón, pero en su caso no lo suficiente para dejarlo con ganas repetir—. Te acabo de explicar la situación en la que se encuentra mi negocio. ¿No has entendido mis prioridades?

Ella se volvió a acercar y tuvo la osadía de colocar las palmas de las manos sobre las caderas de Rohan. Se contoneó de tal forma que su pelvis rozaba con la de él.

—Sí, claro —dijo moviéndose sinuosa y lentamente—, y ya te comenté que ahora es momento de hablar de algo diferente. Tienes mi visto bueno como socia de Sherbert Royal. Apenas tenga las respuestas de mis padres te dejaré saber, así tendrás los tres aprobados.

—No estoy en la maldita escuela ni estoy rogándote por ayuda. Si continúas extendiendo las cosas, entonces puedes olvidar todo lo que he conversado hoy.

—Pero...

—Entonces —dijo agarrándola de las manos y apartándolas con suavidad antes de apartarse— ya sabes cómo localizarme cuando hayas tomado una decisión en conjunto con tus padres sobre la inversión. Si no escucho de ti en las próximas setenta y dos horas, asumiré que la respuesta ha sido negativa. No habrá resentimiento, porque no tengo tiempo para perder en bobadas.

—Rohan —expresó soltando un suspiro, ajena a que Libberia acababa de entrar dos segundos atrás, pero eso no le impedía poner los ojos en blanco mientras limpiaba los vegetales para la comida y fingía hacer oídos sordos—, no entiendo por qué estás tan distante conmigo. Espero que no tenga nada que ver con el hecho de que Mitsy Hammonds haya pasado la noche aquí. Hace tiempo que no estabas tan difícil por una petición tan simple de mi parte.

Él apretó los dientes.

—Quien pase o no la noche en esta casa es algo que no te compete. —Miró el reloj de pared de la cocina—. Ya me he retrasado media hora de mis trabajos diarios. Te acompaño a la puerta para que continúes con tus labores habituales.

Ella hizo una mueca.

—Nos volveremos a ver de seguro —murmuró encogiéndose de hombros, pero dedicándole una mirada a Rohan que lo hizo sentir un cosquilleo en la espina dorsal. Se temía que pronto esa mujer iba a traerle más problemas que soluciones. Esperaba equivocarse porque no tenía tiempo de lidiar con Zaina en un ámbito que no estuviese vinculado al plano profesional—. De verdad espero que me acompañes a la gala, porque la invitación sigue en pie, y sí, por favor acompáñame a la puerta, gracias —sonrió con coquetería, aunque no sin antes decirle a Libberia de mala gana—: La próxima ocasión sería más apropiado si me saludase en lugar de pretender que no existo, señora. Es de mal gusto.

Libberia dejó caer los espárragos que estaba lavando y se giró.

—Este es mi lugar de trabajo, señorita Baxter, y si me distraigo pierdo tiempo. Y el tiempo es dinero en un mundo en el que no todos tenemos una cuchara de oro para alimentarnos. Le deseo un buen día, y ahora, debo volver a ignorarla porque la comida para la lista de empleados no se cocina por arte de magia.

Rohan contuvo una carcajada mientras acompañaba a Zaida, que estaba furiosa, hasta la puerta de la casa.

Meneó la cabeza una vez que estuvo solo, y después salió para dirigirse hacia los establos. Necesitaba hablar con Candance Burlette, la administradora de Jumping Smiles, para consultarle sobre los planes de la escuela durante las fiestas de Navidad. Por lo general se solía organizar una presentación entre los niños que habían asistido a lo largo del año, y sus sobrinos también asistían para apoyar la ocasión. Él disfrutaba al ver la emoción que se operaba en los padres de familia cuando veían a sus hijos autistas tener alguna reacción positiva, mientras Candance manejaba tan diestramente el programa interactivo.

En lo más profundo de sus emociones, Rohan sentía el vacío ante la imposibilidad de tener una familia propia. Una mujer que no solo llenase sus expectativas personales, sino que también tuviese un corazón inclinado a criar niños y compartir responsabilidades con él, parecía complicado. Le gustaban mucho los niños, y con sus sobrinos sentía que el cinismo y los problemas quedaban de lado. «Lo que hubiera dado por tener un hijo...».

Lo frustraba el hecho de que la presencia de Mitsy hubiera agitado una necesidad que él procuraba dejar sepultada bajo capas de indiferencia: la paternidad y la posibilidad de volver a enamorarse. Dejó escapar una palabrota, y se encaminó hacia la oficina de Candance. Pensar en su némesis

no iba a mejorar el día.

Mitsy terminó de beber el zumo de frutas que Hilaria le había servido. Su intención de dejar el Volvo en el garaje, sin hacer ruido, fue una tarea que quizá solo Tom Cruise hubiera conseguido. Apenas su mejor amiga se dio cuenta que estaba alrededor la instó a entrar en la casa para que le contara los pormenores de la noche anterior. Incapaz de seguir guardándose lo sucedido con Rohan, al menos la parte más superficial, terminó contándole el fiasco con el tipo del bar y cómo había acabado durmiendo en la cama de su ex.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Hilaria con una sonrisa de oreja a oreja, un claro indicativo de que su cerebro ya estaba elucubrando ideas que, en absoluto, Mitsy prefería no escuchar.

—Por Dios, mujer, solo me salvó de congelarme. Me siento agradecida por ese detalle, sí, pero no te hagas ideas. Me sigue odiando igual que siempre, y no creo que vuelva a verlo. Además, parece que con el paso del tiempo él y Zaida se entienden más que bien y no creo que solo en el plano de negocios. Él me sigue despreciando... —se miró las manos— aunque mientras trataba de que entrase en calor, me dijo algo que me dejó bastante desconcertada.

—¿Oh?

—Imagino que habrá sido producto de la desesperación al ver una persona que estaba en grave riesgo... —se encogió de hombros—, en todo caso, me dijo que teníamos una conversación pendiente y que no podía morirme porque le debía explicar el porqué él no había sido suficiente para mí.

Hilaria abrió los ojos de par en par.

—¿Qué le respondiste?

—Nada... Creo que todo lo que me dijo fue producto de la preocupación y de creer que quizá yo no estaba escuchando. Y claro que cada palabra que él decía la registraba mi cerebro, pero lo cierto es que necesitaba estar más concentrada en no romperme los dientes de tanto temblar y procurar entrar en calor. Fue una experiencia tan extraña que, si otra persona me la hubiese contado no la habría creído.

Hilaria hizo una mueca. Meneó la cabeza.

—Al menos tenemos claro que Rohan no te desprecia lo suficiente como para haberte dejado morir congelada. ¡Usó su cuerpo para proteger el tuyo! ¿Acaso no te dice algo? —preguntó colocando las manos a cada lado de su rostro, mientras apoyaba los codos sobre la mesita para mirar a Mitsy—. No

sé por qué no aprovechaste la ocasión para tocar un poco más lo que has estado echando en falta —sonrió con picardía, y Mitsy le lanzó un trozo de zanahoria picada que tenían sobre la mesa.

Hilaria soltó una carcajada y volvió a acomodarse contra el respaldo de la silla.

—No tiene sentido dar vueltas a una idea que carece de un final alentador —dijo riéndose con suavidad ante la payasada de su amiga—. Mi tiempo con Rohan fue hace mucho, y yo me encargué de arruinarlo todo —bajó la mirada y jugueteó con sus dedos—. Él tiene derecho a rehacer su vida con quien desee, incluso si es Zaina Baxter —dijo con amargura, porque de todas las mujeres que podía elegir, esa era el peor referente de una `buena persona`—. Lo que siempre he querido es que él sea feliz... Eso ya lo sabes tú. —Hilaria asintió con pesar porque conocía el secreto detrás de esas palabras—. Hoy me enteré de que el rancho no está en las mejores condiciones...

—Hey —dijo Hilaria con seriedad colocando la mano sobre la de Mitsy para que esta la mirara al rostro—, no sé por qué me contaste todo lo que tuviste que vivir en el hospital, años atrás, tan tardíamente. Me dolió que hubieses decidido pasar un trago tan amargo, sola, Mitzy.

—Me sentía devastada, y tú estabas terminando la tesis de la universidad y tenías que enfocarte en sacar la mejor calificación para impresionar en la entrevista de trabajo que tanto querías pasar. Aparte no habrías podido hacer nada por mí... No se podía hacer nada.

—El apoyo moral y quizá un coscorrón por habérselo ocultado a Rohan. ¿Por qué no confiaste en él?

—Rohan —repitió el nombre sin evitar que se le rompiese la voz—, pues él tenía tantos planes, Hilaria, tantos... Yo no podía quitarle esa ilusión, porque no iba a ser capaz de estar a la altura. No se trataba de la confianza, sino del propósito al confesarle algo que solo habría causado que sintiera pena o rabia o decepción... No sé por qué estamos hablando de todo esto otra vez.

Hilaria chasqueó la lengua. Se hizo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo de la silla, y cruzó los brazos. Miró a su mejor amiga con severidad y también con un atisbo de pesar.

—Las cosas habrían sido diferentes si hubieses hablado antes conmigo, lo habríamos sobrellevado juntas y lo más probable es que Rohan hubiera terminado casándose contigo, no el estúpido de Seth. Las mejores amigas están para las buenas situaciones, pero en especial para aquellas dolorosas y tristes.

Mitsy meneó la cabeza.

—No hubiese sido justo retenerlo en una relación con alguien que no podría ayudarlo a cumplir sus sueños, al menos el que, para él, ha sido siempre tan importante. Fue mejor así.

—Elegiste por él sin darle opción a conocer la situación. Una situación que lo afectaba, por supuesto. Además, tú conocías al hombre que amabas; lo conocías bien, así que ¿por qué no le contaste el verdadero motivo por el que decidiste dejar la relación, y por el que te casaste con otra persona?

—Tampoco es que Rohan me hubiese propuesto matrimonio...

—Esa es una excusa muy pobre, incluso para ti. Solo era cuestión de tiempo para que él hubiese hincado la rodilla en el suelo para pedirte que fueras su esposa.

—Nunca lo sabremos. —Hilaria puso los ojos en blanco—. No sirve de nada especular. Esto es agua pasada...

—Después de que te marchaste a San Francisco —insistió—, él no volvió a ser el mismo. La gente murmuraba sobre el cambio que se operó en Rohan de la noche a la mañana, y no tenía nada que ver con el éxito comercial, porque el desarrollo de Mountain Queen creció enormemente con la gestión de Rohan cuando él se lo compró a sus padres para que ellos se jubilaran. Lo que generaba esas murmuraciones era que no había bar que él no visitara los fines de semana, ni una noche que no saliera con una belleza distinta del brazo. Se volvió más hostil.

Ella tragó en seco y apartó la mirada.

—Yo...

—Si antes las mujeres lo perseguían porque era guapo, cuando tú te marchaste lo buscaban porque era una bala perdida en lo que se refería al sexo opuesto. Todas creían que tenían una oportunidad de probar lo que era estar con él. Se acostaba con cualquiera que le interesase una noche, y un par de días después ya estaba saliendo con otra. Los cotilleos en una ciudad como Bozeman corren como pólvora, por eso te estoy comentando todo esto. Durante años teníamos un acuerdo tácito de que no te mencionara nada sobre Rohan, pero tienes que abrir los ojos. Si quieres, si de verdad quieres, virar la página, entonces nada de lo que te estoy diciendo tendría que generar emoción alguna en ti. Esas lágrimas que tratas de contener no deberían estar si él no te importase. ¿Me explico? No sé por qué continúas mintiéndote. Volver a Montana era cuestión de tiempo. Casada o no. Puedes huir, pero no para siempre. El pasado regresa siempre para cobrar su deuda.

—Hilaria...

—Siento decírtelo, porque sé que no has dejado de amarlo, Mitsy —interrumpió—. Lo que me preocupa es que sigan pasando los años, y tú seas incapaz de sincerarte con él... y contigo. Dices que querías que fuese feliz, pero le debes una explicación. No volverás a amar a otro hombre mientras tu corazón siga atado a Rohan, lo quieras o no. Seth fue un cretino, sí. Te pudo doler su traición, en especial porque él conocía el verdadero motivo por el que aceptaste casarte y aún así te lastimó de la peor forma posible.

—Hilaria, no necesito saber todo esto —le dijo con la voz temblorosa—. Tengo asuntos por resolver con mis padres por ahora, y...

—¿Vas a continuar permitiendo que dicten cómo llevas tu vida emocional, Mitsy? Creo que ya es suficiente —interrumpió con firmeza—. Siento que Jules tenga cáncer, lo siento de verdad, pero sus expectativas siempre han sido demasiado altas contigo. Te ha exigido más de lo razonable, y nunca ha sabido valorar tus esfuerzos. Ahora que están a punto de perder la casa, por descuidados y orgullosos, ¿tienes tú o tus hermanos que salvarlos? Claro que no. Si ese rancho se pierde es porque son negligentes y han pretendido llevar una vida de abolengo y carente de sentido en una economía compleja como la de ahora. No estamos en la bonanza ganadera, Mitsy. Y si pierden la casa, entonces aprenderán una lección. Me apenaría por la gente que trabaja para ellos, pero sé que —si son buenos empleados— entonces lograrán hallar un empleo en otro de los cientos de ranchos que hay en el Estado.

—Mis padres intentan moldearme como a mis hermanos, pero no soy una mujer que entre en el molde que otros pretenden establecer para mí arbitrariamente. Les salió el tiro por la culata e imagino que los he dejado frustrados con mis actitudes. De pronto ven que fallaron conmigo, porque no cumplí sus expectativas como lo hicieron mis hermanos, y tratan a toda costa de enrumbarme según sus propios preceptos.

—¿Es esa tu justificación? —preguntó mirándola con incredulidad—. Debes dejar de poner excusas para ellos. Dios, ¡Jules es una persona narcisista! Se lo han dicho en las terapias familiares a las que asistieron para tratar de parar la guerra emocional que llevaban. Vamos, tú misma me lo has contado, así que ¿por qué sigues cayendo en su juego? Y tu padre, pufff, no hace otra cosa que apoyarla. El que en silencio se queda es cómplice. Tienes padres que pretenden que la vida de sus tres hijos, en especial la tuya, gire en torno a sus necesidades. Te casaste con Seth porque ellos lo aprobaban, ¿qué te dice eso? No puedes basar las decisiones importantes de tu vida con el

pensamiento de la opinión de tus padres. Jamás van a sentirse satisfechos contigo, porque ni siquiera lo están consigo mismos.

Mitsy se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro.

—Lo sé... Lo sé... —se pasó los dedos entre los cabellos—. Necesito reorganizar mi vida, y encontrar nuevas ideas para escribir. Mi vida está de cabeza. Y después de ver a Rohan...

—Mitsy, solo tienes que aceptar la realidad y enfrentarte a ella.

—Yo —tragó en seco— trataré de hablar con Rohan cuando encuentre el momento adecuado...

—Espero que no sea dentro de otros seis años —dijo Hilaria con severidad.

—Mi prioridad es enrumbar mi nuevo manuscrito —replicó Mitsy con énfasis—. La forma en que genere mis ingresos me va a permitir o no llevar comida a mi mesa.

—Eres una autora superventas, tienes cientos de miles de copias vendidas y traducidas a otros idiomas. ¿Estás segura de que no quieres escribir dramas? —preguntó enarcando una ceja.

—Tan graciosa como siempre. Pues te comento que mi editora me ha dicho que espera un nuevo manuscrito dentro de los próximos cuatro meses. Las ideas no fluyen y no puedo continuar así. Necesito paz, no crearme un escenario emocional bélico. Necesito tiempo.

—¿Me estás pidiendo permiso? —preguntó sin contemplaciones.

—Estoy dándote una explicación, Hilaria, ¿puedes dejar el sarcasmo un rato?

Hilaria suspiró.

—Lo siento, es que cuando empiezas a ponerte necia me desquicias.

Mitsy sonrió.

—Solo quiero que comprendas mi punto de vista. Tengo que encontrar la oportunidad adecuada...

—Pues no dejes pasar más tiempo, y tú tienes que propiciar la oportunidad.

—Ya, lo sé... En este caso, no seas intransigente, sabes que es distinto.

—Sí, Mitsy, lo sé —concedió con calidez—. Lo sé. No quiero ser ruda, tan solo abrir tu perspectiva.

—Joaquín me ha enviado un mensaje de texto para decirme que mañana se reunirá con sus contactos en el banco para ver si es posible salvar la casa de mis padres. Hazel les ofreció un espacio en La Estancia... —suspiró— hay que esperar a ver qué dice mi hermano sobre los resultados esa reunión.

Hilaria meneó la cabeza y se incorporó para acercarse a Mitsy. La agarró de los hombros y la detuvo. A ese paso iba a hacerle hueco a la alfombra de la cocina.

—Empieza cerrando círculos —le dijo mirándola a los ojos con determinación y cariño—. Es la única manera. Enfréntate a tus miedos y asume lo que pueda suceder. Si no hablas con Rohan, lo más probable es que te arrepientas el resto de tu vida. Ya han pasado seis años. Dime la verdad, sincérate contigo y conmigo en este instante ¿es posible que hayas dejado de amarlo?

Una lágrima rodó por la mejilla de Mitsy.

—Oh, chica —dijo Hilaria abrazando a su amiga, porque no era necesario una respuesta verbal. Esa lágrima lo decía todo—. Encontraremos la forma de sanar esa herida, pero antes tienes que hablar con él. Prométeme que lo harás.

Mitsy la miró con angustia.

—Me odia... —susurró—. No quiero que me odie más...

—¿Por qué estás tan convencida de que esa será la reacción que obtendrás?

—No lo sé.

—Exacto —le dijo abrazándola más fuerte—, no lo sabes, y necesitas una certeza que solo puede dártela esa conversación. Di lo que tengas que decir. Es todo.

Mitsy asintió.

—Gracias por soportarme —sonrió entre lágrimas—. Por eso eres mi mejor amiga, Hilaria.

—Porque soy muy lista, ¿eh? —preguntó Hilaria haciéndole un guiño.

Mitsy se rio y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Nah, porque somos igual de listas —dijo riéndose—. Ahora, es mi turno de interrogarte, así que, cuéntame todo sobre el hombre que te ha dejado esa marca en el cuello como si todavía estuvieras en secundaria.

Soltando una carcajada, Hilaria, empezó a relatarle con lujo de detalles sobre su aventura de la noche anterior. Poco a poco la tensión en Mitsy fue desvaneciéndose, sin embargo, no dejó de pensar en cómo afrontaría el tener que decirle a Rohan la dolorosa verdad. ¿Cuánto más podría odiarla él cuando supiera que había perdido al bebé de ambos años atrás?

CAPÍTULO 9

Mitsy y Hazel escucharon que Joaquín había conseguido tirar de un hilo muy fino entre sus contactos, sin embargo, la única opción para que la casa de sus padres no fuese embargada consistía en que se pagase la totalidad de la deuda durante las próximas setenta y dos horas. El monto bordeaba los seiscientos mil dólares y tenían que repartírselo entre los tres, y ninguno poseía el mismo nivel de ingreso que el otro.

La historia de la propiedad de Alex y Jules era bastante simple. La mansión fue heredada por Alex, y con el paso de los años él empezó a realizar ampliaciones en las inmediaciones, unas por necesidad, aunque la mayoría por capricho de Jules, por supuesto. Los Hammonds hipotecaron la mansión dos veces. La última ocasión lo hicieron irresponsablemente creyendo que la crisis del sector no iba a afectarles. El inminente cambio de directrices ante la automatización de muchos de los procesos agrícolas, así como las nuevas fortunas que estaban empezando a tomar el mercado de forma agresiva y desplazando a los ganaderos tradicionales, golpeó duramente la economía del matrimonio. Vendieron algunas de las empresas para solventar los gastos que tuvieron que hacer para implementar un nuevo sistema de riego, alimentación para los animales y la digitalización en la elaboración de productos lácteos de la marca familiar.

Fue tan agresivo el revés que, al final, solo les quedó La Estancia —que menos mal la administraba Hazel y al estar a su nombre el banco no podía tomar el hotel como forma de pago—, y el rancho, que continuaba funcionando, pero los ingresos ya no eran los de antes. Jules pretendía continuar dándose la misma vida de millonaria cuando ya no lo eran, y el resultado era estar a punto de perder la casa y el rancho. Si a todo eso se le sumaba el diagnóstico médico de Jules, el panorama no era alentador. Una vez más, los tres hermanos tenían que hallar la forma de que los excesos de su madre y la indolencia de su padre no dejaran en la calle a los empleados que, muchos durante toda su vida, trabajaban en el Marshall Ranch Land.

—Yo no poseo esa cantidad de dinero —murmuró Hazel—, lo tengo invertido en un fondo internacional que no puedo tocar porque es parte de la cláusula del contrato. No solo eso, sino que he utilizado muchos de mis ahorros renovando el hotel, y pronto empezarán a realizarse nuevas

ampliaciones para darle cabida a más huéspedes... —apretó los labios—. Ni siquiera deberíamos ayudar a mis padres. No puedo creer que continúen siendo un dolor de cabeza a estos niveles. Deberíamos dejar que se queden en la calle para que entiendan que no pueden continuar creyendo que viven en la época dorada de Montana en la que todo era abundancia, y que solo por ser una familia de apellido antiguo en esta ciudad otros van a darles trato especial. —Se frotó las sienes—. Me dejan exhausta. Incluso mamá llamó hace poco para decirme que soy una ingrata, que no me preocupo por ella y que el éxito del hotel es gracias al apellido Hammonds y no a lo que he hecho durante estos años para transformar La Estancia en un referente de elegancia y comodidad a precio justo.

Joaquín soltó una larga exhalación. Era consciente de la manipulación que ejercía su madre sobre Hazel, pero también sabía que el efecto no resultaba tan fuerte como en Mitsy. Haber logrado, tiempo atrás, que sus padres asistieran a una terapia familiar fue todo un hito, aunque los compromisos para que cesaran las tensiones, en especial con la menor de los tres hermanos, duró poco. Al menos sabían que su madre era una narcisista clínicamente diagnosticada. Quizá no era alentador, pero sí brindaba un espectro sobre el cual tener cómo comprender el alcance de los dramas maternos.

—No lo hacemos por ellos —intervino Mitsy—, sino por los empleados. Ellos no pueden pagar las estupideces de mamá. —Miró a Joaquín—: Yo estoy esperando que se cierre la venta del apartamento que teníamos Seth y yo en Marina del Rey. Es la única propiedad que no se terminó de negociar al divorciarnos, pero sí establecimos el porcentaje de cada uno —suspiró, frustrada—. No sé cuánto tardará el agente en cerrar ese asunto, no puedo contar con ese dinero. Puede que me llamen mañana o quizá dentro de un mes. Es incierto.

—Qué desastre —murmuró Hazel.

Joaquín asintió e hizo una mueca de decepción por el escenario en el que se hallaban. Estaban dejando de lado las actividades que diariamente deberían estar trabajando para poder, una vez más, resolver los conflictos que dejaban Jules y Alex.

—La cantidad que deben al banco es estúpidamente alta. De verdad no sé cómo papá cayó en los caprichos de nuestra madre... Inconcebible. Y ahora resulta que estamos nosotros aquí, atorados de estrés, procurando encontrar una salida a un asunto que no nos compete —continuó Mitsy mirando a su hermano. Ya no tenía paciencia para ese tipo de situaciones. A veces, Mitsy, se

preguntaba si en realidad Jules estaba tan enferma como decía o si acaso era otra mentira, secundada por Alex, para intentar que sus hijos resolviesen sus entuertos financieros. No la sorprendería, aunque tampoco quería desconfiar al tratarse de un diagnóstico tan severo, y al haber —al menos si sus ojos no estaban equivocados— constatado el deterioro físico de su madre. Que estuviera en silla de ruedas, para moverse de un sitio a otro en la casa, no era una sorpresa, pero sí lo era la evidente pérdida de peso y la fragilidad que se percibía en su aspecto.

Joaquín asintió.

—Antes de invitarlas para hablar —miró de reojo a su esposa, quien escuchaba la conversación sin intervenir—, Amelie y yo tomamos una decisión. Nos gustaría compartirla con ustedes y ponerla a consideración.

—¿Oh? —preguntó Hazel entrelazando los dedos de las manos sobre el regazo.

Amelie tan solo asintió para darle apoyo a su esposo.

—Ofreceremos empleo a todos los trabajadores de papá. En nuestro rancho, Oaktale, necesitamos más fuerza laboral en el campo. Es un ganar-ganar para ambas partes y salvamos un montón de problemas, abogados y litigios por despido que podrían suceder. Ganamos tiempo de hecho.

—¿Eso significa que dejaremos que nuestros padres se queden sin un sitio en el que vivir? —preguntó Mitsy sin emoción. No tenía apego por las cosas materiales, menos por una propiedad que no le interesaba poseer, no obstante, ver a sus padres sin un techo fijo bajo el cual resguardarse tampoco le parecía un escenario agradable, por más injustos que hubieran sido siempre con ella.

—No —replicó Joaquín—. Claro que no. Consideramos esta opción porque resultará mucho más fácil comprar un apartamento con todas las comodidades para ambos que pagar esa inmensa deuda de la hipoteca. Salvamos a los empleados de quedarse sin su ingreso constante, en especial en estos meses de festividades familiares. Sé que esa casa hubiera sido tu herencia, al igual que el rancho, Mitsy, y no me tomes por egoísta, pero considerando el panorama familiar esta sería la solución menos agobiante y desgastadora, desde todo punto de vista, en especial el económico.

Hazel soltó un resoplido. Le gustaba llevar la vida con calma, pero sus padres parecían estar siempre dispuestos a alterar el pacífico rumbo de sus pensamientos. No podía ni imaginar lo frustrante que debería ser para Mitsy.

—Ya quiero escuchar lo que dirá ese par —dijo Hazel mirando a todos. Tomó un largo trago del vaso con agua que tenía a la mano—. Mamá hará un

drama y argumentará que queremos matarla antes de tiempo, pero yo apoyo la moción.

—Estoy de acuerdo contigo, Joaquín —aseveró Mitsy—. Jamás pensaría que eres egoísta. La verdad es que no me interesa nada que provenga de ellos como herencia. No quiero sentirme responsable de una propiedad como aquella. Imagino que el precio de esta decisión que hemos tomado serán los lamentos de mamá, como bien dice Hazel, y también los reproches de papá. ¿Adivinan quién será la cabeza de turco? —se pasó la mano por el rostro—. Lástima que mi vida no es la de una de mis novelas, porque o si no, ya hubiera cambiado el script hace mucho tiempo atrás.

Hazel se acercó a su hermana y apoyó la mano en el hombro para que la mirase.

—Es una decisión de los tres, y así lo haremos saber. No te preocupes demasiado. Al menos ya tenemos una decisión tomada. Un gran avance si me permites decirte... —dejó caer la mano a un lado—. Poco a poco iremos encontrando nuevas formas de lidiar con papá y mamá en su vejez.

—¿Tengo entonces el visto bueno para permitir que el banco embargue la casa y el rancho familiar, Marshall Ranch Land? —Mitzy y Hazel asintieron al unísono—. ¿También tengo el visto bueno para que, en estas setenta y dos horas, les ofrezca a todos los empleados una posición laboral en Oaktale? —Las hermanas de Joaquín asintieron nuevamente—. Así se hará. Lamento que haya sido este el panorama en el que acaben nuestros padres. Si alguna de ustedes todavía tiene pertenencias en la casa, les sugiero que vayan a recogerlas a tiempo. Yo hablaré con papá y mamá más tarde. Creo que será mejor que hacerlo todos juntos, así evitamos los comentarios destructivos de parte de ellos hacia alguna de ustedes.

—¿Y tú, Joaquín? ¿Crees que no van a despotricar contra ti? Más te vale que vayas preparado —dijo Hazel frunciendo el ceño—. Puedes ser el favorito de mamá, pero en lo que a papá se refiere ten por seguro que te tocará tu parte de reproche en un tono para nada civilizado.

—La decisión estaba en mis manos desde un inicio, y ellos lo saben, así que tendrán que acogerse a la resolución que hemos tomado si acaso quieren tener un techo con todos los lujos para vivir en una zona acomodada. No tienen dinero. Están en la quiebra. Sus opciones son inexistentes salvo la cuerda salvavidas que estamos dispuestos a lanzarles.

—Suerte, hermanito —dijo Mitzy encogiéndose de hombros.

Amelie, ante la mirada de tormento en los tres hermanos, se incorporó del

asiento en el que había mantenido una discreta posición desde que sus cuñadas llegaron. Ella era consciente de que no era fácil la decisión que habían tomado, pero sí la más coherente. El coste emocional que implicaría proceder de otra manera los desgastaría, y Amelie quería que Joaquín estuviera tranquilo, en especial porque los estados anímicos que él tuviese iban a afectar a sus hijos. Le gustaba el vínculo de sus cuñadas con Joaquín, y nada deseaba más que la situación fuese llevadera para todos. No tenía duda de que era afortunada de tenerlo a su lado, pero también de contar con el cariño de Hazel y Mitsy.

Sus suegros eran unas personas complicadas, sin duda, y el daño que habían causado a sus hijos, con más énfasis a Mitsy, sería difícil de borrar. Al menos, los tres hermanos, eran conscientes de que Jules era una persona tóxica, y Alex poseía unos estándares de excelencia incompatibles con la naturaleza humana. Su suegro era el claro ejemplo de una persona que no practicaba lo que predicaba, ¿cómo, si no, había acabado sobre endeudado, vendiendo sus compañías para pagar los caprichos de su esposa, y dejando que la imagen social fuese más importante que la visión a futuro que una vez creyó tener al heredar su imperio ranchero?

—Hay pastas, té y algunas cosillas que preparé esta tarde en el comedor. Los niños están arriba y saben que podrán compartir con nosotros si han terminado de hacer los dibujos que les encomendé para mantenerlos entretenidos. La niñera que contraté por el día se irá dentro de poco. ¿Me acompañan? —invitó a sus cuñadas.

—Me encantaría, Amelie —dijo Mitsy—. Has sido un gran punto de apoyo para todos, hoy. —Le sonrió con calidez, porque su cuñada era la responsable de que Joaquín no fuese un ogro y sonriera a pesar de la constante presión de Álex y Jules, además del estrés que implicaba llevar Oaktale, un tipo de negocio sensible al encargarse del manejo de cultivos y ganado.

—Para eso está la familia, así que no hay nada que agradecer —respondió la escultora—. Además, a mí me encanta tenerlas a ambas en casa. Si ayudándolas veo siempre a Joaquín de buen humor —les hizo un guiño juguetón—, créanme que está más que justificado cualquier esfuerzo.

Mitsy se rio y se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Ya quiero ver cómo esos pillos que tengo por sobrinos crean un desastre en tus preciados manteles al regar la comida —comentó Hazel, sintiendo la tensión abandonando sus hombros, mientras salían del estudio de su hermano.

Joaquín tomó a su esposa de la mano para ir a ver a sus hijos en el piso

superior. Tal vez sus padres eran un desastre, pero él se sentía feliz de saber que contaba con mujeres fuertes y nobles que compartían su ADN. Nada deseaba más que ver a sus hermanas tan felices como lo era él, no importaba si solteras o casadas. Sabía que habría más tormentas que sobrellevar, pero de momento pensaba disfrutar la pequeña victoria que había conseguido junto a Hazel y Mitsy.

Rohan llevaba una semana sin poder dormir bien. Se despertaba, inquieto, a las dos de la madrugada con la misma pesadilla: Mitsy tiritando de forma incontrolable en una cama desvencijada, con los labios pálidos y el cabello revuelto, mientras él la observaba de lejos pero no podía llegar hasta ella para ayudarla.

Fastidiado, bajaba al gimnasio que tenía instalado en el sótano de la casa del rancho, se ejercitaba como si se estuviese preparando para las próximas olimpiadas hasta que su cuerpo estaba exhausto. Cuando el amanecer llegaba, subía a ducharse y empezaba la jornada de trabajo con la sensación de que nada importaba más que llegar al final del día para poder dormir plácidamente.

Ahora estaba en un bar en el centro de Bozeman con su mejor amigo de la secundaria, Colin Shaffield. Casado y con una hija, Becky, era el ejemplo perfecto de que un mujeriego podía redimirse si encontraba la mujer adecuada. Jéssica era la persona por la que bebía los vientos, aún cuando habían pasado cinco años desde que contrajeron matrimonio, y lo cierto es que Rohan se alegraba por su amigo.

—¿Qué decisión tomaste sobre los Baxter? —le preguntó Colin.

El bar estaba muy agitado porque era viernes, y gran parte de las personas que salían de las oficinas preferían tomarse unas cervezas con sus amigos, en lugar de volver a casa después de una semana de trabajo extenuante. La zona principal en la que se hallaba la vida nocturna de Bozeman estaba atestada de bares y restaurantes costosos. Sin importar los meses del año, los sitios de moda solían estar llenos porque muchos turistas llegaban para visitar el Parque Nacional de Yellowstone ya que quedaba tan solo a una hora y media en automóvil desde el centro de la ciudad. En conjunto era una interesante entrada de dinero para el comercio local.

—No me convencen los términos en cuanto a porcentajes y tiempo de duración de la asociación que les propuse —murmuró girando el cuello de la

botella entre los dedos, mientras la música country resonaba en el interior—. Quieren sacar más partido del que les correspondería. Estoy preocupado, pero no desesperado. Necesito flujo de dinero, sí, aunque no a costa de atarme a los Baxter. Consideré que ellos podrían ser aliados porque las condiciones se negociarían mejor que con los intereses bancarios, sin embargo, parece que mis vecinos son más difíciles que las mismísimas instituciones financieras.

—¿Qué tan difícil es que consigas sobrevivir al invierno y llegar a la primavera con una sólida base de producción en Mountain Queen?

—Bastante... —replicó apretando los labios—. Sé que esta es una época de debacle, pero también que la superaré. No quiero utilizar los fondos de emergencia ante la primera calamidad que se me presente. Así que prefiero hallar diferentes métodos hasta agotarlos por completo.

Colin se acarició la barba con los dedos, pensativo. Él y Rohan solían ser competitivos cuando estaban en el equipo de fútbol y en clases de debate en la secundaria e incluso con las chicas, pero ambos habían crecido con diferentes aficiones profesionales. Ahora que eran adultos manejaban ramas profesionales compatibles, aunque no competitivas entre sí. Colin poseía una cadena de restaurantes, Entwined, y era el orgulloso poseedor de una estrella Michelin. Los dos amigos mantenían un alto sentido de la ética, y esto permitía que hablar sobre negocios no implicase decepcionarse por el proceder del otro.

—Si quieres un socio —dijo bebiéndose lo que quedaba en su botella de cerveza—, me gustaría invertir contigo, Rohan. En el área ganadera, más que en el proceso de creación de productos para supermercados, porque así puedo ahorrar en la compra de carne y diversificar incluso los platos que preparo en los restaurantes sin preocuparme por el stock. Además, el tema del repentino virus que sufrieron tus reses me parece sospechoso. Es tan inusual que te haya ocurrido a ti, en especial cuando tienes tanta precaución con los químicos que utilizas para la tierra, la comida de los animales y el aseo del personal que trabaja directamente con el ganado.

Rohan dejó la propina sobre el tablero de la barra. Agarró un puñado de cacahuates y se los llevó a la boca. Él también consideró en un inicio que era una situación demasiado extraña que su ganado hubiese caído enfermo de pronto, en especial cuando los veterinarios realizaban un exhaustivo seguimiento. No se consideraba una persona paranoica, y quienes trabajaban en Mountain Queen tenían un expediente impecable; él se había encargado de entrevistarlos uno a uno. Las precauciones no eran infalibles, y quizá a

Mountain Queen le tocó ese porcentaje de error que siempre acompañaba las ecuaciones en la vida diaria. Pudo haber sido otro granjero, le habían dicho los veterinarios.

—Confío en mi equipo de trabajo —dijo con convicción—. Además, pensé que continuabas sin tener intención de trabajar en otros temas que no tuviesen relación a la gastronomía —se encogió de hombros—, por eso preferí no incluirte dentro de mis posibilidades de fusión financiera.

—En lugar de haberte paseado por todas las oficinas bancarias e incluso hablar con la insufrible de Zaina... Eres demasiado cabezota, Rohan —dijo riéndose ante la expresión frustrada de su amigo—. Ahora ya lo sabes, así que envíame la propuesta de negocios. La firmo al instante.

—A veces, cuando la amistad y los negocios se mezclan el resultado es una ruptura irreparable de esa amistad. Siempre he preferido mantenerme al margen y evitar que algo así suceda —expresó con sinceridad—. Pero eres mi mejor amigo, y confío en tu plena capacidad de entender que habrá altos y bajos dentro de todo el proceso de expansión que tengo previsto. Y la compra de cabezas de ganado Angus te será de gran beneficio para el restaurante.

Colin asintió.

—Entonces envíame a la oficina los documentos lo antes posible. Cuenta conmigo, y por Dios, deja a Zaina de lado. La mujer es una pesadilla. Te hubieras ahorrado mucho tiempo, y dolor de cabeza, si hubieses hablado conmigo apenas sucedió el asunto del virus.

—Dímelo a mí —murmuró de mala gana cuando la vio entrar en el bar buscándolo con la mirada y una sonrisa como el gato Cheshire—. Dios, aquí viene. Yo y mi bocaza.

Colin lo miró con expresión de sorpresa.

—¿La invitaste?

—Cometí el error de comentarle el otro día que suelo reunirme contigo, a veces con el resto de muchachos, en este bar. Quiere que vaya a la Gala de Cristal como su acompañante. Puede que sea un dolor en el culo a veces, pero Zaina sabe moverse bien cuando tiene que trabajar por su rancho, y esto último fue lo que me motivó a elegirla a ella y a sus padres, después de los rechazos de los bancos, como posibles aliados financieros.

—Mmm, entiendo —dijo mirando cómo Zaina se trataba de hacer espacio, lentamente, entre todos los clientes del bar para llegar hacia la barra—. ¿Vas a ir a la gala, entonces? Lo cierto es que, tal como lo mencionaste, no necesitas hacer ninguna donación económica, pero sí me parece que habrá personas con

quienes podría interesarte entablar contacto y estudiar posibles ideas que no tienen que ser solo a nivel de rancho. Tu cuñado, por ejemplo, tiene una amplia red de contactos e inversiones en otras ramas profesionales. Diversificar siempre es bueno, Rohan. Además, quizá podrías donar en la gala el equivalente a una jornada de entrenamiento para criadores de caballos de carrera. Estoy seguro de que Candance querrá ayudar.

Rohan asintió, pensativo, y luego sonrió.

—Es una excelente idea, lo hablaré con Candance. Ella siempre tiene buena disposición para ayudar a los demás. No me gusta ir a un evento de esta naturaleza sin algo con lo cual aportar.

—Excelente. Ya tienes entonces un detalle a agregar para no dejar de asistir.

—Eso significa que tú y Jéssica están invitados, ¿verdad? —Colin asintió—. Supongo que no le hará daño a nadie que yo vaya, aunque sea con Zaina.

Colin se echó una carcajada.

—La mujer es persistente, no puedes quitarle eso. Se acostó contigo...

—Un error de juicio —interrumpió Rohan.

—Ten cuidado con ella, Rohan. Jamás me ha caído particularmente bien. No me inspira confianza, y por más sagaz que sea en el ámbito laboral, no creo que su ética se extienda al plano personal. Es una mujer inteligente y sabe cómo engatusar a cualquier mortal con tal de obtener sus propósitos sean estos positivos o negativos.

—¿Hay algo que quieras decirme? —preguntó Rohan, intrigado—. Porque más te vale hacerlo antes de que ella llegue aquí. Dios, la próxima ocasión nos veremos en otro sitio y créeme, no cometeré el error de dejarle saber ese detalle a Zaina.

—Se acuesta con muchos hombres, eso no es novedad, pero llegará un momento en que quiera atrapar a uno de su misma clase social, inteligencia y ambición. Procura no ser ese hombre, mi amigo.

Rohan resopló.

—No te preocupes. Soy muy cuidadoso.

—Vale...

—Escucha, Colin, ahora que vamos a trabajar juntos, ya no tengo que preocuparme por el último dólar ni levantarme al alba preocupado. Gracias —dijo dándole una fuerte palmada en el hombro a su amigo—, no voy a defraudarte.

—Lo sé, hombre, no tienes que mencionarlo. Por cierto, Jéssica quiere

saber si puedes venir a cenar con nosotros una de estas noches. Ahora le ha dado por la afición a la cocina —fingió temblar y Rohan soltó una carcajada—, y no quiero ser el único conejillo de indias. De seguro mañana te lo mencionará.

Rohan se rio.

—Dos pueden sufrir el sacrificio, en especial si luego puedo darle un abrazo a mi ahijada. Ya tiene dos años y todavía no ha ido a visitarme al rancho. Quiero que Candance la suba en un poni, la experiencia será adorable para mi Becky. No solo los niños autistas vienen a Jumping Smiles, aunque son nuestro principal enfoque. Así que mi ahijada está más que invitada. ¿De acuerdo?

Colin iba a responderle, pero suprimió la sonrisa cuando Zaina se acercó y dejó descansar la mano sobre el hombro de Rohan. Vestida con un top celeste ajustado, una falda cuadriculada estilo escocés, leggings azules, y botas altas, la mujer exudaba erotismo por los poros. Llevaba el cabello recogido en una coleta alta y el maquillaje de esa noche destacaba sus pómulos; con los labios pintados de rojo resultaba un imán para los ojos masculinos. En esta ocasión no estaba sola, sino acompañada de una amiga que tenía la misma sonrisa predatoria y la mirada pecaminosa. Era interesante que una mujer fuese independiente y que no tuviese reparo en ir por lo que deseaba, pero el arte de la sutileza solía ser más erótica que la cruda aproximación como la que Zaina estaba llevando a cabo.

—Qué placer encontrarte aquí —dijo ella a Rohan, después miró a Colin—: Vaya, una sorpresa verte después de tanto tiempo. Te presento a mi amiga, Mara. —La aludida le hizo un guiño con sus ojos verdes delineados de un fuerte tono azul—. Decidimos salir un rato para distraernos de tanto estrés del día a día, ¿nos invitan una cerveza, chicos? —preguntó, pero en realidad ya estaba preparándose para dejar la bolsa junto a Rohan.

—Lo siento —replicó Colin con seriedad—, pero mi esposa me espera y también mi hija. Que la pase bien, señoritas —dijo antes de mirar a Rohan con una disculpa, pero lo cierto es que no tenía ganas de crearse problemas innecesarios.

Una vez que Rohan se quedó solo agarró el Stetson y se apartó de Zaina. Murmuró un `hasta luego´ para la amiga de su vecina y se dispuso a abandonar el bar. No quería problemas, ni tenía paciencia. El resto de la noche tendría que consultar a su abogado y organizar el contrato para Colin para tenerlo listo lo antes posible. El alivio que experimentaba no tenía parangón. A veces por

ser obcecado podía perder la perspectiva. Si hubiera pensado desde un inicio en su mejor amigo como asociado, tal vez habría ganado tiempo anticipando otros asuntos. No era momento de lamentarse, sino de avanzar, así que tenía trabajo.

—Eh, ¿dónde vas? Acabamos de llegar, y además aprovecho para darte una excelente noticia —dijo con un ronroneo—. Mis padres revisaron nuevamente, gracias a mi persuasión, las condiciones para la asociación que propusiste. Bajarán los porcentajes de ganancia para ellos a cambio de que pongas nuestro logotipo en todos los productos que desarrolle Mountain Queen para el mercado, al menos durante el tiempo que tenga vigencia el contrato.

El sitio en el que se hallaban no era el más idóneo para hablar de negocios. Sin embargo, la situación le ahorra tener que pactar una cita y comunicarle que ya había encontrado en Colin al socio que buscaba. Además, un plus era que evitaba la incómoda situación de bloquear las insinuaciones de seducción de Zaina. Él era un hombre de sangre caliente, y conocía el cuerpo desnudo de esa mujer, que sí resultaba una tentación, pero no estaba interesado en recorrer lo que ya había experimentado.

—Gracias por haberte tomado el tiempo, Zaina, pero Colin estará trabajando conmigo en calidad de socio para varios de mis proyectos, en especial el que tiene que ver con la compra de Angus. Agradécele también a tus padres. Creo que será lo mejor si mantenemos la distancia en temas de negocios.

Ella lo miró con sorpresa, y después torció ligeramente los labios.

—Eso no estaba en mis planes —murmuró—. Vine a buscarte con una gran noticia, y a cambio obtengo una decepción —dijo con un puchero.

Él enarcó una ceja, confuso.

—No sé a qué te refieres. En todo caso ya tengo que irme.

La sonrisa complaciente y la mirada coqueta desaparecieron de Zaina. Lo que había ahora era una expresión de rabia. Como si, súbitamente, las nubes se hubiesen cernido sobre un prometedor amanecer.

Zaina lo agarró de brazo para detenerlo.

—Hay algo más que quizá estarás interesado en saber —lo soltó con deliberada lentitud—, pero si estás tan apurado, entonces tal vez te lo cuente otro día.

—Los acertijos y las intrigas no tienen cabida conmigo. Lo sabes a la perfección. Si quieres contarme algo, me lo dices a la cara. Y si prefieres jugar a las adivinanzas, entonces te has equivocado, otra vez, de hombre.

—Rohan —insistió ella, haciéndose escuchar sobre la música—, ¿me vas a acompañar a la gala de cristal?

Él recordó la conversación con Colin. «Contactos laborales.» Eso y nada más era lo que necesitaba por el bien, a futuro, de Mountain Queen. No podía convertirse en un esclavo del trabajo y creer que forjar nuevos vínculos no era necesario, a pesar de que prefería su tiempo en soledad más que nada en el mundo. Odiaba darle la razón, pero lo cierto era que el criterio de Zaina y el de su mejor amigo coincidían porque eran coherentes. Conocer otros empresarios de las demás ciudades de Montana sería beneficioso para su rancho, necesitase o no dinero en esos momentos.

—Iré contigo, pero será estrictamente por negocios —acordó.

—Negocios —repitió ella con suavidad—. Claro que sí. Ahora, quita esa expresión tan seria del rostro. Tú y yo iremos juntos a una bonita reunión que servirá para tus propósitos como empresario de campo. Así que, ¿te parece si te quedas un rato más conmigo? —estiró la mano para acariciar la barba suave y recortada a la perfección de Rohan—. Es viernes por la noche, y mi amiga podría ayudarnos a relajar —sugirió mirando a Mara, para luego fijar la atención nuevamente en el rancho.

Rohan le agarró la muñeca para alejarla de su rostro, y la miró un largo rato con intensidad. ¿Estaba tratando de insinuarle que hicieran un trío? Sabía que era aventurera en la cama, pero a él no le gustaba la idea de compartir el sexo ni con voyeurs ni con más de una compañera de sábanas.

—Tengo otros compromisos esta noche con los cuales de seguro voy a relajarme más que si me quedo pasando aquí más tiempo —dijo sin importarle sonar descortés o grosero—. Mañana en la noche iré a recogerte. Por favor, no me hagas esperar que no es una cita, y fijarme en tu apariencia me interesa tanto como una Coca-Cola helada en pleno invierno.

—No necesitas ser déspota —rezongó cruzándose de brazos—. En la cama sueles ser más considerado que fuera de ella.

Él soltó una carcajada, porque se consideraba un hombre que respetaba a las mujeres, sin importar si compartían una noche de sexo o varias a su lado. Pero dado que Zaina era muy controladora, lo más probable es que hubiese esperado un trato peculiarmente dedicado o especial. No iba a suceder.

—Solo intento ser claro porque, tal como te comenté, ir a la Gala de Cristal es solo un asunto de negocios. Prefiero dejar el mensaje claro, porque lo último que deseo es arruinar la buena relación que mantengo con tus padres, y hasta ahora también contigo. Hasta pronto —dijo finalmente antes de

entremezclarse con la gente, y sin darle tiempo a Zaina de replicar.

Quizá era el cansancio, pero Rohan creyó sentir pequeñas dagas contra su espalda a medida que se acercaba a la puerta de salida. No se volteó, y continuó su camino. Cuando subió a su camioneta, encendió la radio a todo volumen en una estación de rock para tratar de deshacerse de la extraña sensación de que ese encuentro con Zaina tenía más implicaciones que un mero flirteo.

CAPÍTULO 10

Durante toda la semana había logrado con éxito ignorar las llamadas de sus padres, y pretendía mantener ese récord el mayor tiempo posible. No tenía ganas de involucrarse en una pelea cuando solo necesitaba paz mental, incluso se saltó la cena de Acción de Gracias. Joaquín, su paciente hermano mayor, le comentó por teléfono que Jules había estado insoportable, y Alex mantenía silencio ante las quejas de su esposa, aunque al final ambos se mostraron resignados a perder la casa y el rancho, y muy interesados en buscar un apartamento lujoso para pasar el resto de sus días. Mitsy no sabía si sentirse aliviada o preocupada. Incluso Hazel dejó de asistir a la cena, lo cual era un claro indicativo de que también había tenido suficiente de los dramas maternos. Después de escuchar la sugerencia de Hazel, Mitsy aceptó la idea de rentar un apartamento a quince minutos del centro de Bozeman. Le gustaba el servicio de un hotel, ¿a quién no?, pero también disfrutaba de la privacidad que solo brindaba un espacio que no era regularmente invadido por otro ser humano.

Después de instalarse en el nuevo apartamento, que gracias al cielo estaba amoblado, finalmente había empezado a escribir. Tal vez era un milagro del invierno o quizá tenía que agradecerle al whiskey que se tomó la noche anterior, antes de sentarse frente al ordenador, pero ya no contemplaba una página en blanco al abrir el documento de Word. Un verdadero avance, sí, señores.

—No creo en las coincidencias, así que debe ser que estamos destinados — dijo una voz que Mitsy no reconoció.

Ella estaba deambulando por los pasillos de Whole Foods porque esa noche tenía la intención de hornear una lasaña, y era el único plato que le salía bastante bien. Sabía que Bozeman era una ciudad de pocos habitantes, comparada con las metrópolis más conocidas de Estados Unidos, y debería dejar de sorprenderle el hecho de que pudiera toparse con personas de su pasado o su presente, tal como era el caso del hombre de ojos color chocolate que había conocido en la pista de baile semanas atrás y que estaba observándola con una sonrisa.

—Hola... —murmuró con cara de póker girándose. No recordaba el nombre de la persona que tenía ante ella, pero sí recordaba su rostro. ¿Cómo

no hacerlo cuando la había besado con la promesa de una noche de sexo tórrido que había terminado con ella, convaleciente, en la cama de otro?

—Soy Terrence McNeill. —Llevaba un gorrito para la nieve en tono azul marino que destacaba sus marcadas facciones angulares. La camisa blanca, bajo la chaqueta gruesa, lo hacían parecer más corpulento, pero no menos atractivo—. Nos conocimos hace unas semanas, en una pista de baile. Íbamos a conocernos más en profundidad, pero hubo un cambio de planes —comentó con humor.

—Claro, hola, Terrence. Fue un evento peculiar el que me mantuvo apartada del camino que se dirigía al sitio que acordamos —dijo, nerviosa.

Él sonrió de forma encantadora.

—Me dejaste plantado la otra noche, y muy pocas mujeres lo hacen —comentó riéndose—. Encontrarte aquí tal vez sea la oportunidad perfecta para que me digas qué hice mal y poder enmendarlo.

Ella esbozó una sonrisa.

—En realidad, no hiciste nada equivocado. Fui yo quien tuvo un pequeño inconveniente con el automóvil. Si hubiésemos intercambiado números de teléfono quizá habría podido llamarte, pero tampoco llevaba el cargador conmigo. —Él esbozó una sonrisa que dejaba entrever una perfecta dentadura—. Así que, nada personal. Un ligero accidente en los planes a seguir —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Cómo has estado?

—Ahora que te veo, pues mucho mejor. ¿Tienes planes para hoy? —le preguntó. No quería dejar escapar la posibilidad de probar algo más que los besos que habían compartido semanas atrás.

—Mmm, algo así —dijo dubitativa. Mitsy contempló el carrito de la compra con todos los ingredientes que había elegido hasta el momento para su cena.

—¿Una cena para dos? —preguntó Terrence siguiendo la mirada de Mitsy, y notando que había suficiente comida para más de una persona en el carrito. No iba a asumir que durante ese tiempo ella no había encontrado a alguien más, así que más le valía preguntar con sutileza. Sabía cuándo podía insistir y cuándo retirarse.

—Solo algo para mí... —replicó, y notó cuán decepcionante resultaba su vida social, tan carente de aventuras. Tal vez, como él le acababa de decir, esta era la oportunidad ideal para intentarlo de nuevo. La ligera chispa continuaba vibrando entre ambos, y no era una mala idea explorarla—. Si te preguntas si estoy saliendo con alguien, lo cierto es que no. Jamás te hubiera

besado en la discoteca de haber tenido una pareja. No soy esa clase de persona.

La miró con interés.

—Me gustaría conocerte más, Mitsy, y creo que un Whole Foods —miró alrededor—, no es el escenario más idóneo. —Ella se rio—. ¿Crees que puedas cambiar la cena que piensas preparar por un traje de gala para bailar conmigo esta noche? Quiero empezar el mes de diciembre con optimismo, y creo que tú serás mi amuleto de buena suerte.

Mitsy dejó escapar una risa. Flirtear con él le parecía fácil y entretenido. Estaba segura de que, si aceptaba salir esa ocasión, no iba a decepcionarse. Le gustaba Terrence, porque resultaba sutil y directo al mismo tiempo. Además, si mal no recordaba, sus besos eran fantásticos.

Solo necesitaba un poco más de tiempo antes de volver a Mountain Queen, esta vez sin accidentarse por el camino, y decirle la verdad que le debía a Rohan. La sola idea de verlo de nuevo, saber que recibiría una retahíla de palabras hirientes, le causaba un profundo dolor. Quizá estaba anticipándose demasiado a las reacciones de Rohan, pero si consideraba su indiferencia, en especial después de que ella lo hubiese encontrado en la cocina cómodamente con Zaina, entonces no era tan descabellado su intento de procurar dilatar el tiempo para tomar la fuerza necesaria a ir a verlo. «Una noche más evadiendo la realidad no podía hacerle daño.»

—Esta vez será necesario que tengas mi número de teléfono —dijo Mitsy aceptando la cita. Él apuntó los datos y le envió un texto—. ¿En dónde nos encontramos?

—Imposible que creas que una mujer que sale en una cita conmigo tenga que encontrarme en un lugar. Yo te pasaré a recoger. Además, me ofende que lo hayas pensado —dijo Terrence poniéndose la mano en el lado del corazón de forma teatral y cómica—, pero ya tendremos toda la noche para conocernos mejor.

—Solo no me gusta asumir... —murmuró Mitsy.

—Bueno saberlo —replicó él, antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Después continuó su camino entre los pasillos del supermercado. Mitsy meneó la cabeza, sorprendida por el gesto, mientras se acercaba a la caja para pagar. Una vez más, Terrence incrementaba la opinión que tenía sobre él. Un caballero en tiempos modernos. Sin embargo, su cuerpo no reaccionaba de la misma forma visceral que con cierta persona que la atormentaba en el silencio de los recuerdos sin saberlo.

Con una sensación de optimismo le entregó la tarjeta de crédito a la cajera. Estaba segura de que sería una noche memorable.

Rohan era consciente de las murmuraciones discretas alrededor, mientras Zaina paseaba a su lado saludando a diferentes personas, tanto empresarios como políticos. No pudo dejar de preguntarse cuántos de los hombres del salón habrían probado lo que su acompañante ofrecía en la cama. Ni un atisbo de celos estaba incluido en ese pensamiento. Con un vestido rojo ajustado y un escote amplio en la espalda, Zaina lucía como una modelo sacada de una fantasía masculina. No la de él, no. Rohan solo trataba de buscar con la mirada en dónde demonios estaban Colin y Jéssica. Esa era su vía de escape de la mujer que sonreía con placer a todo el que se acercase.

—¿No estás disfrutando la velada? —le preguntó Zaina acariciándole el brazo—. Te he presentado algunos políticos importantes y con mucho futuro en Washington, y apenas has intercambiado algunas palabras con ellos.

Él la contempló mientras caminaban entre los invitados que exudaban dinero por todos los costados. La Gala de Cristal era la ocasión más concurrida en el Estado, y la fastuosa decoración era impresionante. Cada año utilizaban un tema específico, el de esta noche era Desayuno en Tiffany's. No era preciso vestirse acorde al motivo decorativo, pero muchas parejas habían optado por mezclarse con idea de la película protagonizada por Audrey Hepburn.

—Ninguno de ellos mostró sincero interés en el área agrícola y ganadera, Zaina, así que preferí que los deleitaras con su conversación —replicó sonriéndole—. Tal vez más adelante alguien quiera charlar sobre otra cosa distinta a las aspiraciones políticas. De entre todos esos amigos que tienes, ¿alguno maneja aspectos tecnológicos?

Ella lo pensó unos instantes, y su mirada se iluminó de repente cuando pareció reconocer a alguien por sobre el hombro de Rohan.

—Sí, claro, justo acaba de llegar —dijo Zaina enlazando el brazo al de Rohan—. Vamos, te lo voy a presentar. Es un tipo estupendo. Cuando viajé a Suiza para pasar un verano, lo conocí. Sus padres poseen escuelas de idiomas alrededor del mundo y han sido embajadores de Estados Unidos en Sudáfrica. Estoy convencida de que será el contacto perfecto para ti. Él es una persona con mucha influencia, y lo que de seguro va a agradarte más es que no tiene poses. Resulta sencillo hablarle.

Rohan pensaba disfrutar el tiempo que permanecería en esa fiesta, y si el amigo del que Zaina hablaba parecía un buen tipo, ¿quién era él para ponerse en plan cínico? Por otra parte, él también le había presentado a Zaina personas que podrían ayudarla en los proyectos de Sherbert Royal. Una ayuda mutua. ¿Quién lo habría pensado?

—Seguro, gracias —replicó sonriéndole.

—Te ves guapo cuando sonríes, Rohan, deberías hacerlo más seguido —le dijo haciéndole un guiño, pero no se detuvo demasiado en el comentario y lo agarró de la mano para continuar el camino en medio del amplísimo salón de pisos de mármol.

—Lo mismo digo de ti —replicó él un poco a la defensiva, pues no estaba habituado a disfrutar los cumplidos. Él reconocía a una mujer bonita cuando la tenía enfrente, y eso no implicaba que le interesase en un plano íntimo—. El vestido te queda muy bien —agregó. Su madre le había enseñado que un hombre no debía dejar de halagar a una mujer cuando esta lo merecía.

Decir que ella no estaba haciendo honor al plan original de presentarle a conocidos que podrían vincularse a nivel de negocios más adelante sería mentir. Él reconocía que Zaina podía ser una persona agradable y cálida cuando se lo proponía, como ahora. Así que se sentía relajado en su compañía.

—Muchas gracias —dijo ella sonriéndole.

Avanzaron hasta que un hombre alto y de cabello oscuro reconoció a Zaina. La música estaba alta, pero no demasiado como para impedir el entablar una conversación sin tener que gritarse el uno al otro. Incluso esos pequeños detalles eran considerados en una fiesta de un perfil tan alto como lo era la Gala de Cristal.

—¡La chica más guapa de Suiza en Bozeman! —dijo el hombre, y la aludida soltó una carcajada natural—. Me encanta saber que los años solo han conseguido mejorar tu aspecto, Zaina.

—Tan adulator como siempre. Qué bueno que hayas venido, en realidad cuando Antoniette me comentó que estabas de paso por la ciudad justo para la gala no podía creerlo. Es genial verte.

—Una invitación como esta no puedo perdérmela, en especial si tengo tan buenos amigos en el comité organizador —dijo él.

Zaina sonrió a su acompañante de esa noche.

—Rohan, quiero presentarte a Terrence McNeill, un experto en manejo de seguridad digital que además desarrolla softwares por pedido para diferentes negocios.

—Terrence, Rohan Carter es un amigo de hace muchísimos años, y desde hace seis posee Mountain Queen, uno de los ranchos con más proyección de crecimiento, pero no olvidemos a mi querida propiedad Sherbert Royal que no se queda atrás —dijo con tono suave, y los dos hombres sonrieron—. No sé por qué no se conocían, pero qué bueno que ahora pueden hacerlo.

Los dos hombres se estrecharon las manos, y pronto empezaron una animada charla sobre el mercado, la bolsa de valores, incluso el cambio climático. Zaina intervino también en la conversación, pero pronto notó que se le había quedado una pregunta en el tintero. El amigo que había conocido en Suiza no era mujeriego, pero tampoco le faltaba una chica del brazo cuando estaba en una fiesta, en especial una como la que celebraban esa noche.

—Rohan es mi acompañante esta noche, ¿tienes pareja, Terrence? —preguntó mientras movía ligeramente la cabeza al ritmo de la música de U2.

—Tuvo un ligero desperfecto en su vestido y fue al lavabo —dijo encogiéndose de hombros—. Imagino que pronto estará aquí. Una chica encantadora, la verdad, y tuve la suerte de que aceptara salir conmigo.

—Ah, esos ligeros desperfectos previos a las fiestas y que te hacen llegar un poco tarde —bromeó Rohan.

Antes de que Terrence pudiera argumentar si era verdad o no lo que el otro hombre estaba asumiendo, llegó Mitsy envuelta en un vaporoso y sensual vestido azul que dejaba entrever sinuosas curvas. Se inclinó para besarla en la mejilla, mirándola con una sonrisa, que ella devolvió, y le rodeó la cintura para acercarla más a su lado.

Cuando Mitsy, después de la titánica caminata para lograr abrirse espacio entre el mar de gente, finalmente posó la mirada en las dos personas que estaban frente a Terrence, estuvo cerca de sufrir una apoplejía. ¿Qué demonios?, se preguntó observando con incredulidad a Rohan y Zaina juntos. Hasta donde tenía conocimiento su exnovio no tenía en sus venas inclinación por las fiestas con multitud aún si eso implicaba rodearse con personas de alto perfil en la ciudad. No se le pasó por la cabeza que ese par estuviese en la Gala de Cristal, mucho menos juntos.

—Permítanme presentarles a Mitsy —dijo Terrence ajeno a la tensión que súbitamente se condensó en el aire.

—No hacen falta las presentaciones —dijo Rohan con un tono duro y mirando a Mitsy. Ignoraba cómo estaba manteniendo la calma en esos instantes. Una vez había tenido la desgracia de verla de lejos casarse con otro hombre. No pensaba pasar por la misma situación, aunque en esta oportunidad

ya no sintiera nada por ella—. Nos conocemos, y muy bien, ¿verdad? —preguntó sin dejar en duda a qué se refería.

Terrence frunció el ceño, confuso.

—Será mejor que nos vayamos —murmuró Mitsy a su acompañante y apartando la mirada de la pareja que parecían salidos de una revista del jet-set hollywoodense. No alcanzaba a definir la opresión que sentía en la garganta y las súbitas ganas de salir corriendo de ese atestado salón.

—Oh, bueno, esta es una ciudad pequeña —intervino Zaina colocando una mano sobre el pecho de Rohan de forma posesiva y mirando con una sonrisa triunfante a Mitsy—, y claro que la conocemos. Ella es la hija de unos rancheros caídos en desgracia —hizo un puchero—, nos enteramos hace poco que el banco va a quitarles la mansión por falta de pago. Una penosa situación —continuó con hipocresía—. En todo caso, Terrence y tú hacen buena pareja, eso sí, procura que tu vestido no vuelva a sufrir más desperfectos —dijo con malicia. Al sentir cómo Rohan se tensaba a su lado, la sonrisa que había empezado a esbozar se ensanchó.

—Que se diviertan —murmuró ella con un aplomo que no sentía. Miró a Terrence con una expresión de súplica silenciosa—: ¿Bailamos? —le preguntó en un susurro que solo él escuchó.

—Por supuesto —le respondió antes de despedirse con una ligera inclinación de cabeza hacia la otra pareja. Después tomó la mano de Mitsy y la guio a través del salón para dejarse llevar por la música, muy ajeno a cómo la expresión asesina de Rohan lo perseguía.

Aunque su cuerpo se movía al ritmo de la música sin perder el paso de Terrence, sus pensamientos estaban en el otro lado del salón. Tenía el consuelo de que la concurrida asistencia de invitados hacía imposible que pudiese ver a Rohan con facilidad, pero eso no disminuía la certeza de que —lejos o cerca— estaban compartiendo el mismo espacio físico. Tal vez lo único que podía rescatar de su vida con Seth era que había aprendido a disimular sus emociones cuando estaban en público. Una lección que ahora le era útil, aunque no se sentía orgullosa de que fuese una de las pocas cosas rescatables de su fallido matrimonio.

—¿Te gustaría hablar al respecto? —le preguntó Torrence de repente.

Ella lo miró a los ojos. Incluyó la cabeza hacia un lado.

—No sé a qué te refieres...

—Rohan Carter, y la forma en que parecía querer asesinarme con la mirada

cuando te tomé de la mano para bailar. ¿Hay alguna historia detrás que quisieras compartir? Además de buen bailarín también soy estupendo escuchando.

Mitsy se rio.

—Siempre la hay —soltó un suspiro quedo—, y no suelen ser alegres. —Él giró con suavidad y ella siguió el ritmo sin problema—. Estuvimos juntos hace años, y planeamos muchas cosas —tragó en seco—, pero recibí una noticia inesperada. Preferí romper la relación para dejarlo libre sin contarle el verdadero motivo. Consideré que era lo mejor en ese momento. Él me odia supongo —se encogió de hombros con suavidad—, y no puedo culparlo.

—¿Tan grave?

—Después de romper con él, a los dos meses me casé con otra persona. Y antes de que te anticipes a pensarlo, no lo engañé. Conocí a mi exesposo al poco tiempo de que mi relación con Rohan hubiese acabado.

—Ouch —dijo Terrence—. Supongo que esa es la síntesis de tu historia.

—Si continúas aquí imagino que no me consideras una mala influencia —dijo tratando de poner un poco de humor.

—Entonces, Rohan y tú, todavía tienen un asunto pendiente. ¿Es así?

—No sabría decirte... —murmuró consciente de que la pregunta iba formulada con la intención de conocer qué escenario estaba pisando él si acaso quería que esa fuera la primera cita y con intención de que llegase una segunda—. En todo caso, Terrence, ¿por qué no disfrutamos de la fiesta y así me animas a continuar sonriendo con tu buena compañía?

Él se detuvo y le tomó la mejilla con la palma de la mano. Ella lo miró, expectante por el súbito gesto.

—Antes quiero saber algo en particular. —Mitsy enarcó una ceja—. ¿Te has preguntado si él todavía tiene sentimientos hacia ti?

—¿Aparte de odio? —preguntó con una risa triste.

Ella no sabía en qué momento ese hombre, con potencial para tener más de tres citas y explorar de nuevo el campo de las relaciones románticas, parecía haberse transformado en coach emocional. «Qué suerte la mía.»

La banda dejó de tocar y dio paso al DJ. El servicio de catering que había sido contratado no se olvidó de ningún detalle gastronómico. Los platos eran variados, un abanico de opciones que iban desde la comida tailandesa, francesa y mediterránea hasta la griega y española. Los organizadores no escatimaron dinero para complacer a todos los que estaban esa noche reunidos.

—La idea de saber que tu pasado sentimental tiene asuntos sin resolver es un factor que me hace dudar de tu disponibilidad en todo sentido.

—Tendrás que arriesgarte a averiguarlo, Terrence, ¿no te parece?

Él sonrió abiertamente. Le gustaba Mitsy, pero si no tenía sus asuntos resueltos con otro hombre, entonces lo mejor sería dejarla ir hasta que las piezas encajasen del mejor modo en el rompecabezas de su vida.

—Voy a darnos a ambos una respuesta que no estábamos buscando. — Terrence miró por sobre el hombro de Mitsy con lentitud y luego volvió a fijar su atención en la mujer que tenía ante él—. Tienes pocos segundos para responderme si te interesa saber si Rohan continúa sintiendo algo por ti. No me refiero al odio del que hablaste, porque son pocas las personas capaces de experimentar algo tan visceral y mantenerlo por demasiados años.

Mitsy se rio porque Terrence estaba preguntándole un disparate.

—No sé qué tiene que ver que...

—Sí o no, Mitsy. Se agota el tiempo. —«¿Qué más me da?», se preguntó ella, y decidió seguirle el juego. Tan solo asintió, porque era lo más sincero que podía ser en ese instante—. Espero esto resuelva tu duda —dijo en un murmullo antes de inclinarse para atrapar la suave boca de Mitsy en un beso lento y provocativo.

Lo que ocurrió a continuación pareció ir en cámara lenta. Un brazo fuerte apartó con firmeza a Terrence, y luego Mitsy se encontró caminando en medio del amplísimo salón con la mano atrapada en la de Rohan. Desconcertada miró hacia atrás, y su cita de esa noche solo le hizo un guiño y se encogió de hombros.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó tratando, sin éxito, de zafarse del agarre masculino—. Suéltame maldita sea. Viniste con Zaina, no sé qué rayos tienes que hacer entrometiéndote en mi cita de hoy.

Pasaron por el área de reclamo de los abrigos, para después ir hacia las puertas francesas que marcaban la salida del evento. El proceso tomó poco tiempo, porque eran los únicos que estaban abandonando la gala antes de la medianoche. Él no perdió el paso ni volvió a dejar libre la mano de Mitsy en el trayecto.

—Intenta no contradecirme, porque estoy a punto de cometer una estupidez —dijo entre dientes.

—Me estás secuestrando, idiota, esa es una estupidez *per se* —replicó dándose por vencida porque no iba a poder con la fuerza de Rohan—. Que me hayas ayudado la última vez no te da derecho a arruinarme la noche como lo

acabas de hacer.

Él pretendió no escuchar las protestas y continuó caminando como si estuviese en una misión sin retorno. Quizá lo estaba. El recordatorio de que Mitsy podía evaporarse de un momento a otro, y dejarlo nuevamente sin las respuestas que necesitaba para su paz mental lo instaba a tomar acciones. Lo más importante que acababa de descubrir esa noche era que la idea de que Mitsy se alejara para siempre, por segunda ocasión, le causaba un palpito doloroso en el pecho. No tenía cómo explicarlo, y resultaba frustrante.

CAPÍTULO 11

En el instante que vio a Mitsy caminando hacia la pista de baile con el tal Terrence, Rohan supo que tenía que aclarar su cabeza de una buena vez. Llevaba demasiados días sin dormir apropiadamente, exhausto no solo por la jornada de trabajo ni por los ejercicios agresivos en el gimnasio, sino más bien debido a las constantes interrogantes que su subconsciente trataba de descifrar sobre su pasado, sin éxito. Por más que trataba de olvidarse de ella, le resultaba imposible, menos después de haberla tenido entre sus brazos tanto tiempo noches atrás.

Verla de nuevo al parecer había sido la llave de su Caja de Pandora personal, porque sus inseguridades y resentimientos estaban a flor de piel, y al mismo tiempo su compulsiva necesidad de tomarla en brazos y besarla hasta que ninguno de los dos fuese capaz de recobrar el aliento. Pero la realidad no funcionaba de esa manera, y si deseaba que la adhesión de Colin como su socio en Mountain Queen funcionase como esperaba, entonces era preciso quitar de su mente la única distracción capaz de arruinarlo todo... de nuevo.

—Estás muy callado —dijo Zaina mirándolo con curiosidad, mientras se movían en la pista de baile—. Te he estado hablando y has sido incapaz de responder a mi pregunta, Rohan.

—Tal vez bailar no sea mi mejor modo de pasar la noche.

—¿Tienes alguna sugerencia? —le preguntó con dulzura.

Él se rio.

—Zaina, no me veas como un reto, porque no lo soy. Más allá de los negocios, tú y yo no tenemos nada en común.

—Tal vez te equivocas... —dijo en tono críptico.

—¿Otra vez con acertijos? —preguntó chasqueando la lengua—. Yo creía que ya habíamos pasado esa etapa.

Ella se encogió de hombros con una expresión de inocencia en su rostro, y volvió a mantener silencio. No duró demasiado.

—Hey, Rohan, ¿no es ese el padre de Mitsy? —preguntó inclinándose ligeramente la cabeza hacia el área en el que se servían los licores. Él se movió hasta colocarse en una posición que le permitía corroborar lo que ella estaba comentando—. Entonces los rumores que corren son ciertos, además de la banca rota, claro.

—No creo que esparcir esa información sea de tu incumbencia, Zaina.

—Bah, todo el mundo lo sabe tras bastidores. ¿Ves la mujer con la que Alex Hammonds ha venido hoy? Pues es su amante, y como Jules está enferma, el cretino aprovecha para divertirse. Vamos, incluso a mí me parece de mal gusto. La pobre señora Hammonds tiene cáncer de mama, y recibe tratamiento de quimioterapia.

Rohan no tenía idea de cómo Zaina contaba con tiempo suficiente para manejar Sherbert Royal y también para enterarse de la vida social de Bozeman. Parecía estar desperdiciando su talento como investigadora periodística en revistas del corazón.

—Ignoraba que estaba enferma —dijo en tono quedo. Jules jamás mostrado simpatía hacia él, o hacia su propia hija si era honesto, pero saber que otro ser humano estaba enfermo le causaba pesar—. Ojalá se mejore.

—A su marido parece no importarle, y a pesar de que es un secreto a voces, estoy segura de que ninguno de sus hijos ha visto a Alex con su amante.

Eso lo hizo reaccionar. Buscó con la mirada, entre todo el mar de gente, a Mitsy. Él era más alto que la media en la fiesta y no le fue difícil localizar el punto en el que se hallaba. Apretó la mandíbula cuando notó lo cerca que estaba Terrence del rostro femenino. ¿Qué carajos?

Si algo recordaba a la perfección, y quizá no porque Mitsy lo hubiese verbalizado, eran los desencuentros con sus progenitores. Él nunca había prestado demasiada atención, pero la evidencia era muy clara. Los días más serenos de ella solían ser cuando creía que Alex o Jules apreciaban sus intereses profesionales o algún proyecto que quisiera emprender. Sin embargo, continuaban siendo sus padres y, si no se equivocaba, Mitsy era característicamente rebelde e impulsiva; si veía a Alex en esa fiesta con una mujer del brazo que no fuese Jules, Rohan estaba seguro de que se acercaría para encararlo y sin importarle convertirse en el centro de la tormenta de habladurías —al menos durante varios días— en Bozeman. Y con todos esos políticos y empresarios presentes sería una mala movida.

—Zaina, lo mejor será que vuelvas a casa sola —dijo cuando tuvo claro que, resentimientos del pasado aparte, no podía permitir que Mitsy pasara un trago amargo o causara una escena de la que luego podría arrepentirse si llegaba a repercutir en lo que sea que estuviese haciendo con su vida—. Te acompaño a pedir un taxi.

Ella se detuvo en seco.

—¿Por qué haría semejante tontería? Si quisiera abandonar la fiesta lo

habría hecho hace rato contigo o sin ti. No voy a detenerte si quieres marcharte, porque no eres el único hombre en esta velada con el que puedo divertirme.

—Sírvelo a ti misma, entonces —dijo sin emoción—. Fue una buena idea venir para conocer qué hay de nuevo en la mente de los empresarios del Estado, pero mi tiempo para socializar ha terminado.

Zaina lo observó con sagacidad.

—No tiene nada que ver con ser sociable o no. Se trata de ella, ¿verdad? —preguntó, y no tenía que aclarar a quién se refería—. Desde que la viste no has parado de intentar buscarla con la mirada. Está con otro, Rohan, y créeme, si Terrence McNeill tiene la intención de conquistarla lo va a hacer. Es un hombre de mundo y se mueve en círculos que a Mitsy podrían interesarle de verdad, ¿no se casó con un abogado de San Francisco precisamente por la reputación que tenía y las puertas editoriales que le abrirían los contactos generados por ese matrimonio?

Ah, la daga justo en la herida que jamás había cerrado. Es que Zaina sabía muy bien en dónde presionar los hilos no solo para conseguir una reacción, sino también para manipular y obtener lo que deseaba. En este caso, que Rohan desistiera de abandonarla recordando el pasado.

—Debiste trabajar como Pitonisa en tu vida pasada. Pero no, Zaina, no se trata de una persona, sino de lo que acabas de contarme y lo que implica. Quizá a ti te parezca un cotilleo más el dejar escapar ese tipo de información sobre la vida de otros, pero en ocasiones hay que tomar acciones para evitar un desastre.

—¿A qué te refieres...? —quiso saber, pero era demasiado tarde, porque Rohan se encaminaba con paso decidido hacia Mitsy quien conversaba muy quedamente, y demasiado cerca, de Terrence.

El otro hombre se percató de que Rohan empezaba a aproximarse y en su mirada se dejó entrever la inequívoca prepotencia masculina. Nada le hubiera gustado más a Rohan, en ese momento, que las personas alrededor dejaran de ser un engorro para así llegar pronto y evitar lo que parecía próximo a suceder.

«Maldición, me lleva el diablo», pensó creyendo verlo todo rojo en el momento en que Terrence se inclinó para besar a Mitsy de un modo sensual, y consiguió que él quisiera matar a ese idiota con sus propias manos. No sabía cómo estaba siendo capaz de controlarse. Quizá tenía que ver con los años de práctica reteniendo sus emociones ante otros, pero eso no impidió que, al

llegar hasta donde la pareja se encontraba, apartase con fuerza a Terrence de Mitsy. Él parecía haber sospechado que algo así iba a ocurrir, porque no puso resistencia y solo esbozó una sonrisita de suficiencia que Rohan quiso borrar de un puñetazo. Pero tenía algo más importante que hacer, y consistía en que procurar que Mitsy no viera a Alex con otra mujer.

Sin pensárselo demasiado la agarró con determinación de la mano, tratando de pasar por alto la sutil electricidad que le recorrió la piel al tocarla, con la intención de salir de esa estúpida gala.

Mitsy estaba enfadada y desconcertada. Rohan estaba comportándose como un neandertal. ¿Es que la era de las cavernas jamás abandonarían el comportamiento masculino en pleno siglo XXI? Además, ni siquiera debería importarle lo que ella hiciera con su vida. Estaba en esa fiesta con Zaina, ¡con Zaina de entre toda la población de zorras que sabía que siempre había querido acostarse con él! Y no, no estaba siendo injusta con el sexo femenino, lo decía con conocimiento de causa. Y también porque verlo esa noche, vestido de esmoquin, con esa expresión sensual y seria al mismo tiempo, había calado profundamente en ciertas partes de su anatomía que llevaban olvidadas por el tacto masculino mucho tiempo.

Cuando llegaron a la zona lateral, lejos de la puerta principal, el valet-parking del evento fue por las llaves de la Tacoma. En ese momento, Rohan la soltó.

Mitsy se cruzó de brazos y lo miró con furia, pero él tenía la atención en el horizonte y las manos en los bolsillos. Ella podía notar la tensión que emanaba, en especial por la forma en que Rohan apretaba la mandíbula y por cómo trataba de mantener un ritmo sosegado en la respiración en medio del frío de la noche.

Ella consideró regresar a la fiesta, pero ¿qué propósito tenía hacerlo si Terrence, probablemente, ya estaría entretenido con alguna otra persona? Y por cómo había salido de ese salón, lo último que le apetecía era regresar para recibir miradas de curiosidad del staff que recibía y despedía a los invitados en la puerta. Si es que no existía equipo más chismoso que el que trabajaba en eventos de alto perfil. Prefería que se olvidasen de que ella había pasado por esa Gala de Cristal.

Con el aire de la noche, las neuronas parecían estar procesando lo que había ocurrido en la pista de baile con su, ahora, fallida cita. Al fin podía entender porqué Terrence la había besado, pues ese beso fue el detonante para

darle la respuesta que ella deseaba saber sobre Rohan. Por otra parte, no quería sacar conclusiones. Lo que sí podía confirmar era que, por la forma en que su cuerpo vibraba al estar en cercanía de Rohan, era que la lujuria se erigía como el camino más angosto que podía llevar a la decepción, el dolor o el éxtasis. O quizá los tres al mismo tiempo.

—Quiero una explicación para este ridículo comportamiento tuyo. Deberías estar evitándome como la plaga. ¿Acaso no te traigo solo contrariedades?

Rohan murmuró algo por lo bajo que sonó más bien como el rugido contenido de un león mientras meditaba si devorar o no a su presa, sin importarle el escenario. Menos mal estaban en una jungla de concreto y no en una llena de naturaleza viva, caso contrario, lo más probable es que Mitsy estuviese gimiendo de placer y Rohan dejando ir sus instintos, reprimidos por esa mujer capaz de enloquecerlo, libres.

—Estoy tratando de que llegue la conciencia a tu cabeza —dijo él, sin mirarla—. No sé si te diste cuenta de que tu padre estaba en la sala.

Ella abrió y cerró la boca. ¿De qué estaba hablando?

—No... —murmuró de mala gana—. No lo noté. Él no viene a la Gala de Cristal desde hace tres años según me dijo Joaquín, y desde que mamá está enferma... No es que sea de interés público, pero lo está, se dedica a pasar más tiempo con ella.

Él dejó escapar una sonora exhalación.

—Te voy a ahorrar el suspenso —dijo girando el rostro hacia ella. Mitsy jamás podría cansarse de mirarlo; los ojos de un verde fascinante, sus facciones de ángel pecaminoso, y esa barba recortada con precisión, le robaban el aliento. ¿Por qué tenía que ser tan sensual? Odiaba el efecto visceral que causaba en su sistema—. Tu padre estaba con su amante, así que es mejor que lo sepas de una vez. No están en la banca rota por los caprichos de Jules, sino por los de Alex para complacer a la mujer con la que está acostándose. Y conociéndote, o al menos creo que lo hice alguna vez, lo más probable es que te hubieras acercado a encararlo. No creo que tus hermanos lo hubieran apreciado, en especial porque tienen una reputación que cuidar en los negocios.

Durante un largo rato, Mitsy se quedó en silencio tratando de procesar lo que acababa de dejarle saber Rohan. Sabía que él no era dado a mentir, ni tampoco tendría interés en hacerlo con ella. No sacaba nada poniendo sobre la palestra esa información. Lo cierto es que no esperaba un comportamiento ejemplar de sus progenitores, pero el hecho de que Alex la hubiera criticado

siempre con tanta vehemencia por sus elecciones de vida, y ahora él estuviese arrastrando por el fango el matrimonio del que tan orgulloso parecía haberse sentido toda la vida, le causaba náuseas. Intentó encontrar resentimiento o rabia hacia su padre en esos momentos, pero tan solo había indiferencia por lo que pudiera o no hacer con su vida o la de su madre. Y era triste cuando una hija llegaba hasta ese punto. ¿Quién podría culparla?

Quizá, por el hecho de que ya no esperaba nada de Alex y Jules, la sorprendía la noticia, pero no cambiaba en absoluto la tristeza que siempre estaría ligada a su relación con ellos. Junto a sus hermanos iban a darles un sitio en el cual vivir, si sus padres decidían echarlo todo por la borda —indistintamente de quién fuese el que halase la cuerda por el lado más fino— le daba igual. Era asunto de ellos. Dejarse envolver por el vaivén de sus volubles padres solo iban a causarle una desazón que no deseaba experimentar. Ya había tenido suficiente.

Dejó escapar un suspiro de resignación y se ajustó más el abrigo, como si este pudiese protegerla de algo más que solo el frío diciembre.

—Y eso lo sabes... ¿cómo? —preguntó sin apartar la mirada de la de Rohan. Tiempo atrás le había sido muy fácil leer lo que escondían esos ojos llenos de secretos, pasión e inteligencia, ahora, no. No sabía si sentirse triste o aliviada.

—Zaina me lo comentó hace un rato cuando vio a Alex a lo lejos—replicó. Ella sonrió de medio lado.

—Interesante que tú y Zaina hayan logrado encontrar un punto en el que las confianzas son parte del día a día —dijo apartándose en un intento de buscar a uno de los conductores de la compañía de taxis que estaban disponibles para los invitados. Rohan la detuvo al posar la mano en la cintura de Mitsy. Incluso con el grueso abrigo beige y el vestido que llevaba, el fuego pareció traspasar el material de las prendas con ese toque—. ¿Qué? —preguntó elevando el mentón con altivez.

—He cometido errores en la vida, y Zaina es uno de ellos. —Mitsy apartó la mirada, porque la admisión de Rohan dolía. ¿Acaso no lo hacían todas las verdades, y acaso no era también por eso que los seres humanos preferían disfrazarlas con palabras bonitas? Que se hubiera acostado con Zaina le parecía una daga difícil de remover del pecho, pero ella le había dado la libertad de hacer como quisiera cuando lo dejó para casarse con otro—. Pero ese no es mi mayor equivocación —dijo con vehemencia, mientras se inclinaba hacia ella hasta que las narices de ambos casi se topaban. La

respiración de los dos se volvió más rápida, y ni siquiera el frío de la noche fue capaz de aminorar el fuego que empezó a ir in-crescendo entre ambos.

—No me interesa conocer cuántas mujeres han pasado por tu cama, Rohan —mintió, porque, ¿quién, por más que doliese, no deseaba sucumbir a esa morbosa curiosidad? Era ridículo, pero no por eso falso—. A menos que quieras saber cuántos amantes he tenido yo —dijo echándose un farol.

Él sonrió con pesar. La tomó de la cintura, en esta ocasión con ambas manos, y ella no lo apartó.

—Mi mayor equivocación fue no haber impedido que te casaras con otro. Mi mayor error fue dejarte ir sin luchar y sin exigirte una explicación. Fui demasiado orgulloso para buscarte cuando tú decidiste terminar lo nuestro sin más. Solo quiero una respuesta para cerrar ese capítulo.

La idea de que él pudiese olvidarla, por más egoísta y ridículo que sonara, le escocía. Seis años parecían seis días sin él, y todavía con eso en mente, una eternidad.

—Rohan...

—No te he podido sacar de mi cabeza desde que volví a verte —dejó escapar una risa hueca—, quizá nunca lo he logrado. Y verte besar a ese imbécil esta noche, vestida para hacer a un hombre ponerse de rodillas, y con ese rostro de ángel que me ha perseguido desde que te fuiste de Montana, me llevó al límite de mi paciencia.

—No creo que tenga sentido alguno tu comentario, lo que te haya o no dicho Zaina no cambia nada. Además, viniste con ella, hay que estar esperándote o preguntándose en qué te hallas dejándola sola tanto tiempo. —Él echó la cabeza hacia atrás soltando una carcajada—. No entiendo el chiste.

—Me acosté con ella una vez. No, Mitsy, por favor, mírame. —Ella tragó en seco y volvió el rostro hacia Rohan. Él no le quitó las manos de la cintura en ningún momento y sus dedos se aferraban más a ella sin ser conscientes del movimiento—. No te lo estoy diciendo para lastimarte, porque sé que a estas alturas no sientes nada hacia mí, sino para dejar claro que ella fue una equivocación. Sé que Zaina jamás te agradó, y siempre tuviste razón cuando me decías que era una persona sin un ápice de candidez o consideración hacia otros que no tuviesen sus mismos frívolos intereses de negocios o sociales. —Mitsy se encogió de hombros—. Estar con ella fue un momento bajo de mi parte... En todo caso no tuvo importancia.

—No tienes que darme explicaciones. Yo decidí dejarte ir hace mucho tiempo, Rohan. Además, ya deberías volver con ella, te está esperando. Me

parece una descortesía, por más que se la merezca, que la dejes botada en la fiesta tan solo para decirme que mi padre tiene una amante.

—No estoy aquí contigo solo por eso, pero fue la excusa perfecta para acercarme y apartarte de Terrence. Lo de hoy fue solo un asunto de negocios con Zaina, al igual que la conversación que tuvimos la mañana en que nos encontraste en mi cocina charlando.

Mitsy se encogió de hombros. No iba a decirle que le gustaba lo que acababa de escuchar. Entonces era cierto que el rancho, tal como le dijo el ama de llaves, estaba sufriendo un par de reveses.

—Él y yo solo estábamos teniendo nuestra primera cita, que acabas de arruinar.

El valet-parking llegó con la Tacoma en ese momento.

—No puedo decir que me arrepienta —comentó con fiereza. Tomó una larga exhalación antes de hablar de nuevo, mientras contemplaba las facciones que permanecían grabadas a fuego en su cabeza—. Mitsy, ven conmigo a Mountain Queen —dijo tomándole el rostro entre las manos—. Habla conmigo sin que haya interrupciones de terceros esta vez.

—¿Por qué habría de hacer algo así? —susurró la pregunta, sorprendida por la petición que estaba haciéndole.

Ella había estado ensayando qué le diría o cómo le propondría que tuvieran una conversación. Era una cobarde, porque continuaba buscando excusas para aplazar más y más el día en que tendría que, de verdad, enfrentarse a su pasado en común. Y es que en ninguno de los escenarios hipotéticos que ella se había trazado, sobre las reacciones posibles de él cuando supiera la verdad, salía su corazón intacto. Mitsy sabía que Rohan podía llegar a ser cruel sin esfuerzo. O quizá era el hecho de que cualquier acto que proviniese de él, si ella estaba inmersa y porque lo seguía amando tanto, causaba estragos que Mitsy era incapaz de prever o detener.

—Tenemos una conversación pendiente... Me debes un par de respuestas.

El corazón de Mitsy empezó a palpitar con rapidez. Ella no se sentía preparada para hablar del pasado, ¿quién sí? Pero Rohan estaba tendiéndole una rama de olivo. No tomarla implicaría continuar dándole largas a un tema que, a medida que avanzara más el tiempo, solo conseguiría causar más dolor. Bajó la mirada y luego fijó su atención en el rostro que alguna vez también la amó.

—Lo sé —murmuró con la voz rota—. Solo prométeme algo, Rohan.

—No sé qué clase de promesa esperarías cuando soy yo quien merece las

respuestas después de todo este tiempo. —Al notar la inseguridad que se operó en Mitsy, Rohan cambió el tono duro por uno menos acusador—: De acuerdo, ¿qué es lo que quieres?

—Si después de escucharme sientes que no puedes verme a la cara o incluso me desprecias más que el día en que... en que me casé con Seth... Prométeme que no vas a juzgarme tan duramente. Las decisiones que tomé fueron las que consideré que eran las más justas en el momento en que las llevé a cabo.

Rohan cerró los ojos brevemente con fuerza.

—No es fácil lo que pides, Mitsy.

—¿Puedo contar con la promesa de que al menos lo intentarás? —preguntó.

Él apretó los labios, pero sabía que, si quería respuestas, también tenía que ceder.

—Cuenta con ello.

Mitsy experimentó una sensación de alivio. No era fácil lo que iba a contarle, porque implicaba reabrir su infierno personal. Revivir aquellos días siempre removía emociones que creía superadas.

—Renté un apartamento a varios minutos del centro, me sentiría mejor si no estoy rodeada de los recuerdos de Mountain Queen... —murmuró ella, antes de dictarle la dirección. Ya tenía suficientes fantasmas persiguiéndola como para necesitar rodearse de más esa noche.

Rohan tan solo asintió, y puso en marcha el motor.

CAPÍTULO 12

Rohan contempló a Mitsy mientras se adentraba en el pasillo que llevaba a la habitación de ella. Iba a quitarse el vestido para ponerse más cómoda, le había dicho. Así que él observó, hasta que el contoneo de la tela azul desapareció tras la puerta café oscuro, cómo la abertura de la espalda del vestido dejaba ver la cremosa piel. Abrió y cerró los dedos de las manos a los lados, porque la necesidad de tocarla empezaba a convertirse en un problema. El autocontrol se le daba bien para ciertas circunstancias, aunque ninguna de ellas había implicado tener a Mitsy tan cerca.

Aprovechó para quitarse la chaqueta y el corbatín. Los dejó sobre el brazo del sofá de cuero concho de vino. Paseó por la pequeña sala y contempló el surtido bar. Las botellas estaban sin abrir, así que tal vez el dueño de casa proveía ese tipo de detalles a sus inquilinos. Interesante. Le apetecía una copa, pero estaba conduciendo y no era irresponsable.

No tenía idea qué iba a obtener esa noche de su conversación con Mitsy, aunque se temía que cambiaría para siempre su forma de ver el pasado. Ignoraba si eso le hacía sentir mejor o peor, porque era muy sencillo anclarse en los resentimientos como justificación para actuar como una bala perdida en lo que a las relaciones interpersonales se refería.

Con las manos en los bolsillos del pantalón negro contempló lo que ofrecía el limpiísimo vidrio de la ventana de marco en tono caoba. Las luces de las casas de alrededor y el cielo oscuro era todo el paisaje disponible desde el sexto piso en el que se encontraba. La zona en la que vivía Mitsy al parecer empezaba a desarrollar nuevos proyectos arquitectónicos, más sofisticados, que contrastaban en gran parte con las tradicionales estructuras en Bozeman. Era interesante que el municipio de la ciudad hubiera concedido esos permisos de construcción.

Necesitaba distraer su mente de la estampa que llevaba grabada en la memoria de Mitsy en la gala. Ese vestido casi lo volvió loco. Que el tal Terrence la hubiese tocado y besado como si tuviese la exclusividad para hacerlo, le agriaron la noche. Si a eso le adhería la confesión de Zaina sobre la enfermedad de Jules, y la presencia de Alex en la fiesta con una amante, tenía un pack completo de sinsentidos.

Mitsy era de las pocas mujeres capaces de ser sensuales y hermosas, pero

no vanagloriarse al respecto. El maquillaje oscuro que había decidido utilizar resaltaba esos ojos verdes-azulados que solían cobrar un brillo fiero cuando estaba enfadada o cuando llegaba al éxtasis. Él no podía olvidarla, imposible. Había personas que marcaban tu vida de un modo indeleble, y otras que pasaban sin pena ni gloria. Mitsy lo había marcado a fuego en lo más profundo. Era una ninfa, una diosa y una bruja al mismo tiempo. ¿Cómo se determinaba si aquello representaba una bendición o una maldición para el hombre que posara sus ojos en ella?

—Rohan...

Él se apartó de la ventana. Con un pantalón holgado, un top rojo ajustado, el cabello suelto y sin una gota de maquillaje, ella lucía radiante, pero también vulnerable. Iba descalza por lo que podía notar el tono fucsia que decoraban las uñas de los pies. Absorbió esa imagen durante un rato y creyó retroceder hasta el momento en que él tenía treinta años, y ella veinticuatro.

—No tardaste mucho —comentó, mientras aceptaba el gesto de la mano de Mitsy que lo invitaba a que se acomodase en el sofá. Se sentó en la esquina y colocó el brazo sobre el respaldo, mientras el pie derecho lo puso sobre la rodilla izquierda. Era una pose relajada, pero también un poco a la defensiva —. ¿No vas a sentarte? —preguntó cuando ella no se movió del sitio en el que se encontraba.

Mitsy habría querido quedarse un rato más en su habitación o quizá no salir nunca, pero ya no existían excusas para continuar ignorando por más tiempo a la persona que estaba en la sala de su apartamento. Por eso se cambió de ropa lo más pronto posible, y se quitó el maquillaje con eficiencia.

Hablaría con Rohan sin un solo artífice que pudiese considerarse una máscara de defensa tras la cual escudarse. Si tenía que mostrarse vulnerable, entonces lo haría. Había perdido lo más valioso para ella, sin embargo, se temía la reacción de él cuando supiera hasta qué nivel le había ocultado una verdad que mereció saber tiempo atrás.

—Sí... —murmuró acomodándose en el asiento de enfrente para quedar cara a cara con Rohan. Apoyó los codos sobre las rodillas, inclinándose hacia adelante un poco, y lo miró—. ¿Te ofrezco algo de beber? —preguntó, nerviosa.

—Prefiero que me ofrezcas la verdad, Mitsy —dijo con tranquilidad, aunque el palpito de la vena del cuello expresaba todo lo contrario. Se le agotaba la paciencia, y también la capacidad de autocontrol. No lograba entender cómo, cuando él era la parte en ascuas desde hacía tanto tiempo,

experimentaba la insistente necesidad de acercarse a Mitsy y abrazarla. Tal vez lo había herido en el pasado, pero la mirada atormentaba que ella tenía en esos instantes le dejaba un mal sabor de boca. Se temía que lo que iba a escuchar resultaría más doloroso para Mitsy. Lo último que deseaba era verla angustiada, sin embargo, su necesidad de apartar el velo de duda para siempre era mucho más potente.

Ella asintió tragando en seco.

—No sé cómo empezar —murmuró mirándose los dedos de las manos—. Porque ninguna parte es sencilla —dijo con la vista en el rostro de Rohan. El tiempo transcurrido había dejado que él se transformase en un hombre más imponente. A veces las personas podían asemejarse a los vinos; con el paso del tiempo el valor, la apariencia y todo cuanto los definía se volvía mejor.

—Intenta contarme por qué rompiste conmigo el día en que regresé de mi viaje desde Colorado. La primera noticia que recibí el día en que llegué al apartamento que compartíamos fue que no querías continuar la relación, así sin más, y tu único argumento fue que no veías futuro para nosotros, cuando durante toda esa semana hablábamos por teléfono sobre los planes a largo plazo. Sin darme tiempo a procesar la situación, y sin brindarme una explicación valedera y coherente, me dijiste que ya habías empacado todas tus pertenencias. Me encontré con un apartamento medio vacío, y tan solo meses después estabas casándote con otro. —Se pasó los dedos entre los cabellos—. ¿Qué pasó en esos malditos siete días?

La calefacción estaba encendida, y sus pies reposaban en la mullida alfombra negra del suelo que rodeaba a sala, pero de todas formas Mitsy sentía frío.

—El día después de que te hubieras marchado —empezó ella con voz trémula— empecé a sentirme mal, pero sabía que estabas muy estresado por las gestiones que te había encomendado tu padre y yo no quería agobiarte. Ya sabías que siempre he tenido períodos menstruales con muchísimos dolores, así que en esta ocasión no creía que fuese algo de lo que inquietarse y creía que era parte del proceso normal de cada mes.

—Ningún empleo, ningún encargo habría sido más importante que saber que me necesitabas a tu lado...

Ella apartó la mirada para recobrar el aliento, porque la expresión de angustia y desolación que empezó a aparecer en el rostro de Rohan se igualaba a lo que experimentaba en esos momentos mientras le abría su infierno personal.

—Solo no quería... —se pasó la lengua por los labios, porque de pronto estaban resacos—. En todo caso, cuando me levanté durante la madrugada las sábanas estaban manchadas de sangre. —Rohan contuvo la respiración—. En un inicio creí que tal vez el período se me había adelantado, porque tenía un retraso de un par de semanas, lo cual tampoco es algo fuera de lo común en mi sistema.

—¿Por qué no me lo dijiste? Pudiste compartirlo conmigo, cualquier pequeña molestia... Pensé que confiabas en mí —replicó inclinándose hacia adelante y agachando la cabeza. Apretó los labios, y volvió la atención a Mitsy—. No sé cómo pudiste fingir durante esas llamadas que todo estaba bien.

Ella cerró los ojos brevemente, y no quería detener su relato porque de lo contrario no creía que fuese capaz de seguir hablando.

—No quería distraerte porque sabía que ese viaje tenía como propósito hablar con importantes contactos para tu padre y porque ibas a recibir un premio a nombre de él. Imagina haberte cargado con mi preocupación... —Él apretó los dedos en forma de puños y volvió a abrirlos, frustrado—. Yo... —carraspeó—. El dolor continuaba y decidí ir a la clínica. Era de madrugada, y llamar a Hilaria no era una opción, tampoco a Hazel, menos a Joaquín. Yo creía que podía arreglármelas sola.

—Tan típico en ti —dijo en un murmullo cargado de rabia por la falta de confianza, por lo que debió pasar ella, mientras él, en completa ignorancia, disfrutaba de fiestas y un vaivén de reuniones como representante de su padre en Colorado.

—Cuando llegué a la clínica —bajó la mirada y sintió que las lágrimas iban a romper el débil dique de contención—, me atendieron de inmediato.

—¿Qué clínica?

—Saint Joseph —susurró—, en la que solía trabajar Arlette. —Rohan asintió, no creía que su hermana hubiera estado de guardia esa madrugada y de haberlo estado las probabilidades de saber lo que ocurría con Mitsy eran remotas—. Gracias al seguro médico que tenía fue un proceso rápido.

—Mitsy, me tienes en ascuas, por favor, dime qué ocurrió —urgió, angustiado.

—Me dijeron que había tenido un aborto espontáneo —dijo con la voz rota y temblorosa—. Solo estaba de tres semanas, Rohan... Me dejaron en observación esa madrugada —continuó entre sollozos—, y el ginecólogo me diagnosticó endometriosis. Las píldoras para contrarrestar los dolores

menstruales que solía tomar no tenían nada que ver con toda la implicación de mi cuadro clínico.

—Mitsy... —murmuró Rohan en un tono que denotaba el mismo dolor que estaba escuchando en la voz de ella. Se sentía consternado, y también llevaba mucho enfado porque ella había preferido pasar un trago amargo, sola, en lugar de hablarlo con él—. ¿Qué pasó después? —preguntó con suavidad, pero su voz sonó acusadora sin que fuese esa su intención.

—El ginecólogo afirmó que era un milagro que hubiera podido quedar embarazada, y que no debería sorprenderme el haber tenido ese sangrado o perder al bebé. No tenía muchas opciones...—dijo en un susurro—. Podía elegir entre extirparme los ovarios y llevar un tratamiento con estrógenos, pero con el riesgo de que la endometriosis reapareciera... O podría extirparme el útero por completo —apartó la mirada con un llanto quedo.

Rohan no pudo soportarlo y cerró la distancia entre ellos. Se acomodó junto a Mitsy, que ya no podía controlar más las lágrimas que rodaban por sus mejillas, y la rodeó con los brazos apretándola contra sí.

—No tuviste hijos con Seth. —Ella negó entre sollozos. Rohan la apartó con delicadeza y le tomó el rostro entre las manos, cálidas y grandes; manos de un hombre acostumbrado a trabajar en el campo sin reparo, pero también capaz de prodigar dulzura. Le limpió las lágrimas con los pulgares—. La cicatriz... —dejó la frase al aire.

—Organicé la cirugía para extirpar mi útero durante esos días que estuviste ausente e intentaba que no se notara en mi voz ni en mi expresión que algo no iba a bien mientras hablábamos. Necesitabas estar concentrado en lo que hacías... —Él hizo una mueca de incredulidad—. Cuando regresaste de Colorado, dos días después yo iba a tener la intervención quirúrgica, y no quería que estuvieras ahí, preocupándote o sintiéndote en el compromiso de creer que tenías que quedarte conmigo. Así que dejarte fue la decisión más práctica que encontré, para ahorrarte el dolor y para que me odiases un poco —sonrió con infinita tristeza—, porque si me odiabas podrías continuar tu camino sin mirar atrás y rehacer tu vida —miró a un lado— con otra.

—¿Y tomaste una decisión como aquella sin consultármelo? ¿Sin considerar que yo podría haberte apoyado y estado contigo, no porque me sentía obligado sino porque te amaba? —preguntó sin ocultar la decepción y el reproche que surgía de lo más profundo de su alma.

—No quería que... Tu sueño era, y quizá sigue siendo, formar una familia. Y yo no podía darte hijos, Rohan, menos con esa cirugía —dijo con

vehemencia—. Privarte de la posibilidad de tener lo que ansiabas hubiera sido cruel de mi parte e injusto... Estábamos tan jóvenes... Preferí apartarme e iniciar una nueva vida en otro sitio. Te dejé libre, porque eso era lo justo, Rohan.

—No me dejaste elegir, ¡decidiste por mí, Mitsy! —exclamó incorporándose, creía que la cabeza iba a explotarle de tanta información que empezaba finalmente a encajar en todas las reacciones de Mitsy en aquellos años, Dios, qué ciego e imbécil. Qué absurdo haberla dejado ir, cuánto se arrepentía de no haberla perseguido e insistido en que le diese un argumento más sólido que solo “no funcionamos” o “no tenemos futuro”. No sabía si estaba más cabreado consigo mismo o con ella por haberle ocultado algo tan grave como una histerectomía y haberlo privado de estar con ella—. Y no solo eso, sino que preferiste casarte con ese estúpido abogado para que fuese él quien te consolase, ¿cómo demonios entró ese tipejo en la ecuación?

—Dijiste que no ibas a juzgarme... —susurró mirándolo, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Él la contempló con una mirada atormentada.

—¡Me ocultaste que estuviste embarazada, que perdiste a nuestro bebé, que estabas enferma, que no podías concebir y me arrebataste la posibilidad de estar contigo para pasar juntos ese trago amargo! —gritó fuera de sí—. Y al final decidiste casarte con otro. ¿Qué carajos fue todo eso?

—Rohan...

—¿Acaso te di la impresión de ser un mal nacido que solo estaba interesado en meterme en tu cama y endulzarte el oído con palabras o promesas bonitas para retenerte a mi lado hasta que se me pasara la lujuria? Dos años juntos, maldición. ¡Estuvimos dos años juntos! —empezó a pasearse de un lado a otro. Si una tormenta de nieve llegaba en esos momentos para arrasar con Montana no habría causado tanto daño como lo que Mitsy acababa de confesarle—. ¿Por qué no fui suficiente para ti?

—No tenía expectativas para ser padre —susurró en un tono casi inaudible.

—¿Qué? —preguntó deteniendo su ir y venir. Se colocó frente a Mitsy.

—Cuando conocí a Seth, él estaba por negocios en Bozeman —dijo frotándose los dedos entre sí para entrar en calor. Rohan parecía un guerrero a punto de iniciar una batalla de un momento a otro—. Yo estaba recuperándome de la operación, después de estar cinco días en la clínica. Ya había pasado dos semanas, y fui con Hilaria a tomar un té en un restaurante.

—Tu mejor amiga tampoco sabía nada entonces...

—Hasta después de que pasó la operación, no. Y les dije a mis hermanos y a mis padres que estaba en un campo de retiro para escritores con la finalidad de inspirarme y conocer más personas del gremio. No había forma de que sospechasen, y los médicos tienen un acuerdo de confidencialidad, así como el personal de los hospitales y clínicas.

—Joder, Mitsy, pasaste de ser una mujer con intención de valerse por sí misma en una persona irresponsable. ¿Qué hubiese sucedido si la operación no salía bien, quién habría cuidado de ti o tomado decisiones para ayudarte? —rezongó.

—Yo...

—¿Y tu exmarido? —preguntó con desdén. Estaba dolido, y no le importaba si empezaba a ser hiriente con ella, porque necesitaba desquitarse con alguien. La condenada mujer había hecho su vida un infierno, porque decidió que ella era la llamada a tomar una decisión tan drástica sin comentárselo, y no porque él hubiera tenido voz o voto para decirle qué hacer con su cuerpo, pero sí porque Rohan habría querido ser su apoyo. ¡Era la mujer con quien deseó pasar el resto de su vida!

Mitsy carraspeó de nuevo y Rohan, a pesar del enfado, fue hasta la cocina y sirvió un vaso de agua. Regresó la sala y le tendió el vaso de vidrio color gris. Ella bebió varios sorbitos.

—Lo conocí durante la presentación de un libro de una autora local. Yo necesitaba una distracción, no enamorarme de nadie más... Acepté tomar un café con él. Al ser una persona desconocida me sentí más libre de poder contarle lo que estaba sucediéndome.

—No me digas —replicó furioso.

—Seth me dijo que dentro de sus expectativas de vida no estaba tener hijos, porque su carrera era más importante. Supongo que entre saber que yo no podía estar contigo, y la depresión que estaba atravesando por la operación, las palabras de Seth causaron en mí cierto confort.

—Jamás debiste alejarme de ti —dijo sentándose con desgano en el sofá junto a ella—. Fui una bala perdida durante meses. Arlette fastidió la paciencia insistiendo en que te debía buscar para hablar, pero yo estaba lleno de resentimiento —resopló—. ¿Qué te duró el amor por ese mequetrefe? —preguntó rehusándose a llamarlo por el nombre completo.

Mitsy bebió lo que quedaba de agua en el vaso de vidrio.

—Mis padres lo conocieron y por primera vez creí tener la aprobación de ellos. Siempre escuché reproches a la más mínima acción que tomaba; mi ropa

no era estilosa, mi cabello resultaba indomable, mi maquillaje era escandaloso, mi risa demasiado alta —dejó escapar un suspiro triste y cansado—, así que ver sonreír a mi madre cuando conoció a Seth, y notar cómo papá entablaba una conversación sin reproches o sarcasmos velados, fue la reivindicación que había anhelado demasiado tiempo. Me dejé guiar por esa sensación de falsa armonía familiar, y sí, fue infantil de mi parte tomar una decisión basándome en lo que mis padres pensarán, pero no podría explicarte lo que se siente saber que nunca eres suficiente para las personas que te dieron la vida. —Él solo la escuchó, porque su paciencia estaba bordeando el límite—. Para las personas que deberían estar contigo en las buenas y malas.

Rohan resopló.

—Prueba a considerar el creer que no eres suficiente para la persona que creías que te amaba —dijo con intención de lastimarla, porque la confesión de ella estaba quebrándolo poco a poco.

Solo pensar en la cantidad de mujeres que habían pasado por su cama, mientras él creía que Mitsy era de la peor clase de persona que podía haber conocido, le causaba hastío. Cada vez que se deslizaba en el interior de una mujer y llegaba al orgasmo, el único rostro que veía era el de Mitsy. Así de retorcido fue aquel tiempo de promiscuidad. Rohan creía que castigaba el recuerdo de los años compartidos con cada gemido que emitía una chica bajo su cuerpo, cuando lo cierto era que se castigaba a sí mismo por cobarde y orgulloso. Se preguntaba si habría cambiado en algo su historia con Mitsy de haber ido a buscarla.

—Lo creas o no, la relación que tenía con Seth era todo menos romántica.

—No me interesan esos detalles —zanjó Rohan—. ¿Qué fue lo que pasó con ese dechado de virtudes?

Ella meneó la cabeza con suavidad por la forma en que Rohan torció la boca. Estaba celoso del pasado, pero también dolido.

—Yo estaba tratando de superar una etapa, y él estaba enfrascado en su carrera. Empezamos a salir y al poco tiempo me comentó que su gestión con el cliente que tenía en Bozeman había llegado a su fin y que tendría que regresar a San Francisco. Me propuso casarnos y me aseguró que su decisión de no ser padre era irreversible —dijo con una mueca al recordar cómo había terminado esa promesa.

—Muy romántico —dijo Rohan mirándola por primera vez desde que se sentó nuevamente junto a ella. Mitsy elevó la mirada, que había mantenido en un punto remoto de la sala—. Lo siento, continúa —murmuró.

Ella no podía reprochar las palabras de Rohan, pues él estaba en todo el derecho de sentirse enfadado. Ahora que lo tenía frente a frente, veía cuán equivocada estuvo al no haber confiado en él.

Le negó el beneficio de la duda, lo condenó antes de que los hechos hubiesen sido puestos sobre la mesa, lo dejó sin voz ni voto. En ese proceso perdió al amor de su vida, y también la ilusión de enamorarse de nuevo.

—Cuando empecé a escribir y a tener éxito, Seth se volvió cruel e intentaba minar mi valía. Me intentaba humillar en reuniones con otros abogados, pero no se lo permitía, y siempre le respondía sin temor alguno. Sus palabras se volvían cada vez más amargas y yo no lo entendía, porque trataba de que nuestro matrimonio funcionara. No creía que otro hombre fuese a entender y aceptar que no puedo tener hijos —exhaló largamente—, así que consideré que Seth y yo merecíamos la pena como pareja, que teníamos diferencias porque nos conocíamos poco, pero también que existía potencial para durar mucho tiempo —sonrió de medio lado pensando con condescendencia hacia sí misma—. Teníamos grandes peleas. Poco a poco la relación se volvió distante. Yo hacía gira de libros en el país, y él se sumergía en sus asuntos sin que le importase mi itinerario. La única promesa que me hizo la rompió, pero no me di cuenta hasta casi el final de mi matrimonio.

Rohan intentaba calmarse, pero solo quería romper algo, sacar el enfado que empezaba a amenazar con explotar en cualquier instante. Quería regresar el tiempo para zarandear al hombre que él fue a los treinta años de edad; ese que creía que Mitsy Hammonds carecía de las cualidades para luchar por ella. ¿Quién era entonces el tonto en la ecuación?

—¿Qué hizo? —quiso saber cuando sus miradas se encontraron.

Estaban apenas separados por unos centímetros.

—Me engañó... —apartó la mirada—. Tuvo un hijo con su amante —susurró con un hilillo de voz—. Y eso me dolió mucho, no por el affaire, no —dijo soltando un bufido—, sino porque Seth sabía lo difícil que fue para mí confesarle que a pesar de lo mucho que ansiaba tener un bebé, jamás podría hacerlo. Y que él me hubiese confesado que no quería ser padre había sido la parte que selló el acuerdo para que yo aceptara casarme con él, además de que creía posible empezar una nueva vida desde cero, lejos de una ciudad que siempre me recordaría lo que no podría tener jamás. San Francisco era mi boleto a una nueva aventura, pero Seth rompió ese pacto.

Rohan comprendió que el pesar en la voz de Mitsy, al mencionar el engaño, no tenía que ver con sentimientos hacia el abogado aquel, sino a la

implicación emocional al enterarse de que ese imbécil había dejado embarazada a su amante cuando desde un inicio sabía lo que Mitsy tuvo que pasar y lo que sufrió en esa clínica. Si Rohan lo pudiera ahorcar con sus propias manos, lo haría en ese preciso instante.

—¿Amaste a ese mequetrefe? —preguntó con temor a escuchar la respuesta. Pero estaban en un momento que no podría ser reemplazado ni desperdiciado. Preguntar era un derecho, y responder un compromiso.

Ella elevó el rostro y colocó la palma de la mano contra la mejilla de Rohan. Lo contempló en silencio brevemente, y las lágrimas amenazaron con desbordarse de sus ojos de nuevo.

—Lo intenté —susurró cerrando los ojos—, pero fracasé. Estoy segura de que es imposible amar a una persona cuando se decide entregar el corazón para siempre a otra —dijo exponiendo la última verdad que llevaba guardada con férrea determinación. Decir esas palabras la hacían sentir más libre que nunca. Ligera.

Rohan se quedó inmóvil, cerró los ojos, y trató de absorber las palabras de Mitsy mientras dejaba que la tibieza de ese toque lograra calentar su alma. No sabía qué decir o qué hacer. Todo ese tiempo había tenido la idea equivocada sobre ella. La había tratado de odiar. ¿Y qué acababa de escuchar? Una confesión de amor, pero también de desconfianza y miedo. Lo había dejado libre, a pesar del dolor que implicó para ella, porque creyó que él sería más feliz con una mujer que pudiera darle hijos. ¿Es que acaso tenía tan pobre opinión sobre sí misma, sobre su valía? Cuánto daño le habían causado los tontos de Jules y Alex a Mitsy.

—Verte con él, saber que tocaba lo que me pertenecía fue demasiado para mí —dijo al cabo de un rato. Mitsy bajó la mano, pero él la volvió a poner contra su mejilla, frotándola contra su barba—. Tuve que intentar recomponer los pedazos que dejaste esparcidos cuando te fuiste. Ninguna amante creaba en mí, el placer que sentía al tenerte en mis brazos. Ningún beso conseguía agitar mi respiración por el simple hecho del contacto. Porque ninguna de esas mujeres, ya sin rostro, eran tú, Mitsy. Nos destruiste —murmuró con los ojos empañados de lágrimas, y cuando ella dejó caer la mano, él no la volvió a tocar. Rohan se aclaró la garganta y se apartó—. Gracias por dejarme saber la verdad. Siento mucho lo que tuviste que pasar... Debiste confiar en mí, Mitsy. Debiste hacerlo.

—Ahora lo sé —susurró—, pero esa es la verdad que te debía, y ahora ya la conoces —dijo tomando una profunda respiración. Se incorporó—. Te dejé

porque no quería detenerte en tus planes, porque siempre hablabas de tener hijos y jugar con ellos en Mountain Queen cuando le compraras el rancho a tus padres para que pudiesen retirarse pronto. Merecías más de lo que yo hubiera podido darte, y saber que este tiempo has permanecido soltero me resulta incomprensible. Eres todo lo que una mujer quisiera tener, Rohan —expresó sin tapujos.

—Qué pena que la única que me interesaba hubiera decidido la suerte de los dos por sí misma, y hubiera preferido la desconfianza al riesgo de decirme la verdad seis años atrás —reprochó. Era demasiada información para procesar en esos instantes. Se sentía inquieto y también contrariado—. Te casaste con otro cuando esa promesa de fidelidad y amor debiste decírmela a mí —dijo con fiereza mirándola con expresión acusadora y acercándose hasta invadir el espacio personal de Mitsy—. Esa promesa que no debió estar amparada en el miedo.

Mitsy se abrazó a sí misma.

—Jamás hablamos de matrimonio, Rohan... —susurró—. Hicimos planes, como todas las parejas, pero ¿cuántos de esos proyectos son meras fantasías, y cuáles realmente implican la intención de cumplirlos? —preguntó con suavidad intentando aminorar la punzada que sentía en el pecho.

Él echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada cruel.

—Compré un anillo para ti en Colorado, ese fin de semana que rompiste nuestra relación. Al volver a casa pretendía pedirte que te casaras conmigo.

Mitsy abrió y cerró la boca.

—Yo...

Rohan se colocó la chaqueta con movimientos rápidos y prácticos. Necesitaba salir y llevar aire fresco a sus pulmones. Sentía que el espacio que lo rodeaba de pronto parecía propenso a causarle claustrofobia.

—No puedo continuar aquí. —Ella lo observó con un nudo en la garganta. Sabía que él iba a enfadarse, resentirse incluso, aún así, le dolía la expresión de reproche que Rohan trataba, sin éxito, de ocultar.

—¿Me odias? —preguntó Mitsy en un susurro.

Él detuvo los movimientos de sus manos y la observó. Ni siquiera él era consciente de lo que sentía o qué carajos iba a hacer a continuación. No podía continuar ni un segundo más en ese apartamento.

—Para eso tendría que sentir algo muy fuerte por ti —replicó ajustándose el cuello de la chaqueta. Mitsy desvió la mirada—. Tengo que irme.

—Comprendo... —murmuró ella dándole la espalda y fingiendo arreglar

los cojines del sofá. No podía continuar mirándolo sin derramar más lágrimas.

—Mitsy —llamó, y ella se quedó inmóvil sin voltear a verlo—. Gracias por decirme la verdad.

—¿Te ha servido de algo? —preguntó mirándolo por sobre el hombro.

—No lo sé... Simplemente, no lo sé.

Ella asintió sin emoción alguna. Solo podía rescatar de esa noche que al menos su conciencia estaba en paz.

Sin más, Rohan salió dando un portazo.

Las fiestas de Navidad llegaron pronto a Montana. Los eventos familiares y sociales estaban a la orden del día, y las decoraciones alrededor hacían lucir la ciudad como si fuese una postal de película.

Mitsy estaba tratando de recuperar el buen ánimo, aunque no podía dejar de contar que ya habían pasado tres semanas sin saber de Rohan. Era difícil creer que un corazón roto podía continuar haciéndose trizas más veces de las que se pudiesen contar. El rechazo que implicaba el silencio era lo único que le dejaba claro que había tomado la decisión correcta al dejarlo libre, años atrás. Imaginaba que él, ahora que sabía la verdad, también estaba de acuerdo.

—Deberías quitar esa expresión de desolación y empezar a celebrar que tienes un nuevo contrato editorial —le dijo Hazel mientras comían rollos de canela con azúcar en La Estancia—. No solo eso, sino que acabas de vender esa propiedad en Los Ángeles que todavía te ataba a Seth de algún modo. Posees suficiente dinero para rehacer tu vida en donde se te dé la gana por muchos años.

Mitsy sonrió, porque era cierto. Incluso podría dejar de escribir con la cantidad de dinero que poseía en su cuenta bancaria, pero ¿qué sería de ella sin sus escenas de asesinatos acompañadas de un delicioso vino? No se creía capaz de dejar la escritura, pagada o no, porque era lo que le daba un propósito a su existencia.

A pesar de que la cena de Navidad estuvo matizada por las quejas de sus padres, pues no estaban conformes con el apartamento de cuatro habitaciones y tres baños que Joaquín había conseguido para ellos en la zona más elitista de Bozeman, sus sobrinos disfrutaron abriendo los regalos. Las fotografías y los recuerdos iban a permanecer en la memoria de ellos. Los niños no tenían por qué pagar los platos rotos de sus padres o sus atarantados abuelos.

—Lo sé —bebió su té caliente—. Tengo la suerte de contar con los mejores hermanos del mundo.

—Te lo recordaré cada tanto —dijo riéndose—. Mamá ha decidido que no quiere seguir con la quimioterapia. Quiere calidad de vida y bueno —se encogió de hombros—, lo cierto es que durará menos sin el tratamiento, pero no podemos forzarla a hacer algo que no desea. Es su vida. Sus últimos meses o semanas.

—Me ha causado tanto daño emocional, pero es mi madre. Jamás querría verla sufrir y me duele ver cómo se apaga poco a poco. —Hazel colocó la mano sobre la de su hermana—. No es culpa de ellos ser como son, pero sí es nuestra responsabilidad dejar de permitir que continúen marcándonos con sus decisiones o sus acciones.

—Ah, mira que el tiempo te ha hecho más astuta pequeño saltamontes —dijo Hazel para tratar de quitar la seriedad a la conversación. Su hermana le había confesado el motivo por el que rompió con Rohan, y fue devastador escuchar ese relato y saber que por decisión propia no quiso compartir con nadie su situación. Jamás dejaría de apoyar a su hermana.

—Qué graciosa.

Hazel y ella acompañaron a Jules al oncólogo el día después de Navidad.

El pronóstico continuaba sin ser alentador para la madre de los tres hermanos Hammonds. Aunque Jules les había asegurado que tenía solo seis meses de vida, el doctor desmintió esa información pues les dijo que era irresponsable dar un tiempo estimado de vida, y él tan solo podía atreverse a decir que sería breve. No tenía cura, porque debido a la negligencia de Jules para hacerse los chequeos semestrales le habían detectado tardíamente el cáncer de mama.

Removerle los senos tampoco poseía propósito alguno, porque la metástasis había empezado a hacer mella. Las quimioterapias estaban programadas y empezaban a dejar secuelas visibles, no solo físicas, sino en la energía de Jules. Joaquín contrató una enfermera que asistía a su madre en la noche, Hazel pagaba a la que se quedaba en la tarde, y Mitsy a la persona que tenía el turno de la mañana. Ahora que estaba en un estado de paz consigo misma, aunque con el corazón roto, creía que haber encontrado el punto exacto para continuar su manuscrito. A veces pasaba horas, sin darse cuenta, tecleando las ideas que llenaban su cabeza. Cuando la espalda empezaba a dolerle sabía que había estado demasiado tiempo frente al computador y decidía cortar la jornada de trabajo hasta el día siguiente. Después iba a trotar al gimnasio, o quedaba con Hilaria para salir a alguna parte, y luego volvía a casa. Era una rutina tranquila que poco a poco empezaba a brindarle el

sosiego que necesitaba.

Cuando Mitsy enfrentó a su padre para reclamarle que tuviese una amante y hubiera estado actuando con doble moral, este le confesó que había sido idea de Jules que él empezara a buscar una persona para que no se quedase solo cuando ella se muriese. Se preguntaba si eso habría sido antes o después de que su padre prácticamente agotara hasta lo mínimo las finanzas familiares con tal de complacer a su amante. No creía que su madre estuviese al corriente del verdadero motivo por el cual habían perdido el rancho, y ni Mitsy ni sus dos hermanos iban a ser portadores de una llama que podría encender el drama hasta cotas inimaginables.

Lo cierto es que no quería tener nada que ver con la vida personal de sus retorcidos padres.

—Mitsy hay algo que quiero comentarte —dijo Hazel con suavidad—. Te invité a tomar el té conmigo esta tarde para darte dos noticias.

—¿Oh? —preguntó intrigada.

—La primera cabaña independiente para huéspedes está terminada e incluso el sistema de calefacción funciona a la perfección. Fue un asunto de contratar a las personas correctas y pagar lo suficiente. ¡Voilà!

—¡Felicitaciones! Me encanta saberlo —dijo dando varias palmadas. Sabía lo mucho que Hazel trabajaba por ese hotel y la ampliación que apenas empezaba iba a darle la oportunidad de aumentar los precios, al mismo tiempo que la clientela—. Es decir que puedes empezar a ponerla a disposición de los huéspedes incluso para festejar el Año Nuevo.

—No exactamente, porque primero quisiera saber tu opinión. —Mitsy frunció el ceño—. Quiero que seas el primer huésped y me digas lo que crees que debe mejorarse, lo que falta en la decoración incluso si lo estimas necesario, pero básicamente deseo saber si al entrar encuentras una vibra alegre o nostálgica. Cualquier impresión que te genere la necesito como *insight* para la construcción de las próximas cabañas y su decoración. Ninguna será igual a la otra, pero me gustaría saber si debo contratar a la misma empresa de decoración o no.

—¿Puedo participar en la fiesta de Año Nuevo que harás en el hotel?

Hazel se rio.

—Claro que sí, esa será tu paga. Bebida gratis y música hasta las dos de la madrugada a cambio de que te quedes a pasar en mi primer bungalow. ¿Qué dices?

Mitsy amplió su sonrisa.

—Cuenta conmigo.

Los papeles legales que vinculaban a Colin con Mountain Queen en calidad de socio capitalista, por los próximos cuatro años, estaban firmados al fin. Ese era un período del tiempo que Rohan estimaba adecuado, no solo para poner en marcha el plan de trabajo que tenía trazado desde hacía ya algunos meses, sino para remontar la compra y posterior proceso de reproducción del ganado vacuno que era el aspecto de principal interés de su mejor amigo.

Después de la conversación con Mitsy, Rohan se volcó de lleno en empezar la contratación de personal adicional para que sus trabajadores no tuviesen que doblar turnos en el invierno. Su Harley Davidson permanecía intacta en el garaje, y las pesadillas que lo rondaban también habían desaparecido.

Zaina le había pedido que se reuniese con ella, incontables ocasiones desde la Gala de Cristal, pero Rohan no quería tener nada que ver con lo que fuese que ella quisiera decirle. Prefería mantener la distancia, porque aparte del permiso para que ella continuase montando a caballo alrededor de los límites de las propiedades de ambos, no tenían nada importante de qué hablar. Él sabía, porque Arlette parecía considerar que era su deber informarle cada tanto de los nuevos romances en la ciudad, que Zaina estaba saliendo con un jinete de Kentucky. ¿Qué tenía que hablar con él que fuese tan urgente y que no pudiese decírselo con un mensaje de texto o un email? Rohan estaba muy ocupado tratando de organizar su cabeza y su rancho, carecía de tiempo libre para desperdiciarlo en alguien como Zaina.

De hecho, tal había sido el nivel de trabajo que él solo había abandonado el rancho para pasar Navidad en casa de Arlette y su cuñado, con sus sobrinos y sus padres. Casi tres semanas sin ir al centro de Bozeman, porque tampoco necesitaba hacer la compra o algo por el estilo pues para eso contaba con Libberia.

Esas semanas habían sido un período para desempolvar emociones y verlas desde otra óptica. Una perspectiva alentadora e incluso llena de una ilusión que creyó perdida en él. Se valía soñar, pero no pensó que él pudiese ser capaz de recobrar esa sensación de alegría ante la perspectiva de poder cambiar el rumbo de su vida y, si tenía suerte, de su corazón.

Después de dejar el apartamento de Mitsy, creyó sentir un ligero arrepentimiento, pero era consciente de que si se quedaba podría decir cosas que no sentía de verdad y que la lastimarían. No quería ser esa clase de persona, porque ella ya había tenido suficiente sufrimiento para ser tan joven.

Sin embargo, Rohan era consciente de que haberse marchado como lo hizo, después de la confesión que ella le hiciera, no fue la mejor reacción, pero en su favor debía decir que una noticia como aquella no se digería como el titular de la semana. Ese tipo de revelación calaba profundo y abría heridas que solo podrían cerrarse en calma. Y él creía haberlo conseguido durante las largas noches que se sentaba con una taza de café, después de la jornada de trabajo, a intentar descifrar qué carajos sentía y cómo lo afectaba enterarse de la verdad tras su ruptura con Mitsy.

Lo dejó porque lo amaba demasiado para impedirle tener la vida que él le dijo que deseaba. Y él, tan imbécil, no merecía una mujer que lo amase de esa forma. ¿Qué sentía por Mitsy? Solo podría decírselo a ella a la cara. Y si todavía quería darle la oportunidad de volver enamorarla, entonces no dejaría ni un solo día de intentarlo.

Al día siguiente empezaría un nuevo año, una etapa diferente, una nueva página en blanco que Rohan pretendía llenar de sonrisas en lugar de resentimientos. Él no podía empezar sin ella. No quería hacerlo.

CAPÍTULO 13

Mitsy llevaba un vestido negro ajustado. El diseño era un poco atrevido, pero en Año Nuevo se valía de todo, y le daba igual el frío porque iba a estar en el salón principal de La Estancia con calefacción, buena música, comida y la compañía de su hermana. Joaquín se había ido con Amelie y los niños a pasar Año Nuevo en Orlando.

Estaba dispuesta a sonreír, a empezar a trazarse nuevos propósitos y mantener el optimismo en lo que a su escritura se refería. Tal vez un nuevo amor podría entrar en su vida y no iba a permitirse quedarse atrapada en los vestigios de un amor que jamás podría recuperar. Rohan había recibido el cierre que necesitaba al capítulo que juntos vivieron años atrás, y al menos eso era un consuelo. Debía mirar hacia adelante y asumir nuevos riesgos.

—Ese vestido te queda sensacional —dijo Hazel cuando Mitsy entró en el hotel. Uno de los botones llevó la pequeña maleta hacia el bungalow ubicado en el jardín trasero a unos metros de la estructura principal.

Mitsy se rio y dio vueltas sobre sí misma. El bajo de la falda del minivestido se movió con ella. El corte del escote era en forma de corazón y dejaba entrever la piel cremosa de sus pechos. Llevaba un juego de aretes en forma de gotas de agua del tono de las amatistas, y el cabello recogido en un tocado descuidado y elegante. El maquillaje consistía en delineador, rímel, y labial carmesí. Los tacones que había deseado usar desde que podía recordar eran altos y rojos, al fin tenía una ocasión para ponérselos. Lucía sensacional, y se sentía exactamente de esa manera.

—Tú estás guapísima, Hazel —le dijo a su hermana dándole un abrazo—. El color verde te sienta de maravilla. Deberías darle una oportunidad a Hugh, estoy segura de que pronto vendrá.

—Es una fiesta solo para huéspedes —murmuró cruzándose de brazos.

—Bueno, pero ¿cuándo ha sido Hugh Lawrence el tipo de hombre que sigue las normas? —le preguntó haciéndole un guiño—. En todo caso, si tú quieres que yo pase una bonita velada y me esmere diciéndote con toda honestidad mi opinión sobre el bungalow, entonces más te vale que, si Hugh te invita a bailar, no lo rechaces.

Hazel elevó las manos como si estuviese pidiendo ayuda al universo.

—Eres metomentodo.

—Nos viene de familia —dijo con una sonrisa mientras su hermana se reía.

—Mitsy, a medianoche te voy a pedir un gran favor.

—¿Otro además de asegurarme de dejarte saber si es que tu bungalow es el mejor jamás visto en todo Bozeman? —preguntó de buen humor—. Espero que no sea hacer de Cupido, porque esa suele ser la misión de Hilaria, pero la muy pícara se fue a Las Vegas con sus primas. Sabrá Dios con qué aventuras llegará la próxima semana. Hugh se acercará por sí mismo a buscarte, si es que te preocupaba ese detalle.

Hazel soltó una carcajada.

—Nah, no necesito que hagas de Cupido. Cuando llegue el nuevo año solo quería pedirte que procurases estar optimista y abrir el corazón a nuevas oportunidades. Ya es tiempo y mereces un nuevo inicio de verdad.

—Eso ya está en mi lista de “Cosas por hacer”. Ahora ve a atender a los invitados que están empezando a bajar para cenar, así aprovecho en ir a dejar mi bolsa en la nueva recámara del hotel. ¡Qué curiosidad tengo por conocer ese bungalow!

—Perfecto —le hizo un guiño—, nos vemos más tarde. Disfruta y no dejes de contarme cada pequeño detalle.

Caminó despacio —para no tropezar debido a sus tacones— por el caminillo de grava que Hazel, muy detallista como siempre, había iluminado colocando luces tenues que marcaban el camino. Sonrió al notar la hermosa decoración navideña que todavía rodeaba el bungalow. Estaba hecho de madera, contaba con un porche, unos sofás pequeñitos de mimbre, vasijas de flores que pendían de cada esquina, y Mitsy podía jurar que su hermana se había sacado la idea de las cabañitas invernales que solían utilizarse en Suiza en las pistas de esquí.

Desde dentro podía ver la luz encendida, y sonrió. Abrió su bolsa y sacó la llave electrónica que le había dado Hazel. Cuando subió los tres escalones de madera, estos crujieron con el tap-tap de los tacones. Tomó una bocanada de aire, sonriente. Introdujo la llave y abrió la puerta de par en par.

La chimenea estaba encendida en lo que constituía la antesala, que era bastante amplia a decir verdad. Buscó con la mirada el gancho para colgar el abrigo que sostenía en la mano izquierda e hizo lo mismo con la bufanda. Los sofás eran modernos, de madera fina, e invitaban a sentarse en ellos. Había una pequeña zona en la izquierda con todos los utensilios básicos de cocina y un microondas, en lugar de madera, la pared estaba recubierta de piedra. Del

techo pendía una lámpara de cristal dorada con siete bombillas.

Frente a ella tenía dos puertas, imaginaba que una era el baño, porque tenía vidrio opaco y una alfombra pequeña con la forma de dos pies; y a la derecha estaba la habitación *per se*, y su maleta, que había llevado el botones momentos atrás, reposaba justo junto a la puerta cerrada. Todas las luces estaban encendidas e imaginaba que su hermana lo hizo a propósito para que tuviese un buen vistazo de lo que había creado. Mitsy estaba orgullosa del trabajo de Hazel, y sabía que una vez que construyese los siguientes dos bungalós iba a ser un éxito. Incluso sería fantástico que considerase construir más de tres, pero de momento iba todo viento en popa.

Abrió la puerta de la habitación y se quedó petrificada en el umbral, porque sus ojos no daban crédito a lo que tenían enfrente.

—Hola, Mitsy —dijo Rohan, sentado en el borde de la cama. Junto a él tenía un ramo de rosas rojas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con incredulidad.

Él se puso de pie y se acercó. Le entregó el ramo de flores que ella agarró como autómata. No entendía nada.

—Hace muchos años dejé ir de mi vida a una mujer maravillosa, y no tuve la valentía de luchar por ella.

Mitsy sintió el corazón agitándose cada vez más, latiendo más de prisa, porque era consciente de que el hombre que era su dueño estaba cerca. «Qué corazón para traidor el suyo.» Ella que había hecho un enorme esfuerzo por enviar al fondo de su memoria la última conversación y la reacción de Rohan; ella que había intentado por todos los medios de zanjar el pasado para pensar en un futuro, y ahora lo tenía frente a frente en esa habitación. ¿Qué estaba haciendo ahí? Creía que lo habían dejado todo más que claro semanas atrás.

—Rohan... —susurró, incrédula y tratando de encontrar respuestas en la expresión serena de él. No recordaba haberlo visto en un estado tan calmo desde hacía años. Solo podía traer a la mente la rabia, el resentimiento, la decepción, el deseo contenido, pero jamás la serenidad. No lo entendía—. ¿No deberías estar celebrando con tus amigos el Año Nuevo o con alguna mujer?

Él le sonrió y estiró la mano para acariciarle la mejilla con suavidad. Ella quiso apartarse, pero el aroma de la colonia que Rohan había utilizado desde que tenía memoria y el toque cálido de sus dedos se convirtieron en una fórmula imposible de rehuir. Qué débil podía ser cuando de ese hombre se trataba, y todavía necesitaba descubrir qué estaba haciendo a pocas horas de

que se acabase el año y empezara el nuevo capítulo de un nuevo periodo. Deseaba que todo fuese diferente. No estaba interesada en repetir los errores del pasado. ¿Por qué querría él hablar con ella? Le resultaba incomprensible. Estaba segura de que ya se habían dicho todo semanas atrás... No quedaba nada de por medio.

—Decidí utilizar un recurso que jamás pensé que me fuese tan ventajoso, y consistió en remitirme a la buena relación que siempre tuve con Hazel. E incluso con Joaquín, pero como él estaba de viaje, fue tu hermana la persona con la que estuve charlando hace poco. Sabía que podría ayudarme a verte de nuevo, a solas y sin interrupciones, porque soy yo quien ahora quiere que lo escuches. Soy yo quien te debe una verdad.

Ella abrazó las flores como si fuesen su tabla salvavidas. ¿Su hermana se había confabulado para orquestar ese encuentro? Iba a hablar seriamente con ella. El comentario de Rohan encendió una llama de rabia en lo más profundo de Mitsy. Durante días creyó que volvería a escuchar de él, tal vez una palabra para decirle que estaba todo bien y que no tenía nada que reprocharle.

En cambio, a medida que avanzaban las horas, el trato de silencio e indiferencia se transformó en resignación. Se resignó a que Rohan ya hubiera cerrado el capítulo que de sus vidas que los unió alguna vez, tal como él mismo se lo dijo aquella noche en el apartamento. Y ahora que ella ya estaba lista para empezar un período fresco en un nuevo año, sin remordimientos ni dolor, él quería hablar. ¿Sobre qué carajos quería hablar? Estaba todo dicho.

—El día en que te marchaste de mi apartamento sin más, creí que había sido más que elocuente tu opinión sobre lo que te conté, tu condena y tu decisión de dejarlo todo de lado. Lo entendí y lo acepté, porque estaba preparada para que algo así ocurriese. Tu silencio durante las siguientes semanas me dejó claro que no querías saber de mí y estabas listo para reiniciar tu vida, Rohan —dijo poniendo el ramo de flores sobre la pequeña consola de madera que estaba a su derecha—. Tal como yo estoy dispuesta a iniciar la mía.

Vestido de esmoquin negro, con el cabello peinado hacia atrás, la incorregible barba recortada sin un ápice de error y el brillo de determinación en su mirada, Rohan era una estampa imposible de ignorar. Incluso si estaba enfadada por la emboscada que su hermana había ayudado a orquestar.

—¿Acaso no tengo derecho a ser escuchado? —preguntó con la misma calma que había expresado desde un inicio, y no se apartó. Mitsy no tenía donde escapar, porque él no permitiría que se alejase. Nunca más.

Ella lo observó con el ceño fruncido.

—No sé qué podrías decirme, Rohan —replicó cruzándose de brazos, y el gesto logró que sus pechos se notaran más sobre el escote del vestido. Ella no era consciente de nada de eso.

Él estaba haciendo un esfuerzo muy grande para no tomarla en brazos y besarla como deseaba hacer desesperadamente. Jamás una mujer lo había afectado como Mitsy, ni lograba que su temperamento se volviese volátil. La admiraba por su generosidad, valentía, inteligencia y entereza, y a pesar de que sabía que no merecía ser amado por una mujer como Mitsy, era un bastardo egoísta y la quería a su lado. No podría ser feliz con otra que no fuese ella.

—Los hombres solemos necesitar en ocasiones más tiempo para meditar sobre nuestras emociones. Nos resulta difícil conseguirlo sin apartarnos del entorno que nos rodea, incluso de nuestra familia.

—No me digas... —replicó apartándose para ir a sentarse en una butaca roja sin respaldo que estaba a pocos pasos de la cama tamaño King-size.

Él la siguió con la mirada y volvió a caminar hasta quedar de pie frente a ella.

—Dejarte de esa manera fue un grave error, pero temía decir algo que pudiese herirnos irreparablemente. Tuve que irme y poner espacio. Pasé las últimas semanas trabajando de lleno en Mountain Queen, organizando con nuevos empleados las estrategias para sobrevivir al resto del crudo invierno, me asocié con Colin para iniciar una nueva etapa comprando cabezas de ganado y contacté varios veterinarios y especialistas para montar un sofisticado sistema para el cuidado de las vacas. El tema agrícola, menos mal, lo tengo controlado y no necesito préstamos bancarios o asociarme con terceros. Es decir, los Baxter. La única ocasión en que salí fue para celebrar Navidad con mi familia. Ver a las personas que amo, juntos, apoyándose mutuamente sin importar las dificultades me hizo pensar en ti. Me hizo recapacitar en lo mucho que necesitaba verte, Mitsy. —Ella lo miró perpleja.

—¿Necesitabas verme? —preguntó con sarcasmo—. Me dejaste sin más en el apartamento cuando yo te abrí mi corazón, te dejé ver lo más vulnerable en mí, mis inseguridades, y tú solo te fuiste.

Rohan sabía que no iba a ser fácil, pero tampoco iba a darse por vencido ni bien empezado el discurso que tenía listo en su cabeza. Cuando ella fue a apartar la mirada, él acertó más la distancia. La tomó de las manos y la instó a ponerse de pie. Le tomó el rostro entre las manos e hizo que elevase la mirada para encontrarse con la suya.

—Te dije que quería hijos años atrás, no voy a negarlo, Mitsy. Pero si tuviese que elegir entre la posibilidad de ser padre y tenerte a mi lado, entonces te escogería a ti. Jamás me diste la oportunidad de decírtelo, porque preferiste asumir todo el dolor de una pérdida que debimos compartir juntos, un duelo que era de los dos, pero preferiste llevarte mi responsabilidad contigo. Me dejaste a un lado, me dejaste creyendo que no era suficiente para ti, cuando debiste brindarme la oportunidad de demostrarte lo mucho que te amaba.

—Es un disparate todo esto, Rohan, yo...

—Te habría escogido a ti entonces, si hubieses hablado conmigo en el momento en que supiste que no volverías a quedar embarazada, y juntos lo hubiésemos asumido. *Juntos*. Nos habríamos ahorrado estos años distanciados, y el dolor de no tenerte. Volvería a escogerte a ti, Mitsy, si me dejaras. Ningún hijo será jamás más importante que una mujer como tú que fue capaz de cambiar de vida para tratar de que yo fuese feliz, para darme la libertad en el afán de que yo buscase lo que creías que era lo mejor para mí. Pero hay un detalle que no tomaste en cuenta.

—Rohan, esto no tiene sentido, será mejor que regrese a la fiesta, y tú...

Él le acarició el labio inferior con el pulgar. Mitsy se calló.

—Quiero pedirte disculpas porque tal vez no te dejé saber con hechos que siempre podías confiar en mí; por no haber hecho lo suficiente para que te sintieras protegida y capaz de confesarme algo tan importante como tu enfermedad, tu embarazo y tu operación; por haber estado centrado en cosas superficiales por alcanzar, cuando lo que debió ser primordial fue brindarte la seguridad de que conmigo tendrías siempre un refugio en el cual apoyarte, pero en especial, por no haber sido capaz de decirte que ningún hijo podría equiparar la felicidad que implicaba la certeza de amarte y saberme amado. ¿De qué sirve tener descendencia si la única familia que podría formar no tiene la posibilidad de existir? Quería una familia, sí, pero tú eras lo único que bastaba para que estuviese completa. Tú y yo. Si te tenía a ti, no necesitaba más, no necesitaba hijos. Solo a ti. Tú eres lo único que necesito. Siento haber estado ausente estas semanas, y prometo tratar de compensártelo. Solo puedo decir que ahora mi mente y mi corazón están claros.

Ella se quedó sin palabras. La carencia de sombras en la mirada de Rohan le hizo cosquillar la piel. La voz profunda y firme le hizo sentir el corazón bombeando con serena rapidez y gozo. No quería creer lo que estaba escuchando, temía creerlo para luego despertar en el mismo lugar oscuro que

la había atrapado sin remedio durante tanto tiempo.

—Disculpé el pasado, Rohan, porque es la única manera de encontrar un futuro. No guardo resentimientos por lo que pudo ser. Por lo que estás diciéndome asumo que tú tampoco tienes resentimientos en ti —susurró con un hilillo de voz, perdida en la emoción del momento, en la calidez de Rohan, en su aroma y la fuerza viril que emanaba de él. Su único centro y punto de apoyo. El único hombre que jamás había dejado de amar, ni dejaría de amar hasta el día en que sus ojos no fuesen capaces de volver a abrirse a la vida.

Él le sonrió con dulzura y asintió. Acercó su rostro y frotó la nariz contra la de ella. Mitsy sintió los ojos llenársele de lágrimas, porque ese hombre fuerte, orgulloso y luchador estaba abriéndole también su corazón. Estaba dejándole ver su verdad.

—Me dijiste que me amabas la otra noche y no fui capaz de responderte. Desempolvé los recuerdos de mi memoria y empecé a mirar la vida desde otra óptica. Vi la verdad en el momento en que te tuve de nuevo en mis brazos, en mi cama, en Mountain Queen.

Mitsy elevó las manos y las colocó sobre las de Rohan. Sus mejillas estaban llenas de lágrimas, y los dedos de ambos se humedecieron con ellas. Porque las lágrimas eran capaces de sanar y aliviar el alma.

—¿Qué verdad es esa? —preguntó en un susurro.

Le sorprendía que no hubiese un eco en la habitación que replicara la forma en que todas las piezas de su corazón empezaban a unirse una a una.

—Que jamás dejé de amarte —dijo con los labios contra los de Mitsy—. Que te amo, y no pienso volver a permitir que te alejes de mí. Nunca.

Ella sonrió porque al fin estaba en casa. Su viaje había terminado. Estaba en un puerto seguro y cargado de planes por bosquejar.

—Y yo te amo a ti, Rohan —confesó ella—. Sería imposible intentar dejar de amarte, porque ya he fracasado en ese intento... Volvería a fracasar —dijo con un sollozo antes de que él barrierá por completo la distancia para tomar sus labios, devorarlos con un ansia guardada seis largos años; era una necesidad imperiosa de saborear a Mitsy mientras experimentaba un frenesí impregnado de pasión, deseo y amor, mientras sus brazos la tomaban de la cintura para apretarla más contra su cuerpo, como si deseara que se fundieran en uno solo. Y porque era eso precisamente lo que anhelaba hacer en ese instante.

La boca de Rohan sabía a magia y tentación, ella abrió sus labios para dejarlo asaltar su suave cavidad con el mismo ímpetu con el que Mitsy

devolvía cada acometida. Sentía las manos fuertes recorriéndole todo el cuerpo, marcándola a fuego.

—Déjame hacerte el amor, Mitsy, concédeme el privilegio de amarte del modo más básico, pero no por eso menos significativo. No cuando se trata de ti —pidió él mordisqueándole el labio inferior.

—Oh, Rohan, no tienes que pedírmelo. Hazme olvidar que han pasado seis años desde que te sentí —susurró—. Recuérdame lo que es estar juntos de nuevo...

Soltó un gemido cuando las manos de Rohan ahuecaron sus pechos, apretándolos sobre el vestido cuyo suave material dejaba entrever los punzantes pezones, y él los tomó entre el índice y el pulgar con fuerza. Ella jadeó y empezó a quitarle con dedos temblorosos, aunque seguros de lo que pretendían hacer, la chaqueta del esmoquin.

Él la ayudó con la chaqueta, después la corbata cayó al suelo alfombrado. A medida que Mitsy dejaba un botón de la camisa blanca de lado iba revelando la piel salpicada de vello suave del pecho de Rohan, pasó la mano fría sobre la piel caliente y lo sintió temblar. Pronto apareció el primer indicio de cuán fuerte era debido al trabajo diario en el campo; los abdominales marcados la invitaban a mordisquearlos, pasar su lengua para probarlos como si fuesen una tableta de chocolate. Y eso hizo, ante el gruñido de Rohan.

—Quiero complacerte, pero si empiezas a tocarme no seré capaz de durar mucho tiempo —dijo él agarrándole las manos con firmeza—. Ven aquí —murmuro girándola para agarrar el zipper del vestido y deslizarlo hasta el límite de la espalda baja, mientras lo hacía sus dedos iban acariciando la columna vertebral.

El vestido negro cayó en un frufú alrededor de los zapatos de Mitsy, y él la contempló boquiabierto. Recordaba que ella era exquisita, pero el tiempo había logrado redondear más sus curvas, volviéndolas más tentadoras. Llevaba un tanga, y sus nalgas firmes lo instaban a acariciarlas. No pudo contenerse y le dio una palmada antes de girarla para mirarla a la cara.

—Rohan —susurró su nombre como una plegaria, y un embrujo, mientras se sostenía los pechos desnudos con las manos.

Él no recordaba haber estado más excitado en toda su vida. Su erección pugnaba por salir, así que, sin dejar de mirar a Mitsy, se quitó el cinturón, después los zapatos, las medias y el pantalón. Los ojos verdes-azules lo devoraron, y Rohan creyó que iba a tener una eyaculación sin que ella lo hubiese ni siquiera tocado. Todo era diferente ahora, porque la madurez, el

paso del tiempo, y la sinceridad habían dejado que el escenario fuese como un cuadro en blanco listo para recibir nuevas pinceladas. Nuevos colores y trazos para recordar.

—Ven, hermosa —le dijo y apartó las manos de ella—. Somos solo tú y yo aquí —susurró besándole el cuello. Dejó un reguero de besos hasta que llegó hasta la boca de Misty, y sintió los pechos de ella contra su piel.

Se apartó, luego de besarla largamente, para contemplar los senos de piel blanca con pezones rosados, erectos, expuestos para su placer. Sin romper el contacto visual los acarició con el dorso de la mano, de arriba abajo. Ella gimió y se mordió el labio inferior, le sonrió.

—Yo también deseo verte...

Él esbozó una sonrisa pícara y con deliberada lentitud se deshizo del bóxer azul oscuro. Ella lo miró boquiabierta cuando la palpitante erección vibró en toda su gloria. Sí, Rohan era grande, y ante la forma en que Mitsy lo observaba no pudo evitar reírse. Se acercó y puso los dedos en el elástico de la tanga femenina y empezó a deslizársela hacia abajo. A medida que se acuclillaba besaba la piel del abdomen suave, besó también con suma ternura las cicatrices de una batalla librada y ganada, besó las caderas, los costados de sus muslos. Le quito los zapatos uno a uno, y besó el arco del pie delicado y de uñas cuidadas con detalle.

Se incorporó, maravillado de verla, de tenerla frente a él; de tener a la única mujer capaz de mover su mundo a su antojo. No podría ser más feliz de proponérselo. Saber que Mitsy era la dueña de su corazón, y que lo amaba de regreso, era el mejor regalo que alguien podía hacerle a otro ser humano. Se sentía humilde y también afortunado. Pocas personas tenían la oportunidad de recuperar un amor perdido, pero Rohan no planeaba volver a dejarlo escapar.

—Te amo, Mitsy —le dijo antes de llevarla hasta la cama y dejarla sobre el edredón. Se inclinó hasta cubrirla con su cuerpo y besarla con pasión. Se embebió de su aroma femenino, del perfume que llevaba esa noche, y la belleza de esa mujer en todos los sentidos posibles.

Ella enredó los dedos entre los cabellos de Rohan, moviendo sus caderas porque entre sus suaves muslos la humedad clamaba experimentar la dureza viril, pero sabía que él la haría esperar. Mitsy sentía el ardor de esa lengua experta conquistando su boca, y ella le recorrió los brazos con las uñas, memorizando sus músculos, después hizo lo mismo con la espalda y al tacto de sus dedos sentía vibrar la fuerza de ese hombre magnífico.

Rohan se sentía embriagado de placer. Se apartó y bajó hasta los pechos

generosos de areolas pequeñas y botones erectos que aguardaban por su atención. Se llevó uno y otro pezón a la boca. Los chupó largamente para después succionarlos, y sintió su pene vibrar ante los gemidos de Mitsy. Siguió su recorrido entre el valle de los senos, y llegó hasta el abdomen. Besó cada trocito de piel, reverenciándola, amándola y diciéndole con sus caricias lo que ella ya sabía con el corazón.

—No puedo tener hijos, lo entiendes, ¿verdad, Rohan? —le preguntó de repente con la voz inquieta.

Él elevó la mirada, le sonrió.

—Pero te tengo a ti, y eso es todo lo que necesito —dijo antes de bajar hasta el punto más íntimo de Mitsy—. Y ahora solo procura disfrutar, dulzura —susurró antes de deslizar su lengua a lo largo de los labios húmedos femeninos. Con las manos abrió más las piernas de Mitsy instándola a brindarle más espacio, se las colocó sobre el hombro. Lamió con pasión los pliegues mojados, la degustó, y cada jadeo de Mitsy lo instaba a torturarla más, demorar más el éxtasis que podía darle con su lengua. Estiró las manos hasta alcanzar los pezones para acariciárselos mientras le hacía sexo oral.

—Rohan... Sí, oh, así...

Él se limitó a sonreír mientras chupaba con suavidad y lamía con ímpetu, pero cuando la sintió a punto de llegar al clímax se detuvo abruptamente. Ella protestó.

—Pero... ¿Qué haces?

Rohan la miró.

—Estoy limpio, Mitsy, no he estado con nadie desde hace semanas —le dijo—. Quiero saber si confías en mí.

Ella le sonrió con dulzura por la consideración.

—Sí, Rohan. Yo —se aclaró la garganta—, yo tampoco he estado con nadie, incluso desde antes de mi divorcio. —Él sonrió—. No hay riesgos.

—Bien, cariño —dijo él antes de inclinarse y cubrirla con su cuerpo de nuevo. Apoyó las manos a los costados de la cabeza de Mitsy para no aplastarla con su peso, y ubicó su miembro en la entrada de lo que, para él, era el paraíso en la Tierra.

La empezó a penetrar poco a poco, ensanchándola con su miembro grueso y largo. Ella arqueó la espalda y le rodeó las caderas con las piernas para atraerlo más profundamente dentro de sí. Rohan jadeó y trató de contener la eyaculación, porque ella estaba apretada, empapada y cálida. Se sentía como un hombre que acababa de regresar de un árido desierto y finalmente hallaba

el solaz que tanto necesitaba.

—Te quiero... Te quiero... —dijo Mitsy saliendo al encuentro de las embestidas de Rohan con el mismo ímpetu con que él acometía en su interior. Sentir cómo la abría para él era tan excitante como escucharlo gruñir de gusto.

Ambos eran fuerza y pasión; dulzura y erotismo. Una combinación potente, pero cuyo afrodisíaco e ingrediente principal era el amor, el reencuentro de dos amantes, después de una larga lucha; después de un camino de espinas que estaban dispuestos a dejar atrás.

—Eres la única mujer capaz de poner mi vida del revés... —susurró cuando sintió que iba a explotar de gozo, y cuando las paredes vaginales empezaban a cerrarse entorno a su portentoso miembro.

Mitsy clavó las uñas en las nalgas firmes de Rohan, mientras ambos se mecían al compás de las notas que sus cuerpos escribían esa noche. Sus bocas se encontraron e igualaron la frenética danza sexual que estaban bailando.

Segundos después, Rohan se vertió en el interior de Mitsy, y ella gritó de placer.

—Quédate conmigo —le dijo él al cabo de unos minutos al oído—. Quédate conmigo para siempre.

Ella sonrió, pero no alcanzó a responderle, pues Rohan la tomó en brazos y la colocó sobre su cuerpo atlético. La abrazó como si temiese que de un momento pudiese escapársele. Mitsy sonrió contra el pecho masculino y le acarició el brazo.

—Siempre...—susurró ella antes de cerrar los ojos.

Finalmente estaban en paz.

Durante la madrugada se despertaron varias veces y retomaron, en varias posiciones en diferentes sitios del bungalow, la intención de recuperar el tiempo perdido y aprovechar cada segundo. Apenas interrumpieron sus horas para tomar algo y comer, pero cuando Rohan encontró una botella de champán decidió que iba a celebrar el nuevo año bebiendo con la mujer que lograba atraparlo en una red de pasión y optimismo. Saborearon la copa de champán, pero pronto una sonrisa pícaro de Mitsy le dijo a él que les quedaba mucho tiempo por delante esa noche.

Parecían no poder saciarse el uno del otro.

Ella casi lo volvió loco cuando lo tomó con la boca mientras ambos se duchaban. Para devolverle la tentadora forma de llevarlo al orgasmo, él la giró contra la pared de la ducha y la penetró desde atrás, instándola sentirlo más profundamente si acaso era posible mientras apretaba sus pechos y ella se

convulsionaba en un éxtasis que la instó a gritar al alcanzar el orgasmo.

Rohan la secó con mimo, y después volvió a la cama con ella.

—Feliz año nuevo —le susurró Mitsy nuevamente. El reloj de la mesilla de noche marcaba las cuatro de la madrugada—. Te quiero...

Él sonrió, y le acarició la mejilla. Se sentía afortunado.

—Feliz año nuevo, mi vida —murmuró besándola con ligeros mordiscos en el labio inferior. Ella le sonrió, pero poco a poco empezó a cerrar los ojos. Él le acarició el cabello y los tapó a ambos con el grueso edredón.

Se quedó dormida, pero Rohan permaneció despierto contemplándola hasta que los primeros rayos del amanecer empezaron a filtrarse por la ventana. Sonrió, porque tenía el privilegio de decir que ella era una tentación al amanecer. Su tentación.

CAPÍTULO 14

Las siguientes semanas pasaron con rapidez.

Durante el día, Rohan se dedicaba a trabajar en el rancho, pero cuando llegaba la noche era la cama de Mitsy —o la suya en Mountain Queen— el sitio en el que deseaba estar. Dormir abrazado a ella le brindaba sosiego y no podía reemplazar con nada esa sensación de bienestar.

Libberia tuvo la osadía de decirle que más le valía poner un anillo en el dedo de Mitsy si no quería que volviese a escapársele. Lejos de enfadarse por su metomentodo ama de llaves, se rio, porque él tenía muy claro que era el siguiente paso. No tenía mucho sobre lo cual meditar, pues si algo había perdido con Mitsy era tiempo.

Una tarde, cuando fue a casa de Arlette para visitarla a ella y a sus sobrinos, consideró que era importante hablarle de su relación con Mitsy y el porqué del motivo de la ruptura de ellos años atrás. Rohan se sintió consternado cuando su hermana le dijo que ella conocía muy bien el motivo de Mitsy, pero que su ética profesional —pues en ese tiempo ejercía— no le permitió decirle a él lo que había sufrido Mitsy.

—¿Tú la atendiste? —le había preguntado, enfadado y sintiéndose traicionado por el silencio de Arlette, aunque comprendía el tema de la confidencialidad.

—No, Rohan. Estaba en la clínica cuando escuché una voz familiar, me acerqué a saludar y saber si podía ayudar, pero lo que oí me dejó escalofríos. Sentí una profunda pena cuando escuché a Mitsy hablar de una histerectomía y confesarle al médico que tenía un novio que no merecía perder la posibilidad de ser padre porque su novia, es decir ella misma no podía tener hijos. Los doctores a veces escuchan confesiones de temas que no tienen que ver con la medicina, y ese doctor en particular le aconsejó a Mitsy que sería bueno que lo hablase contigo, pero ella rehusó.

—Pudiste haberme ahorrado la miseria de estos años —le había dicho Rohan, enfadado—. Has visto lo infeliz que he sido y tú consciente de los motivos por los cuales me dejó...

—Si ella era la mujer indicada para ti, el tiempo o el destino se encargarían de todo. Tal como me acabas de contar que ha ocurrido, Rohan. Me dolía verte triste y como una bala perdida, hermano querido, pero no podía ir contra mis

principios profesionales.

—Principios profesionales las patatas, Arlette.

Pasaron varios minutos hasta que Rohan se había calmado, y aceptado las palabras de su hermana. Después le dio un largo abrazo. Le pidió ayuda para encontrar un anillo de matrimonio para Mitsy, su hermana se puso feliz.

Lo había acompañado a una preciosa tienda que se caracterizaba por tener los diamantes de mejor calidad de la ciudad. A él poco le importaba el precio.

Así que, en ese momento, Rohan tenía la pequeña cajita de terciopelo negro en el bolsillo del pantalón, que no solo contenía el anillo que compró con Arlette, sino también el que durante años guardó. El que había comprado en Colorado.

—¿Le traigo algo de beber, señor? —le preguntó el camarero del restaurante.

El sitio era discreto y elegante, y lo conocían en la ciudad por tener una de las mejores vistas hacia la montaña.

—No, gracias, estoy bien por ahora —replicó, mientras observaba una y otra vez la entrada principal para saber el momento en que Mitsy llegase. Ella le había dicho que prefería que se encontraran en el restaurante porque necesitaba enviar las primeras cincuenta páginas de su manuscrito a la editora con la finalidad de recibir las críticas iniciales en los próximos tres días y así avanzar con el trabajo.

El día en que Rohan le había confesado que tenía todas sus novelas en el sótano de la casa, ella solamente se inclinó con una sonrisa y lo besó largamente. Después utilizaba esa historia para reírse de él porque le decía que tenía una vena para el drama, pero Rohan no quería reconocerlo. Cada vez que ella lo molestaba con los libros que guardaba en sótano, él aprovechó para hacer algo más que solo besarla.

La siguiente ocasión en que la puerta se abrió entró la última persona que él hubiera esperado ver. Zaina. Le daba igual, lo más probable era que estuviese con su amante de turno para cenar.

Rohan fingió no saber que estaba ahí, y procedió a agarrar un trozo de pan de la canastilla y untarlo con mantequilla. Le dio varios mordiscos. Cuando levantó la mirada para revisar la entrada del restaurante, la persona que tenía frente a él era Zaina. ¿Es que acaso la mujer no tenía otra cosa mejor que hacer?

—Hola, Rohan —dijo con sus uñas pintadas de rojo mientras sostenía un sobre.

Él la miró con desgano. Mitsy llevaba quince minutos de atraso, pero suponía que era parte del tráfico debido a la aguanieve que había caído durante la noche. Los automóviles iban más lentos.

—Estoy esperando a alguien... —dijo de mala gana—. Y a todo esto, en la inmensidad de la ciudad y con tanta oferta gastronómica, ¿cómo me encontraste?

Zaina esbozó una sonrisa taimada. Su rostro, a pesar de tratar de desear expresar seguridad, más bien lucía preocupado. Incluso él podría atreverse a decir que estaba asustada. «Qué raro.» El restaurante estaba lleno, y no era su estilo ser grosero. Así que atendió lo que sea que Zaina hubiese ido a decirle. Esperaba que no fuese alguna nueva propuesta para reconsiderar una fusión entre los Baxter con Mountain Queen, porque ese barco ya había zarpado.

—Me has estado evitando durante semanas, y no has respondido a ninguna de mis peticiones para reunirnos. Así que tuve que hablar con tu ama de llaves, que por cierto es demasiado grosera para mi gusto, para preguntarte en dónde podía encontrar al padre de mi hijo para informarle de su próxima paternidad.

Rohan se la quedó mirando como si le hubiese confesado que el Océano Atlántico era de agua dulce, y que el Presidente de Estados Unidos elegido en el 2016 había decidido renunciar por voluntad propia.

—¿Qué carajos estás hablando? —preguntó Rohan con furia, en el preciso instante en que notaba que ya no estaban solos. Mitsy acababa de llegar a la mesa y por la expresión en su cara era inequívoco el hecho de que había escuchado a Zaina.

Mitsy creyó revivir la pesadilla que había experimentado con Seth cuando se enteró que no solo tenía una amante, sino que estaba esperando un hijo con ella. Ahora, veía el rostro satisfecho de Zaina y la expresión de desconcierto en Rohan. La sensación de que el suelo a su alrededor se movía y que el batido de frutas que acababa de tomar pocas horas atrás iba a vomitarlo pareció demasiado real.

Intentaba calmarse, pero no era nada sencillo ante lo que acababa de escuchar. Los murmullos del restaurante se acallaron o quizá era su propio cerebro tratando de cerrarse a la idea de lo que estaba sucediendo. Sin mediar palabra, porque imaginaba que Rohan estaba hablándole por cómo gesticulaba y movía la boca, se sentó. Agarró el vaso de agua que siempre había

disponible en los restaurantes de primera, y bebió todo el contenido sin pausa, aunque con calma.

—Mitsy —dijo Rohan tomándola de la mano e ignorando a Zaina por completo—. Cariño, mírame.

—Antes de que continúes en tu plan romántico —dijo Zaina con sarcasmo y agitando el sobre grueso que tenía en la mano—, te agradecería que utilizaras el kit que está dentro para llevarlo al laboratorio. Así tengo la prueba de que eres el padre del bebé que estoy esperando.

Rohan la miró con desprecio.

—¿Ha sido este tu plan todo el tiempo? Tratar de endilgarme un hijo es la mayor bajeza. Te acuestas con todo Bozeman, Zaina, y lejos de ser una grosería es simplemente la verdad. ¿Por qué esperas que yo me crea semejante acusación? —preguntó fuera de sí.

—Nos acostamos juntos tres semanas y medias antes de que ella llegara a la ciudad siquiera —señaló a Mitsy con la mano como si se estuviese refiriendo a algo sin importancia—. Hice las cuentas, y sabes que soy excelente para las matemáticas, el tiempo coincide con la ocasión en que tuvimos sexo.

—Fue una sola ocasión y antes de mí hubo otros. Haz el favor de aclararte y no creer que solo puedo ser yo la opción.

Zaina agitó el sobre.

—Si no aceptas poner tu ADN en este kit, entonces entablaré una demanda para obligarte a hacer el test de paternidad. No tengo problemas. Los otros dos posibles padres de mi bebé ya entregaron sus pruebas al laboratorio. Tendré los resultados en cuatro días. Me faltas tú.

Mitsy ya había tenido suficiente. Apoyó las manos sobre la mesa, y miró a Zaina con un desprecio visceral que no recordaba haber sentido por otro ser humano.

—Rohan hará el test de paternidad. No necesitas entablar ninguna demanda. Cuando tengas los resultados te agradeceremos que nos los dejes saber y no crees una red de juegos mentales como los que estás acostumbrada. Porque si lo intentas, entonces yo seré quien te demande por difamación o por cualquier excusa que, por la vía legal, sea posible utilizar. ¿Te queda claro, Zaina?

Rohan la miró boquiabierto. No creía posible enamorarse de nuevo de una persona que ya tenía su corazón en todos los modos posible, pero eso era exactamente lo que experimentaba. En ese momento se volvió a enamorar de Mitsy.

—Como quieran —replicó ella dejando el sobre antes de alejarse con un

contoneo de caderas y los tacones altísimos sobre el suelo de parqué. Apenas se le notaba la panza de embarazada, porque no llegaba ni a los dos meses.

Rohan no sabía qué decir o cómo proceder. Estaba tan confuso y angustiado que consideraba ese sobre que contenía el kit de paternidad una bomba en sí mismo. Se sentía un canalla, sin tener la culpa de nada, pues ni en sus más remotos pensamientos creyó volver a ver a Mitsy.

Según las especulaciones de Zaida, él podría acarrear para Mitsy el mismo dolor que el imbécil de su exesposo. ¿Cómo había permitido nublar su juicio por esa tonta mujer de Sherbert Royal? Se pasó la mano por el rostro.

—Mitsy... —susurró al verla tan callada. Lo que daría por borrar esa expresión de desolación en ella—. Mi vida... Fue algo que ocurrió mucho antes de que vinieras a Bozeman de nuevo.

—Lo sé, Rohan, me lo comentaste —murmuró mirándolo a los ojos—. No podemos cambiar nuestros actos del pasado. Tan solo somos capaces de intentar tomar lo mejor de las consecuencias y continuar.

—Por favor, no te arrepientas de estar conmigo —le pidió, porque las palabras de ellas sonaban a una despedida.

Ella sonrió con tristeza y tomó una profunda respiración. Si Rohan podía perdonarla por haberlo dejado de lado tiempo atrás y no darle la oportunidad de decidir junto a ella cómo sobrellevar la relación después de su histerectomía y el aborto espontáneo, ¿por qué no habría ella de intentar apoyar a Rohan? Además, no es como si él la hubiese engañado.

—¿Qué te parece si vamos a casa? —preguntó incorporándose—. Me gustaría estar a solas, sin tanta gente. Se me ha quitado el apetito.

—Claro, claro —dijo Rohan ayudándola con la silla, y tomándola de la mano para caminar juntos. Un gran alivio lo embargó cuando ella no rechazó su toque.

Mitsy fue hasta el lavabo y se echó agua helada en la cara. Le había pedido a Rohan que fuera a dejarle el kit con la muestra de su ADN a Zaina, y que se asegurase de que el laboratorio lo llamase con los resultados de forma inmediata. Así que ahora estaba sola, porque incluso Libberia tenía el día libre.

¿Qué haría si el resultado del test salía positivo?, se preguntó contemplándose en el espejo. A pesar de que creía que iba a sentir un regusto

de ácido dolor, lo único que llegó a ella fue la certeza de que si ese bebé que esperaba Zaina tenía una parte de Rohan, entonces lo querría tanto o más de lo que amaba a ese hombre maravilloso.

Odiaba la mirada perdida y la expresión angustiada de Rohan cuando llegaron a casa una hora atrás. Ella solo necesitaba un momento a solas y asimilar la situación. Contempló su rostro una vez más.

Lo cierto es que no importaba qué consecuencias tenían las acciones del pasado, no podía condenar a Rohan por algo que hizo cuando no estuvo con ella; no cuando fue Mitsy quien decidió darle la libertad al casarse con otro.

Cuando escuchó la puerta principal de la casa del rancho cerrarse, ella bajó las escaleras. Corrió hacia Rohan y lo abrazó con fuerza. Sorprendido en un inicio no reaccionó, pero pronto la rodeó también con sus brazos cálidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con suavidad. Aspiró el aroma de esos sedosos cabellos rubios. Permanecieron un rato así, en silencio, sintiendo el corazón del otro latir en el oasis de calma que era ese espacio para ambos. Mountain Queen guardaba secretos, risas, lágrimas y sonrisas, pero ahora empezaba a llenar de esperanza, pasión y un amor renovado.

—Te quiero. —Ella se apartó poco a poco y tomó el rostro de Rohan con sus manos. Él la observaba con incertidumbre—. Te quiero —repitió.

—¿Estás decepcionada de mí a pesar de quererme? —le preguntó con pesar.

Mitsy le sonrió.

—No, claro que no. Tan solo fue una noticia inesperada y necesitaba procesarla. Yo te amo, Rohan, y el amor no tiene condiciones. Carece de límites cuando es sincero, tal como es lo que yo siento por ti. El amor que siento por ti es capaz de disculpar, tal como tú me disculpaste. —Él soltó un gemido de alivio y apoyó la frente contra la de Mitsy—. Si ese bebé es tuyo, entonces lo querré por el simple hecho de que lleva una parte de ti. Y yo amo cada pequeño trocito de tu ser, Rohan. Y si ese bebé no es tuyo, tal vez solo fue una prueba para unirnos más, porque me siento más cerca de ti que nunca. Siempre serás todo lo que necesito. ¿Soy suficiente para ti, aunque no pueda darte hijos?

Fue entonces él quien en esta ocasión dejó que las lágrimas cayeran sobre sus mejillas. Se sentía humilde al ser amado por una mujer como ella. Recordó que tenía la cajita de terciopelo en el bolsillo, y la sacó.

—Yo amo cada pequeña partícula que forma parte de ti, Mitsy. Con o sin hijos. Siempre serás suficiente, porque no necesito a nadie más; no conozco

una mujer que sea tan valiente, generosa y capaz de lograr que un imbécil como yo entre en razón —hincó una rodilla en el suelo y abrió la cajita. Los dos anillos brillaron con la luz del salón. Mitsy se llevó la mano a la boca, sorprendida—. Por favor, sígueme amando como lo haces, sígueme enamorando con tus locuras y cautivándome con tu pasión por el resto de mi vida, y permíteme devolvértelo con creces.

—Oh, Rohan —susurró emocionada.

—Mitsy, este era el anillo que traje de Colorado años atrás —se lo entregó y ella lo observó con lágrimas sin derramar—. Y este es el que compré hace unos días —le señaló el anillo con el diamante en corte princesa—. No importa cuántos años pasen, siempre querré volver a casa, siempre querré estar donde estás tú. Por favor, ¿aceptarías casarte conmigo?

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de júbilo. Se arrodilló para estar a la misma altura que él, y le echó los brazos al cuello.

—Sí, acepto casarme contigo, Rohan Carter.

Con una sonrisa que borraba la sombra que Zaina había tratado de perpetuar entre ellos, Rohan le colocó el anillo a Mitsy. Tal vez su propuesta de matrimonio no había salido como la planeó en un principio, pero no creía que podía ser más perfecta.

—¿Sabes lo que dicen de los momentos felices? —le preguntó ella acariciándole el labio inferior primero, y luego dándole un ligero mordisco.

—¿Qué? —preguntó ayudándola a ponerse en pie.

Mitsy le dedicó una mirada pícaro.

—Hay que celebrarlos —replicó mientras caminaba hacia las escaleras y empezaba a quitarse la ropa, y dejar prendas de ropa tras de sí.

—Eres mi ruina —dijo riéndose mientras llegaba en dos zancadas largas hasta ella. Tomándola en volandas la llevó hasta la habitación que en los próximos meses compartirían para siempre.

El teléfono que reposaba en la mesita de noche de Rohan empezó a sonar a las ocho de la mañana días más tarde. Mitsy gimoteó por el ruido y movió la nariz contra los pectorales masculinos. Él no pudo evitar sonreír al mirar cómo los diamantes brillaban, en la mano izquierda de ella, con el anillo de compromiso. El anillo que le compró en Colorado, Mitsy decidió utilizarlo como un dije y lo llevaba colgado al cuello en una fina cadena de oro.

—No contestes —susurró ella.

—Shhh, sigue durmiendo, cariño —le dijo antes de darle un beso.

Agarró el teléfono y respondió. Apenas escuchó que se trataba del laboratorio su cuerpo se tensó y Mitsy se incorporó de inmediato. No se molestó en cubrir su cuerpo con el edredón. Carecía de propósito cuando los dos conocían a la perfección cada recodo de piel del otro.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Misty cuando Rohan terminó la llamada y cerró los ojos—. ¿Quién era?

—El laboratorio —abrió los ojos y la miró con una sonrisa—. Cero por ciento de compatibilidad. No soy el padre del bebé que espera Zaina.

Mitsy se rio al ver la expresión de alivio de Rohan.

—Al menos no tendré que ver a esa mujer paseándose por la casa o llamando por teléfono con cualquier excusa. De hecho, yo creo que deberías cerrar los límites de la propiedad para Zaina. El estrés que su idiotez causó ha sido suficiente.

Rohan no era capaz de describir con palabras el alivio que sentía con la noticia.

—Tus deseos son órdenes, pequeña brujita —susurró inclinándose sobre Mitsy—. ¿Qué te parece esa concesión?

Ella le echó los brazos al cuello y sonrió.

—La acepto —replicó besándolo.

Con una sonrisa y susurros, los dos se perdieron en una jornada de besos y placer. La vida que habían experimentado, juntos y separados, no era perfecta. Sin embargo, los dos estaban dispuestos a transformar los siguientes años que tenían por delante en la mejor versión que pudieran construir.

EPÍLOGO

Cinco años más tarde.

Mitsy acababa de regresar a Bozeman de su último viaje a Nueva York, en donde había firmado ejemplares de su más reciente novela y charlado con sus seguidores. Ese día iba a celebrar su cuarto año de aniversario de matrimonio con Rohan. No podía creer lo rápido que había pasado el tiempo, ni las memorias felices que no dejaba de acumular. Mientras dejaba el carry-on en el cuarto de los abrigos, pensó en el día de su boda y no pudo evitar sonreír.

Se habían casado durante el final de la primavera en una ceremonia muy pequeña, en La Estancia. Hazel había decorado el salón de eventos y abrió las instalaciones solo para la familia y amigos de los novios.

Los votos de Rohan casi hicieron llorar a la novia, pero a Mitsy no se le pasó por alto la emoción que se operó en él cuando escuchó su parte. La Dama de Honor fue Hilaria, pues Hazel —a quien se le propuso que tomara el puesto por haber sido cómplice de Rohan aquella ocasión de Año Nuevo— insistió en que la mejor amiga de su hermana podía cumplir con ese cometido porque, después de compartir las locuras en la secundaria y cientos de otras ocasiones con Mitsy, era lo correcto.

Alex Hammonds había enviudado tres meses antes de la ceremonia, pero durante los últimos días de convalecencia de Jules, sus tres hijos intentaron hacer las paces. Las secuelas de la presión emocional vivida durante tantos años en el seno familiar difícilmente se desvanecería en los tres hermanos, pero el tiempo siempre era el mejor consejero y también sanador. Fue un momento triste el día del sepelio de Jules, aunque todos se habían preparado para la inminente partida.

La Luna de Miel la pasaron en las Islas Fiji y recorriendo Australia. Pasaron tres semanas juntos. Al volver a Montana, el trabajo empezó a consumir a Rohan, y los *deadlines* a Mitsy. Sin embargo, ambos decidieron hacer un pacto. Jamás el trabajo del uno o del otro debía ser más importante que la calidad de tiempo que pudieran compartir. Y esa promesa continuaba intacta. Libberia continuaba siendo el ama de llaves de Mountain Queen, y era el sitio que Mitsy consideraba el hogar al que tanto había anhelado pertenecer.

Con la ayuda de un equipo profesional, la casa experimentó algunas remodelaciones que incluyeron un nuevo sistema de calefacción que se aplicaba a las baldosas de los baños. El negocio de Rohan mejoró considerablemente y Colin le propuso alargar el acuerdo de asociación por un lapso de diez años.

Entre Rohan y Mitsy había roces, peleas, desacuerdos, pero también un respeto y una pasión incomparables. Los caracteres de ambos solían chocar, y es que no había matrimonio perfecto. Uno de los dos siempre cedía, pues ya habían experimentado el dolor de estar separados por años, caer en el mismo error no estaba dentro de lo que consideraban coherente. Hacer el amor se volvía la expresión más clara, no solo de cuánto continuaban deseándose, sino de cuánto significaban el uno para el otro.

—¡Feliz aniversario, mi vida! —exclamó Rohan saliendo de la cocina con un delantal, el rostro salpicado de harina, el cabello despeinado y una amplia sonrisa—. ¿Qué tal estuvo tu viaje? —le preguntó a Mitsy tomándola en brazos, mientras ella se reía, para besarla con dulzura.

—Bien, pero ahora que estoy en casa contigo, muchísimo mejor.

Pronto ese beso cobró un tono sensual, y los dos se escucharon gimiendo. Empezaron quitándose la ropa a trompicones, entre risas cómplices y ligeros mordiscos en los labios del otro. Les gustaba tentarse y jugar.

Apenas lograron llegar al sofá, porque estaban seguros de que con la separación de tres días —por el viaje de Mitsy— no iban a alcanzar las escaleras y conseguir usar la cama. Mitsy cayó de espaldas con una carcajada sobre la mullida superficie de tono marrón, mientras Rohan se deshacía del pantalón y luego del bóxer. La besó en el cuello, le acarició los pechos y levantó la falda de su esposa hasta la cintura. Le arrancó las bragas sin contemplación y la tocó con el dedo, acariciándole los pliegues suaves, ella jadeó.

—Húmeda y lista para mí —susurró antes de penetrarla con una embestida potente, y ella se arqueó contra él. Ese exquisito cuerpo curvilíneo no dejaba de quitarle el aliento y enloquecerlo—. Me encantas, esposa mía. ¿Te lo he dicho? —susurró contra la oreja de Mitsy mientras se movía una y otra vez.

—Rohan... —gimió clavándole las uñas en las nalgas—. Te quiero... Pero necesito un orgasmo ya... así que... Oh, sí... Así...

Él continuó besándola, susurrándole cuánto la quería, lo afortunado que era de que ella hubiera decidido darle una nueva oportunidad. Y cuando su cuerpo se tensó como un arco, se dejó ir al mismo tiempo en que Mitsy perdía la

noción de la realidad para permitirse envolver en un frenesí de sensaciones que dejaron su sexo palpitante y saciado de gusto.

—¿Complacida, señora mía? —le preguntó él, bromeando, mientras la tomaba en brazos y la acomodaba en su regazo. Le daba igual si estaban a medio vestir. La cómoda domesticidad entre ambos no tenía precio, y él no la cambiaría por nada.

—Sí —murmuró Mitsy limpiándole un poco de polvo de harina que Rohan tenía en la mejilla izquierda—. ¿Qué has estado haciendo?

—La tirana de Libberia fingió enseñarme a hacer un cake, y yo seguí todas las instrucciones, pero se me hundió la parte superior —se encogió de hombros—. Quería sorprenderte, pero llegaste antes de tiempo. Imagino que quedará un mousse de vainilla a medio hacer y un cake hundido.

Mitsy se rio.

—La intención es lo que cuenta —le dijo besándole la mejilla enternecida por la idea de Rohan de cocinar para ella. Él era un terrible cocinero, y claro, ella no se quedaba atrás, así que imaginaba que Libberia se había divertido dándole órdenes a Rohan y ejerciendo su tiranía en la cocina con gusto.

—¿Eres feliz, Mitsy? —le preguntó abrazándola con fuerza.

No podía creer que fuese tan suertudo de tenerla como esposa. Había sido su punto de apoyo en los reveses, y su mayor recompensa cuando llegaba a casa cada tarde. Odiaba cuando tenía que irse de gira para firmar libros, aunque sabía que era algo que la apasionaba y también era parte de lo que la hacía especial.

—Mucho... ¿Ocurre algo, Rohan? —le preguntó con cierta preocupación.

El tema de la concepción sería siempre uno muy sensible para ella, pero Rohan le había demostrado una y otra vez que solo la necesitaba a su lado, y punto. Sin embargo, una idea había estado rondándole la cabeza los últimos dos años. Ella era una persona que tenía mucho amor para dar, y su esposo era un prospecto perfecto como padre, lo veía cada que estaban con sus sobrinos. Pero no se había atrevido a hacerle la propuesta de su idea a Rohan, y quizá ahora era el momento.

—No, Mitsy, lo que tenemos juntos es suficiente para que yo pueda levantarme cada día con el propósito de cumplir la promesa de merecer el amor que me das.

Ella sonrió abiertamente.

—Rohan, he estado pensando...

—Oh, oh —dijo riéndose. Le acarició la punta de la nariz con la suya—. A

ver, princesa, ¿qué es eso que te ronda en la cabecita?

—Tal vez yo no pueda tener hijos, pero hay muchos bebés en el mundo que necesitan amor —se aclaró la garganta—, y esos hijos serán elegidos con amor y conciencia plena de lo que ser padres implica. Tú y yo tenemos tanto que dar, Rohan. ¿Considerarías la adopción como una vía para ampliar nuestra familia?

Él la miró, sorprendido, porque la idea se le había cruzado por la mente varias veces, pero por temor a herir los sentimientos de Mitsy jamás la había dejado sobre la mesa. Lo último que deseaba es que ella pudiera pensar que su afirmación de que no necesitaba hijos para ser feliz era una falsedad, porque no lo era. Sin embargo, podía ver lo natural que resultaba para su esposa desenvolverse con sus sobrinos y le dolía que no pudiera tener un bebé para entregar todo ese amor que era capaz de dar.

—Oh, Mitsy —dijo tomándole el rostro entre las manos, sonriéndole con adoración—. ¿Eso es algo que de verdad quisieras?

—Solo si tú estás de acuerdo... Quiero tener hijos tanto como tú, aunque no sean biológicos. Eso es lo de menos para mí. ¿Qué tan importante es para ti? —preguntó con más confianza.

—Mi prioridad eres tú, Mitsy. Adoptar es una gran decisión que estoy dispuesto a compartir contigo. Amaremos a ese bebé porque será nuestro, porque como tú dices, será nuestra elección cuidarlo, amarlo y brindarle el hogar que merece.

—Es el mejor regalo de aniversario que me has hecho, hasta ahora... —le dijo con lágrimas en los ojos y una sonrisa enamorada.

—Hey —dijo Rohan en tono bromista—, ¿y qué hay de mi cake y mis habilidades como chef repostero? —Ella se rio entre lágrimas—. Entonces, mi vida, ¿estás dispuesta a empezar esta nueva aventura?

—Sí, porque si estoy a tu lado sé que siempre todo irá mejor.



SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

En el 2014, Kristel dejó su trabajo de oficina con horario regular en una importante compañía de Ecuador, en la que ejercía como directora de comunicación y relaciones públicas, para dedicarse por completo a la escritura. Desde entonces ya tiene publicados diecinueve títulos, y ese número promete continuar en ascenso. La autora ecuatoriana no solo trabaja de forma independiente en la plataforma de Amazon, KDP, sino que posee también contratos con editoriales como Grupo Editorial Planeta (España y Ecuador), HarperCollins Ibérica (con su sello romántico, HQÑ), y Nova Casa Editorial.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indies (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1.200 manuscritos de diferentes géneros literarios de 37 países de habla hispana. Kristel fue la única latinoamericana y la única escritora de novela romántica entre los finalistas. La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y el blog literario Escribe Romántica.

Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Un hombre de familia, Reckless, Estaba escrito en las estrellas, Entre las arenas del tiempo, Brillo de luna, Mientras no estabas, Punto de quiebre, La venganza equivocada, El precio del pasado, Un acuerdo inconveniente, Lazos de cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un capricho del destino, Desafiando al corazón, Más allá del ocaso, entre otras. Las novelas de la autora también pueden encontrarse en varios idiomas tales como inglés, francés, italiano, alemán y portugués.

La autora fue nominada por una reconocida publicación de Ecuador,

Revista Hogar, como una de las mujeres del año 2015 por su destacado trabajo literario. En el mismo año, participó en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en el stand de Amazon, como una de las escritoras de novela romántica más vendidas de la plataforma y en calidad de finalista del II Concurso Literario de Autores Indies. Repitió la experiencia, compartiendo su testimonio como escritora de éxito de Amazon KDP en español, en marzo del 2016, recorriendo varias universidades de la Ciudad de México, y Monterrey.

Kristel es la primera escritora ecuatoriana de novela romántica reconocida nacional e internacionalmente. Ella ha fijado su residencia temporal en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. La autora disfruta viajando por el mundo y escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Twitter e Instagram: @KristelRalston

Facebook: KristelRalston, Books

Web: www.kristel-ralston.com